

Eduardo Barriobero

**UN TRIBUNAL
REVOLUCIONARIO**

**CUENTA RENDIDA
POR EL QUE FUE SU PRESIDENTE**

CLÁSICOS DE HISTORIA 564

EDUARDO BARRIOBERO

**UN TRIBUNAL
REVOLUCIONARIO**

CUENTA RENDIDA POR EL QUE FUE SU PRESIDENTE

Barcelona 1937

<https://bndigital.bne.es/bd/es/viewer?id=753a37db-b5e8-4928-8453-a8aaaf5de497&page=1>

CLÁSICOS DE HISTORIA 564

ÍNDICE

	Un Tribunal Revolucionario.....	5
I.	Madrid en Agosto de 1936. Mis actividades desde el 19 de Julio. Una llamada telefónica. A la orden de quienes me tuvieron siempre a sus órdenes. Salgo para Barcelona.....	6
II.	Treinta horas de viaje. Un encuentro afortunado en el tren: el general Miaja. Llego a Barcelona. Primera visita al Palacio de Justicia. No soy más que un polizón. Companys quiere hacerme Magistrado de Lérida. Dimite la Generalidad en pleno si las fuerzas populares se obstinan en que presida la Territorial.....	10
III.	Sin facultades ni dinero. Del Tribunal a lo Oficina. ¿Nos vamos? El paso a la contrarrevolución. La justicia no interesa. Los intelectuales. ¿Qué haremos con los presos? Un secretario “particular”. Un “be negre”. La purificación por el fuego. Raimundo, conejo de Indias.....	14
IV.	Sorpresa desagradable. La Generalidad me nombra “Cap” de la Oficina Jurídica. Mis obligaciones y mis facultades. ¿Todos polizones? El preámbulo y el articulado del Decreto. Nuestro programa. La Caja Autónoma. La plantilla de la Oficina.....	18
V.	Arremetemos contra los usureros. Interesantes descubrimientos. Les sale un Ángel tutelar. ¿Podemos o no podemos perseguirlos? Una conferencia con el Consejero de Justicia. Se nos autoriza para perseguir actividades contrarias al Régimen.....	23
VI.	El tribunal del Pueblo. Seis mil sentencias en ochenta días. Las apelaciones no llegan a diez. Jornada mínima de doce horas. Vivas y aplausos. Multas o usureros. El curioso problema de los que atropellaban tranvías. Las edades bíblicas de un conductor y un mutilado.....	27
VII.	Nubes en el horizonte. El Sindicato del hambre. Solidaridad señoril. El ratón y el queso. Los “Técnicos” de Seguros, después de hacer su revolución, ayudan a los del hambre. Las honrosas excepciones. Las oleadas de los odios. Un decreto confortador. Examen de conciencia.....	30
VIII.	Los actividades contrarias al Régimen. Las Camilas, los Falangistas, los amigos de Lerroux y las Vocaciones Salesianas. Un personaje bien relacionado. Una carta de Ramón Sales. Los que niegan la Justicia, piden gracia. El hombre que no ha sabido situarse. Un retrato de Anguera de Sojo.....	34
IX.	El terror hace acto de presencia. Psicología y valor del peligro. Mi primer delito: el viaje a Perpignan. Canta el cernícalo de Sevilla. Cuando se emborracha un pobre... El auge de la Oficina Jurídica. Una proposición al Consejero de Economía. Nuestros donativos para la Guerra. El Comité Regional. Documentación. Rechazan mi dimisión. Nuevo viaje a Francia. Un Magistrado del turno contrarrevolucionario. Una página de Krausismo. Le perdono la vida y la humillación.....	37
X.	Curiosas observaciones. Los timos de la Guerra. El del Miliciano. El del Control. El de los registrados. Los carnets-pararrayos. El “sandwich” de carnet. Los crímenes del egoísmo. Treinta y cinco años de cuotas. Bromas de salón. El Sindicato del Amor.....	44

XI.	La crisis de la Generalidad. El Consejero burgués y el Consejero comunista. Los buitres de la vieja Curia. Cinco millones en pleito. Las recaudaciones para la Guerra. Las cuentas claras. Aparece un “tilingo”. Otra vez en pleito nuestras facultades. La vuelta a lo viejo. ¿En dónde hay un intérprete?.....	47
XII.	Salpicaduras de la política. El día 5 de Noviembre tuve una debilidad. La verdad y la razón. Una conferencia en el Tívoli Pi y Margall y Prat de la Riba. Los de las banderitas en el balcón. La conspiración política se suma a la xenófoba y a la curialesca. Les da guardia de honor la quinta columna.....	51
XIII.	Los mastodontes del Resultando. Conferencia con el Consejero de Justicia. La Revolución ha terminado. El reloj de la Generalidad marca nuestra hora postrera. Un comentario del Decreto. No puedo tomar el sol. ¿Una misión en el extranjero? Una insidia y su contestación. Una observación de Jovellanos.....	55
XIV.	Proyecto de un periódico en Francia. Cincuenta días esperando a los que piden mi cabeza. Resulta que hemos obrado bien. Desaparecieron las causas y quedaron 2.360 pleitos. De Embajador de la Generalidad a Fiscal de la República. Un fiscal, un hombre pálido y un complot separatista.....	61
XV.	El complot separatista fue una cosa seria. Mi nombramiento. Mi toma de posesión. El cese de mi antecesor. Un permiso de ocho días. Mi nombramiento se tiene por no hecho. Lo que cuesta la gloria de haber presidido un Tribunal Revolucionario.....	66
XVI.	Gestiones de una Comisión. Documentación aplastante. ¿Hemos malversado diez y ocho céntimos? Promesas, palmaditas y flores de almendro. Psicosociología del odio. Recuerdo de Praga. Una de ladrones... mentecatos. Fórmula secular de Gobierno.....	70
XVII.	Confinado en Barcelona y confinado en la inacción. A defender a los que no han sabido defenderme. Los confidentes de Prieto. ¿Lo engañan como a un chino? Un pobre usurero, un timo de quince mil duros y un asesinato. ¿Quién lo mató? ¿Quién dejó que lo mataran?.....	75
XVIII.	La opinión de! Gobierno y la opinión pública. Las visitas de Sebastián Faurc. Un poco de estadística. Un breve resumen. La Quinta Columna. No nos dejan defendernos. Aunque tarde, abren los ojos nuestros amigos. Los apolíticos nos sacrifican a la política. Empeño y tesón. Nuestro premio. Lo que queda de nuestra obra.....	79
XIX.	Cómo debió desembocar la Oficina Jurídica. Un plan de organización judicial. Principios fundamentales. Organización. Competencia. Procedimiento. Tribunales de Paz. Tribunales de demarcación. Consejo Superior de Justicia. Defensa. Secretariado y Asesoría. Jueces de Instrucción. Responsabilidad. Aspecto económico. Preceptos generales. Caída vertical en los moldes viejos.....	89
	Epílogo.....	93

UN TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

No voy a escribir una memoria justificativa. No la necesito. A quien no hayan convencido de mi valer —sea el que fuere— ni de mis virtudes —sean las que fueren— cuarenta años de actividad constante y pública, no van a convencer unos cuantos pliegos de papel impreso.

Me propongo únicamente reflejar y describir los momentos de una actuación revolucionaria muy discutida y contar en público los céntimos de una contribución de vida pagados a la santa causa de la Revolución española. Lejos de obtener de ello provecho alguno, voy a engrosar la legión de los enemigos —en privado les llamo como Campoamor *admiradores inversos*— que tanto me han ayudado a templar mi voluntad y a fortificar mi austeridad y que serán en suma quienes hagan imperecedero el recuerdo de mi vida.

Quienes hayan seguido de cerca mi actuación al frente del Comité Revolucionario de Justicia y hayan observado inteligentemente los esfuerzos de la contrarrevolución para pulverizarnos a mi Tribunal y a mí, después de leído este libro dirán que hablo con sordina o canto con cejuela. Tal vez tengan razón; pero yo mismo, antes que todos, dí la consigna de no irritar a nadie y de sacrificarlo todo a la más estrecha unión antifascista, y no quiero quebrantarla; pero he de hacer constar que el sacrificio de un botarate, y yo aquí hago el de varios, no va contra el santo y seña de la resignación, de la tolerancia y del aplazamiento de las liquidaciones definitivas. Al hacerlo suplo la justicia que no han querido hacer las colectividades, imperiosamente llamadas a poner al margen a los contrarrevolucionarios, mucho más cuando por su labor contra el pueblo, cobran, como algunos a quienes voy a poner en la picota, la suma de *ochenta y cuatro mil quinientas pesetas anuales* —y poder trabajar en lo suyo, como decía el baturro partidario del reparto social— mientras nadie ignora en qué forma y con qué estipendio se juegan la vida cada segundo que marca el reloj nuestros gloriosos milicianos.

Si la existencia me libra espacio para ello y alcanzamos tiempos mejores, llenaré los puntos suspensivos de este libro, que hoy aparece con el solo propósito de reforzar los párpados de quienes cerraron sus ojos a la luz y de hacer pública denuncia de los que han sido y sin duda seguirán siendo diligentes cultivadores de la intriga política¹, mientras España y sus clases productoras, corren el peligro, el horrible peligro de dejar de ser...

1 Entiéndase que trato de no confundir la intriga, que es circunstancial, con la crítica que es constante y continua. Me encanta aquella observación de Monseñor Ireland: “Nunca falta y procede generalmente de los hombres holgazanes.”

I.

Madrid en Agosto de 1936. Mis actividades desde el 19 de Julio. Una llamada telefónica. A la orden de quienes me tuvieron siempre a sus órdenes. Salgo para Barcelona.

Las últimas elecciones generales habíanme dejado al margen de la política. Los federales fuimos los iniciadores del Frente Popular y los primeros que a él nos adherimos cuando los gerifaltes acertaron a formarlo. Sin embargo nos excluyeron en absoluto cuando se hizo el reparto de las actas. No digo de las candidaturas porque lo que se repartió fueron las actas. El Frente Popular, en donde pudo hacerlo, actuó como una oligarquía anuladora de la opinión pública; pero en muchos sitios no pudo actuar y las derechas, imitando el procedimiento, tuvieron una cifra de Diputados considerablemente superior a lo que su fuerza efectiva y su influjo en la opinión representaba.

¿Por qué nos excluyó a los federales el Frente Popular?

Por dos razones eminentemente políticas. Ya se sabe que la razón política es casi siempre la sinrazón filosófica. Eramos la conciencia republicana; los que no quisimos que Alcalá Zamora fuera Presidente de la República; los que defendimos el proyectado y glorioso artículo 24² de la Constitución contra el pálido y hojaldrado artículo 26³; los que votamos todos y cada uno de los artículos del Estatuto catalán y no votamos su totalidad porque escamoteaba las autonomías municipales; los que abogábamos por la inteligencia entre las dos grandes sindicales españolas y protestábamos de que a la C. N. T. y la F. A. I. se las considerase como enemigas de la República; los que vituperábamos las debilidades de los Gobiernos para con la Iglesia, para con el Ejército procedente de la Monarquía, para con la burocracia pancista y para con los terratenientes que hacían su negocio a favor de la embustera Reforma Agraria⁴.

2 *Artículo 24.*—Todas las confesiones religiosas serán consideradas como Asociaciones sometidas a las leyes generales del país.

El Estado no podrá, en ningún caso, sostener, favorecer ni auxiliar económicamente a las Iglesias, asociaciones e instituciones religiosas.

El Estado disolverá todas las órdenes religiosas y nacionalizará sus bienes.

(*Diario de las sesiones de las Cortes Constituyentes*, I, apéndice 4º al n. 22, 18 de agosto de 1931). [Nota del editor digital.]

3 *Artículo 26.*—Todas las confesiones religiosas serán consideradas como Asociaciones sometidas a una ley especial.

El Estado, las regiones, las provincias y los Municipios, no mantendrán, favorecerán, ni auxiliarán económicamente a las Iglesias, Asociaciones e Instituciones religiosas.

Una ley especial regulará la total extinción, en un plazo máximo de dos años, del presupuesto del Clero.

Quedan disueltas aquellas Órdenes religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado. Sus bienes serán nacionalizados y afectados a fines benéficos y docentes.

Las demás Órdenes religiosas se someterán a una ley especial votada por estas Cortes Constituyentes y ajustada a las siguientes bases:

1ª. Disolución de las que, por sus actividades, constituyan un peligro para la seguridad del Estado.

2ª. Inscripción de las que deban subsistir, en un Registro especial dependientes del Ministerio de Justicia.

3ª. Incapacidad de adquirir y conservar, por sí o por persona interpuesta, más bienes que los que, previa justificación, se destinen a su vivienda o al cumplimiento directo de sus fines privativos.

4ª. Prohibición de ejercer la industria, el comercio o la enseñanza.

5ª. Sumisión a todas las leyes tributarias del país.

6ª. Obligación de rendir anualmente cuentas al Estado de la inversión de sus bienes en relación con los fines de la Asociación.

Los bienes de las Órdenes religiosas podrán ser nacionalizados. [Nota del editor digital.]

Eramos los federales la conciencia republicana, el famoso gusano roedor, los que siguiendo las huellas de Pi, que afilió el partido a la primera Internacional, guardábamos en nuestros bolsillos, como precioso documento de identificación un carnet de la C. N. T. o de la F. A. I.⁵

Eramos, en una palabra, los que considerábamos ineludible esta guerra criminal, si España no se dividía en Regiones autónomas y en Municipios autónomos habilitados para guardar y vivir sus esencias tradicionales o sus conquistas ideológicas. Eramos y somos los únicos que ni nos hemos equivocado ni tenemos responsabilidad alguna por las desgracias presentes.

Había yo medido mis fuerzas. Ausente del Parlamento y falto de medios para emprender una campaña nacional en pro del federalismo, renuncié a todos los cargos que en el Partido desempeñaba y me recliné en mi casa para dedicarme exclusivamente a ejercer mi profesión y escribir libros.

En esta deliciosa quietud viví hasta Julio de 1936.

A fines de Junio se habló de la reorganización del Tribunal Supremo, y algunos parlamentarios amigos míos, de varios partidos y procedencias, pensaron que debía yo presidirlo. Me lo propusieron y me resistí, por dos razones; primera porque tenía la seguridad de no ser para el Gobierno persona grata, y, segundo, porque me conozco muy bien y sé que no tengo madera de funcionario.

A fuerza de ruegos y asiduidades cariñosas, dejé hacer y pronto mis amigos tropezaron con la primera de las razones que inspiraban mi negativa. Se transigió en que fuera yo Presidente de la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo, y en el camino que había de recorrer el Decreto desde el Ministerio a la *Gaceta*, se interpusieron la Guerra y la Revolución.

4 La Reforma Agraria, quinta esencia de la pedantería que avaló las Cortes Constituyentes, ha sido un disparatón digno de los arbitristas españoles del siglo XVIII. La realidad les hizo rectificar levemente, pero al principio querían asentar sobre cada diez hectáreas de tierra una familia campesina.

En 1931, el número de campesinos sin más patrimonio que sus brazos era de cinco millones, de donde se deduce que para asentarlos a todos hacía falta disponer de diez Españas sin piedras y tapizadas por completo de tierra vegetal.

Aún así, como sólo se trataba de asentar diez mil cada año, para asentar a todos, la historia y la cronología, de acuerdo, debían librar de vida a las Constituyentes y a su Gobierno un período de cinco siglos.

Pero como la extensión de la tierra laborable, calculada con largueza no pasa de ser una tercera parte del territorio nacional, los asentamientos sólo podrían ultimarse en un período de quince siglos.

Veamos ahora la suerte del asentado. Diez hectáreas de tierra de pan llevar —considerada por los devotos del Catastro como la mejor —salvo la relativamente pequeña zona hortícola— producen al año trescientas fanegas de trigo, que vendidas a cinco duros valdrían siete mil quinientas pesetas. Entre los rastrojos y los cultivos de verano podría obtener el agricultor mil pesetas más, alcanzando así el Ingreso anual de ocho mil quinientas pesetas.

Tero en la mayor parte de las tierras españolas, como dicen los agricultores castellanos, es preciso cadañar, esto es, sembrar un año sí y otro no, o buscar para este año de descanso cultivos que no esquilmen la tierra. Aun admitiendo que estos cultivos sobre barbecho dieran el mismo rendimiento, resultaría que como contrapartida del ingreso anual de ocho mil quinientas pesetas, el asentado tendría que mantener su familia y su yunta, pagar la iguala de Médico, Farmacéutico, Veterinario y herrador, comprar abonos, aperos y herramientas, seleccionar simientes, pagar seguros de animales y cosechas y no olvidar a los recaudadores de la contribución, el canon y los arbitrios municipales. Todo ello le dejaría un ingreso líquido de mil quinientas pesetas, cantidad insuficiente para comer y vestirse, de donde se deduce que las primeras bajas en esta guerra económica habrían de ser los publicanos, que con su caída arrastrarían al Estado llevándole a la quiebra.

¡Y tan sencillo como hubiera sido socializar la producción!

5 Recientemente un orador inteligentísimo de la C. N. T., Gastón Leval, ha hablado del Federalismo burgués. Este nunca existió en España. El Partido Federal fue siempre proletario, y por eso la política burguesa lo excluyó de su sector. A Pi y Margall lo llamaron anarquista cuando en 1894 dijo que el Gobierno correspondía a las jerarquías organizadas de trabajadores (léase Sindicatos). Y cuando advino la República, no fue federal porque quienes a río revuelto se adjudicaron las carteras, se sentían menos ministros de una República Federal que de una República Unitaria.

Los cañonazos me despertaron el día de la toma del Cuartel de la Montaña. Me había acostado muy tarde; preparaba para un editor americano una edición ilustrada de mi traducción de las obras completas de Rabelais y me embriagó el trabajo hasta la madrugada.

Pronto vinieron a darme noticia de lo acaecido; fui con mis amigos a la calle de Ferraz y ya estaba todo en calma. El Pueblo de Madrid celebraba clamorosamente su victoria.

Pero la calma era sólo aparente. Engañado por esta apariencia, almorcé como de ordinario y me puse a trabajar junto al balcón de mi despacho. Diez minutos más tarde caía a mis pies una bala de fusil y en seguida otra, y a continuación una tercera rompió un balaustre de cemento del mirador.

Comencé a darme cuenta de que en la calle ocurría algo serio y decidí salir. Cuando llegué a la puerta, pasaba un grupo de hombres del pueblo, armado de fusiles, escopetas y pistolas, que me saludó cariñosamente.

—Voy con vosotros —les dije—. No quiero morir sentado en un sillón y sin defenderme.

Entonces, uno de los más viejos, tomó de las manos de un mozalbete un rifle y me lo entregó con abundante provisión de municiones.

Nos pusimos en marcha hacia la Estación del Mediodía, en donde sonaban descargas de fusil con gran intensidad; pero al doblar la calle de O'Donnell, desde un convento, por sorpresa nos acibillaron a balazos. Cayeron heridos dos de los nuestros; los demás continuaron reprimiendo la agresión y momentos después tomaron el edificio, que ardió como si fuera de retama y sólo encontraron dentro dos monjas y un cura.

Hice trasladar los heridos a mi casa, y acompañado de dos del grupo conduje hasta la Dirección de Seguridad a las dos monjitas y al presbítero. Los tres tenían en las manos fogonazos que probaban evidentemente su fechoría; pero nadie intentó tomarse la justicia por su mano.

Tres días anduve por las calles de Madrid con mi fusil al hombro; al cabo de ellos, Madrid estaba ya tranquilo, por lo menos en las calles céntricas. Sólo de tarde en tarde paqueaba algún señorito desde las azoteas.

El enemigo se había fortificado en la vertiente norte del Guadarrama y comenzaron a salir expediciones de nuestros valientes milicianos. Horas después regresaban abundantes convoyes ¡de heridos, y al verlos, Madrid entero se puso en pie de guerra, improvisando columnas de ataque, hospitales de sangre y camiones de aprovisionamiento.

En el Partido Federal ningún remiso hubo; jóvenes y viejos tomaron las armas y acudieron a la lucha con ardor inaudito. Los que no podían marchar a los frentes perseguían en la población focos de fascismo.

Un día vinieron a decirme que se habían incautado de dos Hoteles en la calle de Diego de León, y a consultarme sobre su destino.

Fui a ver los hoteles, y después de estudiar su estructura, dispuse que uno de ellos se dedicara a Hospital de convalecientes y el otro para Ateneo popular del Partido.

Pasé varios días requisando camas, libros y personal adecuado. Cuando el Hospital estuvo dispuesto puse a su frente a la veterana escritora y propagandista republicana Belén de Sárraga⁶, que interpretó maravillosamente mi pensamiento.

Pude ya entonces dedicarme a la tarea de instalar la Biblioteca del Ateneo Popular y al efecto monté en el hotel incautado mi taller de carpintería y comencé a serrar tablas y clavar estantes, a pintarlos y a decorarlos.

Un día, al volver a mi casa, con agujetas en los músculos y callos en las manos, me dijeron:

—Han llamado a conferencia desde Barcelona y volverán a llamar a las diez de la noche.

6 Belén de Sárraga (1872-1950). De familia puertorriqueña, fue una activista librepensadora y anticristiana. Perteneció a la Masonería. [Nota del editor digital.]

A las diez de la noche hablé con mis amigos muy queridos del Comité Pro-Presos y de las Milicias antifascistas.

—Nos hemos incautado —me dijeron— del Palacio de Justicia y es preciso que venga usted en seguida para ponerse al frente de la Justicia revolucionaria de Cataluña.

—¿En seguida? —repliqué.

—Lo antes posible.

—Iré, pero necesito ocho días por lo menos para arreglar las cosas de mi casa y cancelar los asuntos de mi despacho, porque preveo que ya no volveré a ser abogado, por lo menos en Madrid.

—Vea si pueden ser menos días. Necesitamos que venga pronto. ¿Le mandamos coche?

—No; iré como pueda y lo antes que pueda.

Así terminó la conferencia telefónica. Al día siguiente me despertó un telegrama de Antonio Devesa en el que se me confirmaba el requerimiento.

Distribuí las funciones que en el Partido Federal ejercía; devolví a mis clientes los asuntos que tenía en el despacho, y el dinero que había recibido a cuenta de mi trabajo y fui al Ministerio para decir al Ministro (Blasco Garzón⁷) que dispusiera de mi cargo de Presidente de la Sala Segunda del Supremo.

En el Ministerio supe que en Barcelona, las fuerzas populares habían acordado que se me nombrara Presidente de la Audiencia Territorial y sentí en mis carnes la noticia como un pedazo de metralla. Conozco bien a los políticos catalanes; todos tienen en la suya una partícula del alma de Cambó, y en el acto intuí que debía acorazarme contra los disgustos que me iba a proporcionar la honrosa designación.

Volví, pues, al despacho del Ministro y le rogué que dispusiera de la Presidencia; pero que me nombrara Magistrado del Supremo, para ir a la Territorial de Cataluña con la categoría adquirida y sin necesidad de que los maquiavelillos que han destrozado el idioma cordial y eufónico de Tunneda y Bernard Metge tuvieran que dármele.

Se interpuso uno de los Magistrados camaleónicos que han vivido colgados a la oreja de todos los Ministros, los de Alfonso XIII, los de Primo de Rivera y los de la República, y se malogró mi deseo. Verdad es que yo nunca he sido buen abogado de mí mismo.

Se multiplicaron los requerimientos telefónicos y telegráficos, corté por la mitad el plazo de ocho días que había solicitado, y una noche, burlando a tres caravanas de amigos que querían acompañarme, salí en el tren para Barcelona.

7 Manuel Blasco Garzón (1885-1954) era Ministro de Justicia desde el 13 de mayo de 1936. Por entonces formaba parte de la Unión Republicana de Martínez Barrios. [Nota del editor digital.]

II.

Treinta horas de viaje. Un encuentro afortunado en el tren: el general Miaja. Llego a Barcelona. Primera visita al Palacio de Justicia. No soy más que un polizón. Companys quiere hacerme Magistrado de Lérida. Dimite la Generalidad en pleno si las fuerzas populares se obstinan en que presida la Territorial.

Ya no hay comunicación directa de Madrid a Barcelona. Se hace el viaje por Valencia y durante muchos trayectos a paso de tortuga.

De madrugada me encuentro en el pasillo del coche al General Miaja, que viene destinado a Valencia. En Valencia no hay guerra y una vez más lamento que el Gobierno siga sin haber adquirido la habilidad de poner a cada hombre en el lugar más adecuado a sus condiciones, pues el General Miaja es un militar excelentísimo⁸.

Después de treinta horas de viaje logro entrar en Barcelona. Como a nadie he avisado, nadie me espera, y como siento una gran curiosidad por saber cuáles son las funciones que voy a tomar a mi cargo, envío el equipaje al Hotel y me voy derecho al Palacio de Justicia.

Son las nueve de la noche y encuentro a mis amigos que acaban de *plegar*, como aquí se dice, y se disponen a salir. Cambiamos abrazos y bienvenidas con la cordial efusión de siempre. Con cálida palabra me cuentan regocijados el triunfo de la Revolución y la derrota en breves horas del fascismo por los curtidos luchadores de la C. N. T. y la F. A. I. Lamentamos todos la caída de Ascaso y las de algunos otros meritorios compañeros. Me cuentan luego los pormenores de la conquista del Palacio de Justicia, la constitución del Comité Revolucionario y la legitimación del mismo por un Decreto de la Generalidad, recientemente publicado, que determina sus atribuciones, y por otro que nombra su Presidente a mi antiguo amigo y compañero Ángel Samblancat⁹.

Por último me muestran un montón enorme de procesos sociales condenados al fuego.

Les felicito por su obra y al fin no puedo vencer mi deseo de preguntarles:

—Y ¿qué es lo que yo tengo que hacer aquí? ¿Cuál es aquí mi misión?

—De ello hablaremos mañana —me dice el compañero Batlle, que es la prudencia personificada—. Ahora está usted cansado del viaje.

Cenamos juntos Batlle, Devesa y yo. Los encuentro un poco disgustados y como eludiendo el contestar a mi pregunta concreta que les he repetido: ¿Cuál es mi misión en Barcelona?

Al cabo de un largo y complicado proceso mental, comprendo que tienen que decirme alguna cosa desagradable, a su juicio. Cojo este cabo y ya no lo suelto. A su favor construyo la alquitara que habrá de destilar la contestación concreta. Los convenzo de que no me interesa ser funcionario, y de la Generalidad mucho menos. Les anticipo que la Generalidad llegará a todos los extremos con tal de no situarme en un cargo de su confianza, por temor a mis represalias. Ante el asombro de mis dos queridísimos amigos, muestro la entraña de mi razonamiento:

En las Elecciones Generales de Febrero los de la Esquerra y sus aliados desconfiaban de triunfar en Cataluña; temían que la C. N. T. y la F. A. I., tan duramente perseguidas y castigadas por ellos, hiciesen una violenta campaña de abstención. Ignoraban que las dos poderosas sindicales, tan conocedoras de la cárcel, ante la cárcel depondrían sus odios, sus animadversiones y hasta sus

8 El tiempo me ha dado la razón. El General Miaja es hoy gloriosísimo defensor de Madrid y preside, a demás, con singular acierto la Junta Nacional de Defensa.

9 El aragonés Ángel Samblancat y Salanova (1885-1963), republicano federal y próximo al anarquismo, fue durante la guerra presidente de la Audiencia de Barcelona, y también formó parte del Tribunal Popular Especial. [Nota del editor digital.]

intereses. El único que vivía seguro de que el romanticismo y la generosidad de la C. N. T. y la F. A. I. habían de salvarle era Companys; pero el Comité electoral no se había puesto al habla con él.

En una reunión los del Comité acordaron por unanimidad tomarme como pararrayos de las iras de las sindicales y a efecto incluirme en la candidatura de Barcelona (capital). Confiaban en que mis treinta años de Abogado al servicio del sindicalismo en toda España y principalmente en Cataluña, mis duros y arriesgados combates en los tiempos del Sindicato Libre, de la Dictadura y de la tiranía del insolente Badía¹⁰, que en los pasillos del Palacio de Justicia llegó una mañana a amenazarme con su pistola si seguía defendiendo a los hombres de la F. A. I., les garantizarían el respeto de los apolíticos.

Rubio Tudurí fue el encargado de notificarme el acuerdo del Comité, con regocijo por su parte, puesto que es un amigo bueno y leal.

“Vamos a Cartagena —me dijo por teléfono en Madrid—, para conferenciar con Companys; regresaremos pasado mañana de madrugada; esté dispuesto para venir con nosotros a Barcelona y acompañarnos en la campaña electoral”.

En la madrugada del día convenido les aguardé con la maleta hecha; pero en lugar de llegar ellos a mi casa para recogerme, llegó un continental en el que el propio Rubio, leal siempre, y contrariadísimo me comunicaba que a mi nombre se le había puesto el veto desde las alturas.

Las *alturas*, ignorantes de que jamás he perdido un minuto en vengarme de nadie, era natural que se afanaran por evitar el que la Revolución y la guerra pusieran en mi mano la honda y la piedra de la venganza.

Mis amigos y comensales, al través de mi digresión vieron con claridad la clave de lo que ocurría y ya no encontraron dificultad para contármelo.

El Gobierno de la Generalidad, por boca de Casanovas, que en otros tiempos había sido mi amanuense, a sueldo de la C. N. T., había dicho desde su trípode: “Si os empeñáis en dar a Barriobero posesión de la Presidencia de la Territorial se la daréis; pero en el acto dimitirá todo el Gobierno de la Generalidad”.

Los que me conocen saben que soy plenamente sincero si digo que al oír aquellas palabras, aquel anatema, me sentí impregnado de una felicidad inefable. No he nacido para funcionario; desde que se formalizó la Guerra decidí ser y hacer cuanto se me encomendara en defensa de la causa antifascista, y así, al verme libre de una de las cargas menos conformes con mi contextura espiritual, respiré complacido y satisfecho.

—Luego debo regresar a Madrid... —pregunté a mis amigos Devesa y Batlle.

—En modo alguno. Si usted quiere ser Presidente de la Territorial, lo será por encima de todo; si, por el contrario, le parecen bien nuestras normas de aceptar todos los sacrificios con tal de no promover la más leve discordia entre el conjunto de los elementos antifascistas, le incorporaremos a nuestro Comité Revolucionario y será usted nuestro asesor y nuestro guía.

Me dejaron en la puerta del Hotel. Dormí sin inquietudes; pero me despertó temprano la impaciencia por incorporarme al Tribunal Revolucionario.

A las nueve de la mañana salgo para ir a pie al Palacio de Justicia. Barcelona está en plena normalidad. Nadie opone dificultades a la circulación. Los comercios están abiertos y bien abastecidos. Los milicianos vigilan sin molestar a nadie.

Llego al Palacio. Los guardias civiles, los de Asalto y los milicianos me saludan rindiéndome los honores correspondientes al cargo para el que me suponen designado. Me apresuro a declinar los honores y a desengañarles.

10 Josep Badia i Capell (1903-1936) y su hermano Miquel (1906-1936) fueron miembros de Estat Catalá y formaron parte del Orden Público de la Generalidad. Duramente enfrentados a los anarquistas, éstos terminarán por asesinarlos. [Nota del editor digital.]

—En este barco —les digo— no soy más que un polizón.

Pregunto por la Sala en donde se reúne nuestro Comité, que en la casa se titula Comité Superior de Justicia de Cataluña, y me dirigen a la peor dependencia del Palacio. Somos así de modestos. Mis compañeros han desdeñado los lujos y las comodidades del Tribunal de Casación.

Encuentro a los que han de ser mis colaboradores, presididos por Ángel Samblancat y nos dedicamos a examinar papeles y procesos.

Momentos después de iniciada nuestra tarea, comienzan a llegar comisiones de funcionarios para ofrecerme sus respetos y cumplimentarme y son vanos cuantos esfuerzos dirijo a convencerlos de lo que manifesté a los guardias, esto es, de que no soy sino un polizón en aquel barco.

Mis amigos del Comité me hacen el honor de someter a mi decisión todos los conflictos que se presentan y, me resisto a resolver, porque las decisiones no pueden llevar mi firma.

Llueven copiosamente las reclamaciones y las denuncias y a la vez llueven nuestras perplejidades. ¿Qué podemos hacer? ¿Hasta dónde llegan nuestras atribuciones?...

—¿Qué se ha hecho desde que se constituyó el Comité? —pregunto.

—Quemar papeles —me contestan—. Es lo que más prisa corre a las sindicales vejadas por la Justicia pretérita. Cada noche se llevan los Comités de Defensa un par de toneladas de procesos para hacer el auto de fe en las estribaciones de Montjuich.

—Eso está bien —replico—; pero supongo que separaréis las piezas de fianza.

Me miran todos con asombro equivalente a una negativa rotunda y me hago fuerte en mi objeción:

Tengo por seguro que la casa no estará totalmente limpia de lobos y de zorros cancellerescos; el escribano de colmillo retorcido y uñas de acero, es inmortal, y vive en todas las latitudes; a la hora de comer o de atesorar no hay para él diferencia entre Primo de Rivera, el Sindicato Libre o la F. A. I. Como los resguardos de Hacienda de la Generalidad, o del Banco están en su poder, estáis quemando a beneficio suyo los documentos de referencia. Estáis brindándoles una buena parte en el botín de la Revolución.

Se suspendió el escrutinio para hacerlo más minuciosamente y se inició en el Palacio una investigación encaminada a expulsar a los indeseables.

Para no volver sobre estos extremos, consignaré que en adelante las fianzas se salvaron de la quema, pero no de las garras curialescas, y que los indeseables expulsados por la puerta principal, con una credencial de la Generalidad como bandera, fueron restituyéndose a sus puestos por las puertas accesorias.

Avanzada ya la mañana, se acercó a mí un personaje entre chulo y señorito, que aquí se dan bien estas dos faunas, mixto de gorrión y galápago, que decimos en Madrid. Me invitó a salir de la Sala para que hablásemos reservadamente y atendí en el acto su invitación.

—Parece mentira —me dijo con acento tutelar— que una persona de la categoría, de la edad, y de la historia de usted...

Le interrumpí un poco burlón:

—Las categorías ya no existen, la edad se cuenta desde el comienzo de la guerra, y en cuanto a la historia, Franco y Mola están destruyéndola a cañonazos. Suprima, pues, el prólogo.

—Decía que en la Generalidad están maravillados de que una persona como usted haya venido de Madrid dejándose engañar por esos cuatro locos; pero Companys, que es un buen amigo suyo, para resarcirle de este trastorno ha pensado nombrarle a usted Magistrado de la Audiencia de Lérida.

—Hombre —le dije convencido de que me las había con un Viva la Virgen, tipo al que aquí se denomina *Cantamañanas*—, me hubiera gustado más el cargo de Sacristán de la Sagrada Familia...

—Créame que le hablo en serio.

—Y ¿quiere usted que le conteste en serio?

—Naturalmente. *Allí* están aguardando su respuesta.

—Pues óigame: Salí de Madrid con dos mil pesetas, que por gracia especial me autorizó el Control Obrero del Banco Hispano-Americano para extraer de una cuenta corriente. Siempre fui morigerado; ahora que voy llegando a viejo lo soy más, y creo que con ellas podré vivir un par de meses al lado de estos amigos; algunos de ellos han escrito con su sangre esa historia que usted mentaba. Tan pronto como llegué pude observar que estaban haciendo con gran acierto la revolución social con la que les vi soñar durante tantos años. Aquí en Barcelona ha de nacer la Sociedad nueva y quiero ser testigo de su orto glorioso. Si no encuentro en donde trabajar y se me acaba el dinero, me volveré a Madrid con los últimos veinte duros, que allí lo he encontrado todo siempre y, lo que es más, sin buscarlo. Diga usted a mi favorecedor que no quiero administrar justicia contrarrevolucionaria y por si es cierto que un rasgo de cordialidad le ha determinado a protegerme, en afectuosa correspondencia puede advertirle en mi nombre que en Lérida no manda ni gobierna la Generalidad; en Lérida manda el P. O. U. M.

Se despidió el oficioso lamentando mi suerte y acaso censurando mi altivez y me restituí al Comité Revolucionario.

III.

**Sin facultades ni dinero. Del Tribunal a lo Oficina. ¿Nos vamos?
El paso a la contrarrevolución. La justicia no interesa. Los intelectuales.
¿Qué haremos con los presos? Un secretario “particular”. Un “be negre”.
La purificación por el fuego. Raimundo, conejo de Indias.**

Cuando en las primeras horas de la tarde vuelvo a los estrados del Comité Revolucionario me encuentro el vestíbulo, la escalera y el amplio salón de pasos perdidos rebosantes de una multitud de personas que acude afanosa a solicitar nuestra justicia.

Procuramos oír a todos y nos plantean las cuestiones más diversas y complejas; desde la indemnización por incumplimiento de la promesa matrimonial hasta la remota herencia de un emigrante afortunado; desde la solicitud de perentorio matrimonio de un miliciano que va al frente hasta la indemnización que demanda un cojo mal avenido con la verdad oficial escrita en papel de oficio, según la que puso la pierna debajo de un tranvía sin más objeto que el de saber lo que pasaba luego.

Los problemas de derecho civil, social, mercantil, penal y hasta internacional vibran ante nuestros ojos y nos piden solución inmediata.

—Como ve usted —me dice el Presidente Samblancat—, las circunstancias exigen que actuemos de un modo intenso y rápido.

—Pues manos a la obra —le contesto—. Vamos a constituir salas y a fallar en ellas estos asuntos rápidamente. Una para lo civil, otra para lo social, otra para lo mercantil y lo indefinido y otra para lo criminal.

—Ya lo había yo pensado; pero sin duda usted no sabe que no tenemos facultades ni dinero.

—Pero ¿no es éste el único Tribunal que actúa en Cataluña, el Comité Superior de Justicia?

—Lo primero sí; no funcionan las audiencias ni los Juzgados; pero lo que comenzó en Comité Revolucionario y fue no el Comité Superior sino el organismo único de la Justicia, por un decreto de la Generalidad quedó reducido a una simple Oficina Jurídica sin facultades definidas y expresas y mis atribuciones se limitan a nombrar dos abogados que me ayuden.

—¿A qué?

—A lo que hemos hecho toda la vida: a resolver consultas gratuitamente.

—Entonces, lo mejor que podemos hacer es marcharnos, y que la Generalidad se las componga con todos esos ciudadanos que piden justicia.

—Sí; pero los Comités y las Juntas de Defensa nos mandan que estemos aquí y que atendamos a todos. Por eso quieren que usted se encargue de presidir la Territorial y organice la Sala de Justicia.

—Pero ya sabe usted que la Generalidad no quiere y que la consigna es no chocar contra la Generalidad, lo que a mi juicio, es tanto como franquear el paso a la contrarrevolución.

Samblancat asiente dolorosamente. La Revolución nos niega su calor y pone una camisa de fuerza a nuestras actividades.

Interrumpen nuestro diálogo comisiones de organismos obreros que vienen a felicitarme y se quedan con la boca abierta cuando les digo lo que ocurre.

—¡Eso no puede ser! —exclaman indignados—. Ahora mismo vamos a ver al Consejero de Justicia y al Presidente de la Generalidad.

—No os oirán —les advierto—. Todas las revoluciones serias colocaron siempre en primer término los Tribunales del Pueblo; pero aquí, a la vez que la Revolución, comenzó la contrarrevolución, y vuestro organismo Superior, el Comité Regional, ha dicho terminantemente *que la Justicia no interesa*.

Se retiran contrariados y dispuestos a buscar un remedio para nuestra situación pintoresca. Nadie se aviene con la idea de que un Comité Revolucionario de Justicia apenas si pueda hacer otra cosa sino resolver gratuitamente consultas.

Y van y vienen y hacen visitas a los gerifaltes; pero no logran que ninguno se apeee de su burro.

Me aguijan a mí y yo no quiero reñir la batalla por un cargo. Además, la hubiera perdido; por sorpresa se han adueñado de la C. N. T. y la F. A. I. unos grupos de *intelectuales*, los más de ellos con carnets nuevечitos y son lo mismo que los *intelectuales* de todas partes: demasiado amigos del orden, de las normas preestablecidas, de los gobiernos preconstituídos, y de solidarizarse con los demás intelectuales.

Van pasando así los días de la última decena de Agosto. Por las mañanas, a las nueve, voy solo, sin documentación y sin pistola, desde el Hotel al Palacio de Justicia. Sépanlo los alarmistas. Barcelona está tan normal y tan simpática que, todo aquel que no lleve un crimen sobre su conciencia, puede hacer lo que yo.

Llego y ayudo a mis compañeros a resolver pequeñas cuestiones: presos sociales olvidados que ponemos en libertad; denuncias que sometemos a comprobación; conflictos que declinaremos sobre los Jueces, cuando los haya, porque carecemos de facultades para resolverlos; quema de causas políticas y sociales; selección de las falsedades, estafas, malversaciones, etc. en cuantía considerable para fallar cuando nos dejen constituir Tribunales; visitas de amigos y de aspirantes a destinos...

Continuamente llegan emisarios de las milicias antifascistas y de las patrullas a preguntarnos cuándo vamos a constituir el Tribunal Revolucionario, porque tienen muchos presos y quieren cuanto antes entregárnoslos.

Remito a los solicitantes al Consejero de Justicia¹¹, que es quien ha de resolver y no logran verlo. Hablan, en cambio, con su Secretario, quien les dice que es muy sabio, que ha estudiado en Alemania y que a mí no pueden consentir que las sindicales me nombren Presidente de la Territorial, porque ello equivaldría a usurpar una facultad privativa del Consejero y porque, además, el cargo es *político* y debe desempeñarlo un político de la Esquerra Republicana de Cataluña.

Cuando cortan aquel chisporroteo de palabras y despropósitos para decirle que *no embulique* y que es otro más fundamental el objeto de la visita, les manda volver mañana...

Y así pasan los días, muchos días, durante los que en Cataluña, como no hay justicia, porque para los intelectuales de la C. N. T. y la F. A. I. no interesa y la Generalidad no quiere organizarla, cada uno se la toma por su mano.

A una, y no sé si a todas las comisiones, les dice en la puerta el Secretario volviendo a su tema, porque los tontos suelen ser monorítmicos:

—¡A Barriobero le íbamos a dar la Presidencia de la Territorial! ¡Y un *bé negre*!

Aquí, a los que en su vida comieron más que *secas y arengadas*, el borreguito negro les parece un manjar.

Cuando se estudie formalmente y con ponderado sentido crítico el señoritismo catalán, quedará reivindicado el señoritismo andaluz. ¡Qué cerebros tan diferentes han cobijado el bombín y la barretina!

11 Josep Quero i Molares (1905-1987) era catedrático de Derecho y miembro de Esquerra Republicana de Catalunya. [Nota del editor digital.]

* * *

En el Tribunal Revolucionario, minisculizado hasta el extremo de quedar reducido a una simple Oficina Jurídica, nos sentimos todos deprimidos y defraudados. Para dar consejos y resolver consultas, lo mismo podríamos hacerlo en un despacho, en un café o en un banco del paseo, lejos de la solemnidad de una Sala de Justicia, que nos obliga a pagar a la Revolución una contribución más fuerte.

Queríamos marcharnos. Lo consultamos con los representantes de las Juntas de Defensa que se hicieron cargo del edificio y nos contestan de un modo rotundo:

—Si os vais quemaremos el edificio con todo lo que tiene dentro.

—Pero si a la Organización no le interesa la Justicia —les contesto.

Y me replican agudamente:

—Pero a nosotros nos interesa el que la Injusticia no vuelva a instalarse aquí.

Una tarde sentí que aquel suplicio de Prometeo era superior a mis fuerzas. Los picotazos del buitre avivaban mi deseo de servir a la Revolución y el dolor de no poder desprenderme de las cadenas que la Generalidad me había puesto.

Decidí romper aquellos moldes de escayola.

Acababa de denunciarme un pobre hombre que al ir a rescatar un pagaré de manos de un usurero, éste había falsificado el documento y en vez de doscientas pesetas que, computado el interés de treinta por ciento le debía, resultaba deudor por la cantidad de quinientas pesetas.

Recordé el fandanguillo alosnero:

A ti te igo Paquito Reboyo
que me la tien osté que pagarga,
q'en ve de un tres m'as metió un sinco
y mas robao la metarga...

Se trataba de Raimundo, un matatías muy conocido en la calle de Tallers y sus alrededores y en las covachuelas del Palacio de Justicia.

Dispuse que dos milicianos fuesen por él y lo trajeran a mi presencia con el documento.

Al día siguiente y al cabo de muchas dificultades que con tesón y habilidad vencieron, los milicianos me presentaron a Raimundo acompañado de una hija suya, bravía de verdad, que entró en la Sala desafiándonos a todos.

Hícele presentar el papelito y a simple vista advertí en él la raspadura y la enmienda denunciadas.

No supo disculparse ni justificarse, y entre clamorosas protestas de la muchacha, hice añicos el papel y condené al usurero a pagar una multa de quinientas pesetas con destino a los gastos de guerra.

Lloraron a gritos los dos, el padre y la hija, me pidieron que los mandara fusilar y me juraron por todos sus mayores, desde Abraham acá, que no tenían un céntimo.

—Bueno —dispuse poniendo fin a la escena tragicómica—. Raimundo se queda en el calabozo y usted, señorita, puede ir a buscar el dinero.

Volvieron a protestar los dos ruidosamente y al ver que yo mandaba que los retirasen de mi mesa, salió ella retadora, como había entrado, y Raimundo, pidiendo a gritos favor y clemencia y llorando lágrimas como dátiles fue conducido al calabozo.

A las nueve de la noche, cuando nos disponíamos a marchar, me trajeron recado de que Raimundo quería hablarme.

Acompañado de los dos milicianos llegó a mi mesa y sin proferir una palabra sacó quinientas pesetas en billetes nuevecitos y las puso en mis manos.

—¿Me puedo retirar? —me preguntó angustiado como el que acaba de sufrir una amputación dolorosa.

—Pero ¿qué es esto? —le increpé—. Usted, según sus juramentos y los de su hija, ha entrado en el calabozo sin un real y ahora viene con billetes nuevos. ¿Ha encontrado en algún rincón una máquina de hacerlos?

—¿Me puedo retirar? —volvió a preguntarme.

—Espere, espere, que ahora faltamos nosotros —intervino uno de los milicianos—. Ayer cuando fuimos por él, y por eso no lo hemos podido traer hasta hoy, su hija nos dijo que volviéramos dos horas después porque no estaba; pero mientras tanto avisó a las patrullas y dijo que íbamos a robarle. Tuvimos que ir al Control y gracias a que llevábamos escrita y sellada la orden de traerlo. Me parece que el caso es, por lo menos, para que duerma en el calabozo y siga haciendo billetes con la maquinilla.

—No. Yo lo disculpo. Sois catalanes y acaso no tengáis en vuestro *folklore* el refrán que dice: “Piensa el fraile que todos son de su aire”. Acompañadlo a su casa y en castigo de la injuria, que os dé para un Cuartel de Milicias el mejor colchón qué tenga en su cama.

Salieron todos.

Si al día siguiente la contrarrevolución no nos salía al paso, habíamos descubierto un gran campo para nuestras ansias de actuar y de ser útiles.

Raimundo nos sirvió como conejo de Indias.

IV.

Sorpresa desagradable. La Generalidad me nombra “Cap” de la Oficina Jurídica. Mis obligaciones y mis facultades. ¿Todos polizones? El preámbulo y el articulado del Decreto. Nuestro programa. La Caja Autónoma. La plantilla de la Oficina.

El 28 de Agosto, al llegar a la Oficina me encuentro con una sorpresa poco grata: a Samblancat lo han nombrado Magistrado de la Audiencia y a mí, en sustitución suya, Jefe de la Oficina Jurídica:

Creí que no debía aceptar y así lo dije a mis amigos; pero las Juntas de Defensa habían aceptado en mi nombre y no era posible dejarlas mal.

En esta conversación estábamos cuando un Alguacil puso en mis manos el nombramiento:

“GOBIERNO DE LA GENERALIDAD DE CATALUÑA.—*Departamento de Justicia y Derecho.*—Con fecha de hoy he dictado la siguiente Orden:—Para cumplimiento del Decreto de 17 de los corrientes creando la Oficina Jurídica es indispensable el Abogado Jefe de dicha Oficina. = En consecuencia, y atendiendo los méritos que concurren en el Letrado señor Eduardo Barriobero y Herrán, HE RESUELTO: = Es designado Abogado Jefe de la Oficina Jurídica, creada por Decreto de 17 del mes corriente, el Letrado Sr. Eduardo Barriobero y Herrán, el cual ocupará la vacante del Letrado Sr. Ángel Samblancat y Salanova, percibirá la cantidad de diez y ocho mil pesetas anuales y estará facultado para nombrar otros dos Letrados, uno con el sueldo de 15.000 pesetas anuales y otro con el de 7.000 y para elegir entre los funcionarios auxiliares de la Administración de Justicia, los que sean necesarios para el servicio que se le confía.—Lo que os comunico para vuestro conocimiento y efectos.—Barcelona, 28 de Agosto de 1936.—El Consejero de Justicia. J. Quero Molares.—Sr. Eduardo Barriobero y Herrán”.

Lleva la firma del Consejero y los sellos correspondientes.

Tuve escrita la contestación aceptando el cargo y renunciando al sueldo. Dignamente no podía recibir dinero de los que con tan absurda tenacidad me habían puesto el veto para el cargo de Presidente de la Territorial. Después pensé cobrar el sueldo cuando me lo pagaran y devolverlo a su procedencia con un *bé negre*; pero mis amigos me recordaron la consigna de no reñir ni disgustarme con nadie y acepté cargo y sueldo; éste con las reservas mentales que oportunamente puse en práctica.

Ya estaba mi situación definida; desde aquel momento era el Jefe responsable de la Oficina Jurídica y un funcionario más de la Generalidad de Cataluña. ¡Cómo me hubiera honrado con esto, sin la xenofobia que precedió a mi designación! He sido siempre un catalán honorario. Hace treinta años que pago contribución en Barcelona, he sido pregonero en toda España de las bellezas y las virtudes de Cataluña, he traducido al castellano algunos de los clásicos catalanes y creo que en Cataluña tengo mis mejores amigos. ¡Qué dolor el de haber visto interponerse entre Cataluña y yo el señoritismo xenófobo y burocrático!

Me di a mí mismo posesión del cargo, confirmé los nombramientos hechos por mi antecesor y comencé a estudiar cuáles eran mis obligaciones y mis facultades, esto es, los medios con que podía contar para cumplir aquéllas.

Pedí detalles de los acuerdos adoptados por los organismos societarios que tomaron a su cargo el Palacio de Justicia y se me dijo que el Consejero de Justicia se había encargado de darles forma

en un Decreto que no les había satisfecho, pero confiaban en que daría otros que interpretaran mejor la voluntad del pueblo.

He aquí el

DECRETO

“El proletariado catalán, que tan heroicamente ha luchado y lucha contra el fascismo, se ha visto en otros tiempos sometido a persecuciones y condenas injustas. En este instante de enaltecimiento del sentido jurídico de Cataluña, en el que el Poder público y el Pueblo han de seguir un mismo camino que los conduzca a la victoria, no pueden olvidarse los sufrimientos pasados y cabe, en la medida de lo posible, reparar las injusticias cometidas y amparadas por la Monarquía y las Dictaduras que ha sufrido nuestro país. Por ello es necesario proceder a una revisión de todas las causas sociales en que han intervenido Tribunales del Territorio catalán y es conveniente, además, que las Autoridades Judiciales faciliten esta obra de reparación.

Por otra parte, nos encontramos con una normación jurídica que no responde al sentimiento jurídico del pueblo, que desea incorporar su espíritu a la administración de justicia, con una legalidad nueva que nazca al compás de las existencias del momento. Estamos, pues, en momentos de transición y renovación jurídica, y el Poder público tiene el deber de arbitrar en forma de que las clases proletarias puedan obtener gratuitamente los asesoramientos indispensables.

Para realizar estas funciones conviene crear un organismo técnico que las realice inspirándolas en los ideales de justicia y de equidad que han de servir de fundamento al nuevo orden jurídico.

Por estas razones, a propuesta del Consejero de Justicia y de acuerdo con el Consejo,

Decreto:

Art. 1.º Se crea una Oficina Jurídica encargada de resolver gratuitamente las consultas que formulen verbalmente o por escrito las organizaciones obreras y los particulares interesados, referentes a la interpretación y aplicación del nuevo Derecho.

Artículo 2.º La Oficina Jurídica queda facultada para proceder a la revisión de todos los procesos penales de carácter social seguidos en el territorio de Cataluña.

Si a consecuencia de la revisión apareciesen responsabilidades de cualquiera clase, la Oficina Jurídica lo pondrá en conocimiento del Procurador de Cataluña, quien interpondrá las acciones procedentes en justicia.

Artículo 3.º La Oficina Jurídica estará dirigida por un Abogado Jefe y por dos Letrados que él designe. El personal auxiliar necesario será designado de entre los que presten servicio en la Administración de Justicia.

Artículo 4.º El Consejero de Justicia queda facultado para habilitar los créditos necesarios para el funcionamiento de la Oficina Jurídica.

Barcelona, 17 de Agosto de 1936.

Luis Companys

El Consejero de Justicia
J. Quero Molares.

(Boletín del 20 de Agosto del 1936, N.º 233).

Como se ve, interpretado el Decreto —partida de nacimiento de la Oficina Jurídica— con criterio de funcionario y aun de Juez o Magistrado, no era yo sólo el polizón del barco; todos éramos polizones.

El articulado, la parte dispositiva, leído con los ojos miopes de la oficial burocracia, sólo nos autorizaba para resolver consultas gratuitamente, leer con aire distraído los cuarenta mil procesos de carácter social, que, al ponerles el puñal al pecho, nos entregasen los escribanos, representar la vieja y entretenida comedia española de la responsabilidad judicial, llamar a nuestros estrados media docena de *curiales* bonitas para que nos ayudaran a pasar el rato y pedir de vez en cuando algún dinero al Consejero de Justicia.

¡Digna faena de un Tribunal Revolucionario!

Pero desde el primer momento advertí que el Decreto estaba hecho de buena fe y decidí tomarlo en serio. En el prólogo había puesto todo su sentir, toda su alma un joven catedrático que tenía la visión clara de la Revolución actuante; pero llegó al articulado con la pluma cansada y cohibida por las leyes procesales y quién sabe si por el espíritu contrarrevolucionario de sus compañeros de Consejo.

Decidí amasar el articulado con el prólogo y deducir del conjunto las facultades que habría de tener la Oficina.

He aquí la quinta esencia que extraje:

1. Debíamos reparar las injusticias cometidas por la Monarquía y las Dictaduras.
2. Revisarlas causas sociales en que hubiesen intervenido Tribunales del Territorio Catalán.
3. Rectificar la normación jurídica que no responde al sentimiento jurídico del pueblo.
4. Incorporar el espíritu del pueblo a la Administración de Justicia.
5. Abrir el cauce para una legalidad nueva nacida a compás de las exigencias del momento.
6. Arbitrar la forma de que las clases proletarias puedan obtener gratuitamente los asesoramientos indispensables.
7. Inspirarnos en los ideales de justicia y de *equidad* que puedan servir de fundamento al nuevo orden jurídico.
8. Interpretar y aplicar el nuevo Derecho.

Así confeccioné nuestro programa.

El primer inciso, en relación con el octavo, nos autorizaba para revocar o rectificar las sentencias injustas dictadas por los Tribunales de Cataluña.

En cuanto al segundo no teníamos otra misión sino la de quemar todos los procesos sociales, con sus piezas separadas, fichas y demás accesorios.

Se nos presentaba la eterna dificultad de discernir cuáles eran procesos sociales y cuáles no lo eran, porque todos los factores de la Oficina sabíamos de procesos instruidos por delito de atraco (robo con violencia en las personas) por ejemplo, cuando el hecho no había existido sino en la imaginación detectivesca de algún policía, en el perverso magín de un cobrador codicioso o de un patrono tramposo o en el acuerdo de una organización honrada, a la que la Ley tildaba de estafadora si cobraba cuotas, cosa permitida a los señoritos para sostener sus casinos, que no eran sino garitos o prostíbulos, y la sociedad no eximía del deber de atender a sus compañeros condenados a la dieta de la cárcel porque el carcelero se comía el rancho, o a sus familias privadas cruelmente del brazo productor. Por otra parte, si de la Revolución había de nacer un Régimen nuevo, debíamos cancelar todos los vicios del antiguo y otorgar amplísima amnistía a cuantos de ellos vivían intoxicados.

Decidimos, pues, declarar sociales todos los procesos y quemarlos todos, en vista de que la clasificación no era cosa fácil. Tan no lo era que el altísimo ingenio de Quevedo hubo de escribir un amplio opúsculo sobre “Quiénes son los Ministros y quiénes son los ladrones y en qué cosas sutiles se pueden diferenciar unos de otros”.

En cuanto al tercer epígrafe para “rectificar la normación jurídica que no responde al sentimiento jurídico del pueblo”, estimé que debíamos dar de lado a las leyes procesales, concretándonos a oír al reclamante y al interpelado, pedir un asesoramiento técnico, una prueba

elemental o un documento, cuando ello fuera indispensable, dictar el fallo y ejecutarlo inmediatamente.

Como ninguno nos considerábamos infalibles, quedó establecido un recurso de revisión para ante el pleno de los componentes de la Oficina, que podría interponerse en el plazo de tres días y ser substanciado en el de 24 horas.

Para incorporar el espíritu del pueblo a la administración de justicia, suprimimos todas las fórmulas y permitimos a todos que con mesura y pertinencia primarias discutieran con los Jueces.

Como la Justicia en aquellos momentos estaba un poco borrosa —y creo que sigue estándolo— y con estricta sujeción a los Códigos se habrían cometido todas las injusticias cuya rectificación se nos encomendaba, decidimos sustituirlos todos por el de la equidad, por el escrito en el corazón de todos los hombres justos, y en él nos hicimos fuertes para interpretar y aplicar el nuevo Derecho, que, por otra parte, no estaba encuadrado ni aún impreso; estaban escribiéndolo los milicianos con su sangre en los frentes de batalla.

No obstante la rotunda facultad que se nos asignaba para *interpretar y aplicar el nuevo derecho*, en los asuntos de carácter civil o mercantil y ajenos a la Revolución que nos fuesen propuestos, decidimos intervenir como Amigables Composedores cuando en tal concepto fuésemos aceptados por las partes discordes, y de este modo nuestros fallos podrían tener solidez y eficacia no sólo con arreglo al Derecho *nuevo*, sino que también con arreglo al Derecho Antiguo.

Aún teníamos que resolver otro problema: el económico, dado que nos habíamos propuesto que nuestro Tribunal no resultara gravoso para la Generalidad.

Necesitábamos mucho personal y mucho material —impresos, carpetas, armarios, sellos, gasolina para los coches al servicio de la investigación indispensable y práctica de diligencias— si habíamos de atender puntualmente a las quinientas o más personas que diariamente se agrupaban a nuestras puertas.

Para satisfacer estas necesidades se me ocurrió la creación de algo así como una Caja Autónoma, que habría de surtir con el diez por ciento de las cantidades que los reclamantes percibirían por nuestra mediación. La entrega de este diez por ciento habría de ser perfectamente voluntaria y si su producto rebasaba nuestros gastos, el sobrante lo entregaríamos para la guerra.

De esta manera quedó perfilado el plan para la actuación de la Oficina Jurídica. Las Juntas de Defensa nos fueron mandando milicianos, a medida que los íbamos necesitando para que hiciesen de Alguaciles, y la plantilla del personal se completó en esta forma:

Secretario General

Jesús Argemí Melián.

Letrados Auxiliares

José Medina García¹²

Antonio Fernández Ros.

José Merino Blázquez.

Ricardo Gordo Fornés.

Luis Cordero Bel.

María Luisa Algarra Coma.

Antonio García Poblaciones.

Antonio Bonafox Amezúa.

Manuel Lozano.

Control de la C. N. T. y de la F. A. I.

José Batlle Salvat.

12 Medina fue nombrado poco después Procurador o Fiscal de la Sala Especial de Divorcios.

Antonio Devesa Bayona.
Auxiliares no Letrados
Ricardo M. Sangra.
Mariano Viñuales Fariña.
Pedro Quites Gonzalvo.
Carmen Alba Campa.
Francisco Servitge.
Miguel Jurado.
Francisco Polo.
José Bravo Martín.
Francisco Aguado Victoria.

Cuando comenzamos a tener dinero, se nombró cajero a Devesa, y Samblancat gratuita y desinteresadamente venía a ayudarnos en los ratos que le dejaban libres las obligaciones de su cargo.

Acaso alguno juzgue excesiva esta burocracia; pero habrá de rectificar si quiere hacerse cargo de que con ella sustituimos todos los Juzgados y todas las Salas de la Audiencia, los Tribunales Industriales y los Jurados Mixtos.

Bástale saber, además, que nuestra jornada ha sido de doce horas y que durante los ochenta días de nuestra actuación, ningún domingo ni día de fiesta estuvo clausurada para el público la Oficina.

V.

Arremetemos contra los usureros. Interesantes descubrimientos. Les sale un Ángel tutelar. ¿Podemos o no podemos perseguirlos? Una conferencia con el Consejero de Justicia. Se nos autoriza para perseguir actividades contrarias al Régimen.

El ensayo llevado a la práctica con el *anima vili* de Raimundo, nos salió bien. Nos elogió la Prensa y lo celebró clamorosamente la opinión pública, el *espíritu jurídico* del pueblo.

Nos consideramos, pues, autorizados para incorporar a nuestras tareas la de perseguir implacablemente la usura y a los usureros.

Asumí personalmente este cometido y a las pocas horas pude comprobar la horrible forma en que la usura tenía minada Barcelona.

En pocos días desfiló ante mi mesa el escuadrón nefasto de los terribles vampiros. A la cabeza figuraban los Notarios facilitones que de lo que no veían ni oían daban fe; pero dejaban hueros de esperanza y limpios de caridad a cuantos aceptaban su garantía protocolaria.

Venían luego los acreedores hipotecarios prendidos siempre del procedimiento sumarísimo e implacable de la ley, que daban dos, hacían figurar doce en la Escritura y para la hora del *Spoliarium*, cerraban un redondeo de capital, intereses y costas representado por una cifra astronómica.

Llegaban a continuación los de las retenciones a empleados públicos y privados, con los repugnantes juicios convenidos, que les servían para llevarse a traición y de por vida la parte principal de los sueldos.

Aparecían por último los prendarios, los del dinero por alhajas, ropas y efectos al sesenta por ciento. En Barcelona la mayoría de éstos operaban con una suciedad inconcebible: en vez de la clásica papeleta daban una tarjetita con un número de orden, en la que no constaba la fecha de la pignoración ni si lo empeñado era un reloj o una camisa.

Ahondando luego descubrí que estas aves de rapiña no eran tan criminales como públicamente se cree. La mayoría de ellos resultaron ser pobres diablos, casi siempre dependientes semi-emancipados, que tenían como socios capitalistas a sus antiguos patronos. Estos, desde su covacha les facilitaban dinero al tres por ciento mensual y se llevaban la prenda, guardando cuidadosamente el anónimo para no incurrir en responsabilidades. Los otros, mientras tanto, con el dos por ciento mensual que les quedaba, corrían los riesgos del engaño o de que la prenda resultara robada y tenían que pagar la casa, la publicidad, la contribución, los impuestos regionales y municipales y el soborno de la policía.

Contra todos arremetí y a todos, desde los Notarios a los *diteras* traté de imponer el sentido revolucionario del momento; pero un buen día, cuando aún no llevaba ocho dedicado a esta saneadora tarea, al llegar a la Oficina me encontré con un Decreto que me cortaba los vuelos y convertía mi espada tajante en la inofensiva de Bernardo, que, según la referencia histórica, ni pincha, ni corta, ni hace daño. La Generalidad había lanzado un Decreto en defensa de los usureros.

Lo publicó el Boletín de 4 de Septiembre y he aquí su contenido:

La Justicia tradicional era lenta e inoperante. Ello representaba una injusticia de graves repercusiones sociales y se puso aún más de manifiesto al anular disposiciones, fruto del mejor deseo, como la ley llamada de Azcárate para la supresión de la usura.

La miseria derivada casi siempre del paro forzoso por falta de trabajo o por enfermedad, la inexperiencia en muchas ocasiones o la prodigalidad, ha puesto bajo la

esfera de acción de gentes sin escrúpulos, pero moralmente indefensas, que aceptaron a cambio de la solución de un problema inmediato, la imposición violenta de un yugo que ha gravitado y gravita en la esfera económico-familiar, hasta hacerla en muchos casos desesperada.

Por tanto, a propuesta del Consejero de Justicia y de acuerdo con el Consejo,

Decreto:

Artículo 1.º Es nulo todo contrato de préstamo perfeccionado por escrito o verbalmente, con la concurrencia de actos o pactos usurarios.

Art. 2.º Constituyen usura:

El hecho de percibir interés en proporción superior al normal del mercado por las cantidades o los objetos particulares prestados.

Se estimará circunstancia agravante la inclusión de los intereses en la cantidad prestada; la retención de parte de la cantidad que se diga librada al prestatario en concepto de reintegro a cuenta de aquella, y, en definitiva, cualquier otra fórmula disimulada con la que se pretenda encubrir el préstamo usurario.

Art. 3.º Para apreciar la existencia de la usura, se tendrá en cuenta:

- a) Circunstancias personales, antecedentes y conducta del prestamista.
- b) Circunstancias personales, antecedentes y conducta del prestatario.
- c) El interés normal en el mercado relacionado con el destino dado por el prestatario a la cantidad u objetos patrimoniales recibidos.
- d) Situación económico-familiar, experiencia y otras circunstancias que afecten a la capacidad y condición civil del prestatario.

Art. 4. Serán competentes para entender en primera y única instancia de las actuaciones derivadas de los preceptos de este Decreto los Jueces de Instrucción del domicilio de los contratantes, cualquiera que sea la cuantía del préstamo.

En caso de tener domicilio distinto será Juez competente, a elección del denunciante, el del prestatario o el del prestamista.

El Juez examinará de Oficio su competencia. Su resolución será inapelable.

Son nulos los pactos o acuerdos de las partes que alteren lo que se establece en los párrafos primero y segundo de este artículo.

Art. 5.º Todo ciudadano que tenga conocimiento de la existencia de actos o contratos que presuma que han sido realizados con usura, lo pondrá en conocimiento de los Jueces de Guardia de Barcelona o de Instrucción de los Distritos de Cataluña.

Art. 6. Las denuncias podrán hacerse por escrito o verbalmente, en la forma que determinan los artículos 266 y 267 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Art. 7. A toda denuncia se podrá acompañar los documentos que se crea oportuno para su justificación y se expresarán todos los datos necesarios para la completa y clara comprobación del hecho denunciado.

Art. 8. Las autoridades que reciban una denuncia verbal o escrita, harán constar por los medios que consideren convenientes, la identidad de la persona del denunciante.

Art. 9. Formalizada la denuncia la autoridad judicial competente, procederá a examinar las pruebas aportadas y si las considera suficientes, llamará a los interesados a una comparecencia, que tendrá efecto en el término de cuarenta y ocho horas a partir del día de la presentación de la denuncia. Escuchará a las partes y resolverá el caso formando libremente convicción en vista de las alegaciones, documentos u otros medios de prueba que se hayan aportado.

Art. 10. Si la autoridad judicial estima que no tiene bastantes datos para formar juicio, podrá acordar la práctica, en el término de cuarenta y ocho horas, de aquellas pruebas que estime pertinentes. Una vez practicadas, señalará día para la comparecencia de las partes, que habrá de tener lugar dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes.

Todas las diligencias expresadas, habrán de ser acordadas y practicadas en forma tal que entre la fecha de presentación de la denuncia y la en que se dicte la resolución pertinente no transcurra un término superior a cinco días.

Art. 11. Examinadas las pruebas el Juez decidirá si el contrato es usurario, y, en caso afirmativo declarará su nulidad y dispondrá el reintegro total de las cantidades recibidas por el prestamista.

Si la cantidad recibida por el prestamista excediese de la realmente librada al prestatario, el Juez reintegrará a éste el exceso que resulte.

De las cantidades que se reintegren al Juzgado como consecuencia de lo que se expresa en el párrafo primero, con las deducciones, en su caso, a que alude el segundo, se formará un fondo cuyo destino se acordará oportunamente.

Art. 12. Si una persona en calidad de prestamista ha intervenido en diversas operaciones declaradas usurarias, de conformidad con el artículo anterior, será declarado usurero y sus bienes serán destinados por la Generalidad de Cataluña a Instituciones del Pueblo.

Art. 13. El pago de las costas judiciales correrá a cargo del prestamista si se dicta resolución en contra suya o del denunciante si la denuncia fuese desestimada.

Art. 14. Lo dispuesto en este Decreto se aplicará a los contratos a carta de gracia, hipotecarios, y, en definitiva, a todo acto substancialmente equivalente a un préstamo de dinero u objetos patrimoniales, cualquiera que sea la forma que simule y la garantía que para su cumplimiento se haya establecido.

Art. 15. Este Decreto es aplicable a los actos y contratos anteriores a su fecha.

Art. 16. Quedan derogadas todas las disposiciones que puedan oponerse al contenido de este Decreto.

Barcelona, 1 de Septiembre de 1936.

LUIS COMPANYYS

El Consejero de Justicia

J. Quero Molares

Lo que más ajeno podía estar a las posibilidades de mi previsión, era la aparición en pleno período revolucionario de un Decreto protector de la usura y de los usureros.

Porque nuestro Tribunal resolvía las reclamaciones en el acto o a lo sumo en cuarenta y ocho horas, no exigía que las denuncias se formularan con arreglo a preceptos de la Ley de Enjuiciamiento Civil, indemnizaba perjuicios al prestatario, si lo consideraba procedente, lo ponía a salvo del riesgo de pagar costas y por otra parte a denunciante y denunciado se les concedía el derecho de entablar ante el pleno de nuestro Tribunal una apelación que se substanciaba en el plazo de veinticuatro horas.

El Decreto, además de ser contrarrevolucionario nos arrebató unas facultades cuyo uso nos conquistó de repente la popularidad.

¿Teníamos legítimamente esas facultades? Quien con buena fe lea las normas legales de nuestra Oficina, analizadas en el capítulo anterior, no podrá negarlo; pero, además, para entender como amigables componedores y aun como árbitros entre las partes que en tal concepto nos aceptaban, no necesitábamos Revolución, ni Oficina, ni Decreto de la Generalidad.

Aunque sólo di, por entonces, al Decreto tutelar de los usureros, el valor de un síntoma premonitorio de lo que al final pasó y por mi parte estuve aguardando desde entonces, decidí tener una entrevista con el Consejero de Justicia.

La sollicité, me contestó amablemente invitándome a cenar y aun tuvo la gentileza de elegir la “Casa de Juan” en donde acostumbraba yo a hacerlo desde que comencé a venir a Barcelona.

El Sr. Quero es un hombre joven de amplios horizontes mentales, todo lo izquierdista que puede ser un catedrático de Derecho barnizado en Alemania y de gran simpatía personal.

La entrevista fue larga y hablamos de todo. Ni él ni yo podíamos eludir los temas de la Guerra y la Revolución. Cuando llegamos al Decreto motivador de la entrevista contestó a mi pregunta precisa con un encogimiento de hombros y al estrechar el cerco me dijo:

—Al margen del Decreto hay muchos problemas relacionados con la usura que ustedes pueden abordar.

—Como también los hay —le repliqué— al margen del otro Decreto, del de Creación de la Oficina Jurídica.

—En efecto. Pueden ustedes perseguir, por ejemplo, las actividades contra el régimen que no alcancen la categoría de delito.

Se mostró conforme, además, con el análisis y la interpretación que yo había dado al Decreto, y le pareció de perlas el que cuando nos sometieran algún asunto de carácter civil o mercantil imprevisto en el mismo y ajeno a la Revolución actuáramos como amigables componedores o como árbitros, sin las solemnidades empalagosas de la Ley Procesal.

Convencido de que habíamos llegado a entendernos salí satisfecho de la entrevista y sin resquemor por no haber averiguado el origen de aquella intempestiva ley tutelar de los Matatías.

VI.

El tribunal del Pueblo. Seis mil sentencias en ochenta días. Las apelaciones no llegan a diez. Jornada mínima de doce horas. Vivas y aplausos. Multas o usureros. El curioso problema de los que atropellaban tranvías. Las edades bíblicas de un conductor y un mutilado.

Quise dar a nuestra Oficina todas las características de un Tribunal del Pueblo. Al efecto, aunque disponíamos de todas las Salas y dependencias del Palacio de Justicia, elegí la más grande de aquéllas, hice colocar cuantas mesas cabían en los estrados y allí nos colocamos todos.

En un ángulo se amontonaban los procesos anteriores al 18 de Julio y dos de nuestros jueces los examinaban cuidadosamente antes de entregarlos al brazo secular de las Juntas de Defensa, que al finar el día venían por ellos con una camioneta.

Colocamos bancos para que el público aguardase, dentro y fuera de la sala, y por turno, sin caer en la vulgaridad antipática de las colas, eran dirigidos por nuestros milicianos a la mesa del que había de resolver el asunto o evacuar la consulta, pues lo primero de que nos cuidamos fue de distribuir el trabajo, según la afición o la especialización de cada uno de nosotros.

He aquí el catálogo de las materias a que dedicábamos nuestra actividad:

Casamientos, divorcios y protección de menores.—Reclamaciones sobre alquileres.—Indemnizaciones de despido y accidentes que debían ser pagados por patronos.—Accidentes y siniestros que debían pagar las Compañías aseguradoras.—Legalización de incautaciones y controles.—Control de las prisiones y del Régimen Penitenciario.—Reclamaciones de carácter civil o mercantil.—Revisión de los pleitos de carácter social ya fallados en los que apareciera denegada la indemnización.—Persecución de la usura.—Represión de las actividades contrarias al régimen.—Informes y consultas.

Pronto advertimos que a pesar del orden y el respeto con que se presentaban ante nuestras mesas reclamantes y consultantes, no bastaba la capacidad de la Sala y tuvimos que organizar otras tres. En una Batlle y Devesa resolvían principalmente los conflictos no escasos, entre distintos controles y además daban orientaciones y resolvían las consultas que no tenían carácter técnico. Otra se dedicó a matrimonios, divorcios y sus incidencias. Y otra, a las cuestiones sobre alquileres.

Establecimos, como ya he dicho, un recurso de revisión ante el pleno formado por todos nosotros contra las resoluciones que cada uno dictara, y al terminar la jornada se reunía el Pleno, siempre que hubiera un recurso pendiente.

En honor a mis compañeros he de consignar que durante los ochenta días de nuestra actuación, los fallos dictados rebasaron la cifra de seis mil y los recursos entablados no llegaron a diez.

Para entablar estos recursos bastaba expresar verbalmente la voluntad de interponerlos.

Quisimos constituir Tribunales de lo criminal, esencialmente populares, para que juzgasen a los numerosos detenidos por los delitos de la subversión y sus accesorios; pero se nos advirtió que no lo hiciéramos porque el Consejero preparaba el Decreto de creación de los Tribunales Populares. Ello disgustó un poco a cuantas entidades societarias tenían presos en su poder, pues reiteradamente habían expresado el deseo de entregarnoslos a nosotros.

Comenzábamos nuestra jornada a las nueve en punto de la mañana y la terminábamos a las nueve y media de la noche, si no teníamos reunión de pleno ni surgía un asunto extraordinario.

Cuando llegábamos ya nos aguardaba una masa de cuatrocientas o quinientas personas —que no disminuyó hasta el último día—, y con vivas y aplausos expresaban su confianza en nuestra justicia.

Cuando se publicó el Decreto tutelar de los usureros, dudé sobre si debíamos seguir actuando sobre esta materia y hasta estuve decidido a declinar nuestra competencia sobre los Jueces; pero no en balde se escribió en el Fuero Juzgo que “El facedor de la ley debe catar si aquello que diz puede ser”, porque a los que encaminé a los Jueces por la mañana volvieron por la tarde con una comisión de su Sindicato para decirnos que continuáramos por nuestro camino.

Realmente, nuestra justicia, la justicia del Pueblo, aunque no en los fallos, en las normas, procedimientos y esfera de competencia, debía sumisión a las representaciones sindicales del pueblo; pero acaeció un hecho que me hizo más firme aún en mi postura.

A los prestamistas sobre prendas, les obligábamos a devolver las ropas en todo caso y las alhajas y efectos cuando lo cobrado por intereses alcanzaba o rebasaba la cuantía del préstamo. Si operaban anormalmente, como el de las tarjetas, que en otro lugar cité, les imponíamos además una multa. Y precisamente en el día de mi vacilación recibí de una empingorotada oficina de la propia Generalidad unas cuantas papeletas de empeño de alhajas para que las hiciera devolver, porque el préstamo estaba sobradamente pagado con los habituales intereses del sesenta por ciento.

La interpretación auténtica del Decreto me habilitaba, pues, para acatarlo y no cumplirlo.

Así continuó el desfile de usureros. Las prendas —alhajas, ropas y efectos— las devolvían aunque a regañadientes; pero cuando se trataba de las multas, ya era otra cosa. Sobre nosotros caía un diluvio de lágrimas, una tempestad de suspiros y una baraja de recomendaciones. Nunca creí que los usureros del sesenta por ciento fueran gente tan bien relacionada. Además, ninguno tenía dinero.

—¡Máteme usted, mándeme a la horca si quiere, pero yo no puedo pagar esas quinientas o esas mil pesetas! ¡No tengo un céntimo, señor; no tengo un céntimo!

Para cortar la patética escena y consolarlos en cuanto estaba a mi alcance, les descubría el secreto de Raimundo.

—No se acongoje —les decía—; estos milicianos lo van a llevar a usted a un calabozo, sin salir del Palacio ¿eh? no se alarme. Registre bien, porque en él debe de haber una máquina de hacer billetes buenos. La prueba es que un colega suyo, ha entrado allí como usted, sin un céntimo, y a las pocas horas ha pedido que lo traigan a mi presencia para depositar aquí en esta misma mesa, unos cuantos billetes nuevecitos.

Y llegué a creer que de verdad existía la máquina, porque fallaron muy pocos. A la hora o a las dos horas de calabozo, todos pedían audiencia para entregarme sus flamantes billetes del Banco de España.

Todo marchaba bien. Los accidentes del trabajo se cobraban en la misma semana en que se habían producido, y a veces a las veinticuatro horas. Anulábamos las sentencias que al dictado de los del bienio negro denegaban, contra prueba evidente, indemnizaciones por horas extraordinarias o despidos; resolvíamos en el acto, como árbitros aceptados por las partes, numerosas cuestiones y con el apoyo de Autoridades administrativas y bancos, pues lo tuvimos decidido en el primer período de nuestra actuación, hacíamos ejecutar nuestros fallos tan pronto como eran firmes. Casábamos y divorciábamos sin exigir más aportación de documentos que la absolutamente indispensable.

El primer problema serio que se me planteó fue el de los accidentes producidos por los tranvías. En Barcelona era público y notorio que la Empresa de tranvías jamás había pagado un céntimo por este concepto. De los procesos resultaba siempre que era el peatón quien atropelló al tranvía sin duda para medir sus fuerzas, que los conductores de otros vehículos iban siempre dormidos y que los ancianos y preferentemente si estaban anquilosados por el reuma tenían siempre el capricho de bajar del tranvía en marcha.

Revisamos muchos de estos procesos y encontramos en ellos las más lindas flores del ingenio rabulesco. Recuerdo de un pobre hombre, conductor de un carrito, que en el accidente perdió una pierna y el carro. Tanta razón tenía para reclamar, que el Juzgado, la Sala y el Supremo se vieron en la dolorosa precisión de discrepar de Foronda, sus copropietarios y sus voceros. Fallaron que aquel hombre debía cobrar en total veinticuatro mil pesetas; pero que, como la Empresa no era culpable del atropello y sí en cambio lo era el conductor del tranvía, debía pagar éste la indemnización con un descuento de cuatro pesetas de su jornal cada semana.

Como se ve, para quedar en paz conductor y atropellado, y ambos habían rebasado ya la cincuentena, tenían que vivir unos ciento veinte años más cada uno, sin contar intereses.

Decidí cortar por lo sano y hacer que se pagaran, como se suele pagar entre personas decentes aquellas indemnizaciones; pero el Sindicato que se había incautado de los Tranvías no tenía una peseta y además no era justo que pagara los vidrios rotos por Foronda, Portela Valladares y sus cómplices.

Determiné que pagara el último Consejo de Administración y pedí la lista. Destaqué mis milicianos a la busca de sus componentes y sólo pudieron traerme uno; los demás habían pasado la frontera.

Por fortuna, el Consejero que me trajeron era solvente y le hice depositar cien mil pesetas, que fui repartiendo entre las víctimas de los tranvías de Barcelona, con tal tiento, puesto que no era posible cazar otro Consejero, que cuando cesamos teníamos aún en caja por este concepto mil ochocientas pesetas.

Así llegamos felizmente hasta mediados de septiembre. La Oficina estaba en plena actividad. Las Juntas de Defensa nos habían enviado ochenta milicianos, aproximadamente, todos los que habían rebasado la edad militar o convalecían de heridas recibidas en la guerra, pero que nos sirvieron de alguaciles y auxiliares, y ninguno permanecía ocioso. Les asignamos un semanal de ochenta y cuatro pesetas que pagamos puntualmente y además en aquella quincena dimos las primeras veinticinco mil pesetas para los gastos de la guerra.

Yo por mi parte estaba orgulloso de mi obra. Había soñado con una Justicia gratuita, patriarcal, sin trámites, fórmulas ni rutinas; así la defendí en las Constituyentes y así con la ayuda de mis colaboradores, y de este gran pueblo, había conseguido crearla en Cataluña.

VII.

**Nubes en el horizonte. El Sindicato del hambre. Solidaridad señoril.
El ratón y el queso. Los “Técnicos” de Seguros, después de hacer su revolución,
ayudan a los del hambre. Las honrosas excepciones. Las oleadas de los odios.
Un decreto confortador. Examen de conciencia.**

Cuando apenas llevábamos ocho días administrando justicia con arreglo a las normas expuestas en el capítulo anterior, comenzaron a surgir los tropiezos.

Los reclamantes, al ver que podían llegar a nosotros y consultar con nosotros sin Abogados ni Procuradores, prescindieron de ellos, y los preteridos, en las espesas y frías sombras del Palacio de Justicia establecieron un tacto de codos, una especie de *maffia* sin audacia, a la que este gran pueblo, pleno de ingenio y humor, llamó desde el primer momento el *Sindicato del hambre*. Como eran señoritos, por solidaridad de clase encontraron abiertas todas las puertas de los señoritos de la Esquerra para exponer sus quejas, documentadas siempre con hechos mixtificados o abiertamente falsos.

Pero he hablado reiteradamente del señoritismo catalán y no quiero pasar de aquí sin definirlo.

No exageró Cervantes cuando elogió a Cataluña y singularmente a Barcelona, si bien su desconocimiento del idioma catalán le indujo a error fundamental en la traducción de una palabra importante. Llamó a Roque Guinart *bandolero* en el sentido que la palabra tiene en castellano y Roque Guinart —Perolo Rocha Guinarda— jamás fue bandolero, sino *bandoler*, que quiere decir partidario de determinada causa política y aún más precisamente, banderizo.

Cataluña es efectivamente el archivo de la cortesía y debe entre todas las regiones de la Península llevarse la palma de la generosidad; pero hay que distinguir.

En aquellas edades no había sino nobles y plebeyos; éstos en Cataluña eran menestrales o payeses, que trabajaban la lana y los metales o cultivaban el campo. Dentro del *Mas* no había distinción; el señor se sentaba a la mesa con sus trabajadores, partía con ellos el pan y la sal y les llenaba sus copas y sus porrones.

Las empresas industriales no tenían señor ni burgués; las regía y gobernaba el Gremio, precursor del Sindicato.

Pero advino la Revolución Francesa, sentida aquí con mayor intensidad que en ninguna otra comarca española, y a su favor como el gusano en el queso, nació y engordó el señorito, encarnación nefasta de la clase media y aquí catalán con botas, como decimos en Castilla.

Luego el gusano ganó corpulencia y se convirtió en ratón.

Lo que sea el ratón en el queso, lo dijo maravillosamente Guerra Junqueiro en el final de aquella plegaria que el cura católico eleva a su Dios:

“Y colma el exceso
de nuestra ambición:
haz del mundo un queso;
del cura un ratón.”

Cuando los gusanos ascendieron a ratones ya en Cataluña nada escapó a la esfera de su voracidad. Lo mismo han destruido instituciones, que costumbres, que industrias, que elucubraciones estéticas, que reputaciones. El gusano, el ratón, el señorito, el catalán con botas, ha dado a Cataluña una pauta mediocre, un diapasón mediocre, que ha dejado en los archivos de la Historia la escudella de pagés para sustituirla con las *munchetas*, la barretina para cambiarla por el

“Frégoli”, el trabuco gallardo y visible para trocarlo por la pistola silenciosa y automática y las rojas dedadas de Wifredo, que sobre el fondo amarillo icterico son hoy carmín de uñas.

¡Cuánta mudanza! ¡Qué nefasta transformación! ¡Qué distancia entre los nobles y los menestrales que formando una piña valerosa fueron a Oriente y los que antes del 18 de Julio, para saciar la juvenil lujuria, tenían entre cuatro una mantenida, y con frecuencia, al hacer el prorrateo le descontaban el jornal correspondiente a los días que le había durado la menstruación!

Estos señoritos acabarán con Cataluña, y, al efecto, como si éste fuera su propósito deliberado, logran de continuo infiltrarse —como el ratón en el queso— en los organismos rectores y administradores de este país, que sin ellos sería el más glorioso del mundo.

¡Qué de cosas vergonzosas para ellos, podría yo contar si echara mano al archivo, cuyo secreto me llevaré a la tumba, de lo que he presenciado como testigo de mayor excepción durante treinta años en las luchas societarias de Cataluña !

Al Sindicato del Hambre no quisieron incorporarse muchos Abogados y Procuradores discretos que se habían acercado a nuestras mesas y vieron cómo les escuchábamos y atendíamos sus razones. Así, pocos y sin prestigio buscaron un refuerzo en el Sindicato de Profesiones Liberales, que los acogió cándidamente y hasta logró arrancar de él una comisión que viniese a pedirnos cuentas.

Contra el criterio de mis compañeros, resolví escuchar a la Comisión y cuando los invité a que expusieran sus pretensiones, uno de ellos que como si estuviese alistado para un frente de batalla vino vestido de miliciano, con fusil al hombro y cartuchera al cinto, me dijo como si pronunciara endecasílabos de uno de aquellos sonetos con los que fustigaban los clásicos a los fanfarrones:

—Aquí hacen ustedes lo que quieren y resuelven sin tener en cuenta las Leyes de Enjuiciamiento ni los Códigos.

—En efecto —le contesté—. Estamos autorizados por un Decreto para interpretar y aplicar el nuevo Derecho, el que se está elaborando en el momento actual en las trincheras y en las barricadas.

—El personal de esta Oficina, ha debido proporcionárselo nuestro Sindicato y daremos una lista de los que han de sustituir a los que hoy actúan.

—El personal de esta Oficina lo han designado la C. N. T. y la U. G. T. Diríjanse ustedes a estas dos sindicales.

—Aquí se maneja dinero y queremos el control de la Caja.

—A nosotros nos controlan la Regional y las Juntas de Defensa. Por mi parte no admito más controles y, o sigo con éstos exclusivamente, o me voy.

Dicho esto me volví a mi mesa de trabajo sin querer oír más comentarios.

Pero el “Sindicato” siguió laborando y encontró refuerzos poderosos, entre otros el de algunos de los que pintorescamente se llaman “Técnicos de Seguros”.

Las numerosísimas Compañías que explotaban esta industria en Barcelona, vivían con el mismo régimen que las Colonias en los tiempos de la Roma Imperial. Tenían sus centrales en Madrid, París, Berlín, etc., y a ellas mandaban su recaudación íntegra, dejando a salvo, a lo sumo, los sueldos y comisiones. Cuando acaecía un siniestro, como nuestras leyes permitían que el pleito sobre la reclamación del siniestrado durase cinco años o más, tiempo había para hacer la remesa de los fondos necesarios.

Llegó la Revolución; los “Técnicos” se incautaron de las Oficinas y Carteras de las Compañías, se duplicaron el sueldo y además acordaron cobrar adelantado en vez de hacerlo a mes vencido como hasta entonces.

Ya se puede suponer que el quebranto fue enorme para las sucursales de las Compañías y como ni Madrid ni París ni Berlín mandaban dinero y nosotros -obligábamos a pagar al contado, comenzaron a verse en conflictos serios; pero en vez de aceptar las obligaciones inherentes a la

incautación y sacrificar para su cumplimiento una parte de las ventajas que se habían tomado, adoptaron el procedimiento simplista de conspirar contra nosotros, para que se nos sustituyera con los antiguos Jueces y Magistrados, tan buenos amigos de las Compañías y tan devotos de los procedimientos interminables.

En honor a la verdad he de decir que no todos los “Técnicos” de seguros se tomaron por su mano las ventajas expresadas, ni todos se sumaron a la Conspiración; por el contrario, no pocos se pusieron a nuestro lado y nos dirigieron escritos laudatorios de nuestra obra.

Pero como los dos “Sindicatos” lo eran de gentes desocupadas, aprovecharon sus abundantes ocios para hacerse oír en las peñas de los cafés y en las Consejerías de la Generalidad, iniciando así una atmósfera contraria a la Oficina Jurídica.

Nosotros, en cambio, no podíamos defendernos porque necesitábamos todo nuestro tiempo para trabajar, y los favorecidos por nuestros fallos los consideraban tan justos que les parecía ocioso y acaso impertinente salir a nuestra defensa.

La oleada de los odios y las protestas llegó por fin, a nuestros estrados, y como nunca me he sentido infalible consulté con mis compañeros sobre si debíamos defendernos mediante algún mitin o algunos comunicados a la prensa, y compulsé el parecer de todos sobre si interpretábamos bien o no el Decreto de fundación de la Oficina Jurídica.

De estas perplejidades vino a sacarnos el *Butlletí Oficial de la Generalitat de Catalunya* que nos llegó aquella mañana, la del 19 de Septiembre, con saludable oportunidad, puesto que contenía el siguiente

Decreto

“El ordenamiento jurídico es un ordenamiento cerrado en el sentido de que ningún hecho ni relación social se le escapa. El derecho cobija todas las manifestaciones de la vida e impone al Juez el deber de resolver todas las contiendas. Paralelamente a este deber, establece una gradación de fuentes que le han de servir para encontrar en ellas la norma jurídica aplicable al caso concreto sometido a su juicio.

Así se encuentra reconocido en el artículo 6.º del Código Civil español, que se fundamenta en el criterio tradicional de que el Juez es un intermediario que no hace nada más que aplicar al caso concreto las normas de carácter general. Este criterio jurídico está también reconocido en los Códigos de algunos otros países, si bien cabe tener en cuenta que el Código Civil suizo admite como fuente última el criterio del Juez que ha de dictar la norma como si fuese legislador.

En períodos revolucionarios, que se caracterizan precisamente por un rompimiento de las normas legales vigentes divorciados del sentimiento jurídico del pueblo que impulsa la revolución, no es posible reducir la tarea del Juez a la de simple interpretador y traductor de las normas legales.

Mientras viven una Revolución o una Guerra, no es posible establecer una nueva ordenación jurídica completa, porque este trabajo requiere una serenidad que no se puede tener cuando se es beligerante. En estos momentos no hay más que una ley, que es la de vencer y en este sentido han de aplicarse todos los esfuerzos.

Sería traicionar la Revolución mantener en vigencia todo un sistema legal que ha servido de soporte a una clase determinada y ha puesto en peligro las instituciones de la República al atacar las reivindicaciones legítimas del proletariado. Ante estas consideraciones, se impone una fórmula única: elevar a ley el sentir del pueblo y aplicar éste al través de los Jueces.

De esta manera, además, podrá operarse la unidad necesaria en momentos de lucha y la Justicia no será otra cosa sino la expresión auténtica del pueblo.

Por estas razones, a propuesta del Consejero de Justicia, y de acuerdo con el Consejo :

Decreto:

Artículo 1.º Los Jueces y Tribunales de Cataluña resolverán las cuestiones de su competencia de conformidad con las leyes vigentes, siempre que éstas se adapten a las exigencias revolucionarias del momento actual.

En otro caso resolverán de acuerdo con su conciencia, de forma que la norma que apliquen al caso concreto pueda ser elevada a norma general que plasme el sentimiento jurídico del pueblo.

Art. 2.º Tienen facultades los Jueces y Tribunales de Cataluña para aplicar las normas de las leyes procesales de forma que la tramitación de los juicios no excedan de treinta días en ningún caso.

Barcelona, 18 de Septiembre de 1936.

LUIS COMPANYYS

El Consejero de Justicia

J. Quero Molares

Con el Decreto por guión hicimos examen de conciencia y no sólo nos encontramos limpios de toda culpa, sino que nos sentimos orgullosos de nuestra obra.

VIII.

Los actividades contrarias al Régimen. Las Camilas, los Falangistas, los amigos de Lerroux y las Vocaciones Salesianas. Un personaje bien relacionado.

Una carta de Ramón Sales. Los que niegan la Justicia, piden gracia.

El hombre que no ha sabido situarse. Un retrato de Anguera de Sojo.

Después del examen de conciencia, determinamos seguir nuestra marcha y acelerarla en cuanto fuera posible.

Al conjunto de nuestras actividades incorporamos la tarea de perseguir las contrarias al Régimen, según lo convenido con el Consejero de la Generalidad.

Los celosos adalides de la causa republicana habían puesto en nuestras manos varios ficheros de Centros Tradicionalistas, de Falange Española y de varias corporaciones religiosas.

El que, sobre todo estas últimas no eran entidades muertas, acababa de demostrármelo un hecho concreto y plástico. Una noche, al llegar a la casa que habían requisado para mí, encontré una circular que habían metido por debajo de la puerta, en la que se me invitaba *a contribuir a la gran obra de las Vocaciones Salesianas*. ¡En plena Revolución!

Para cumplir nuestro cometido organicé cuatro equipos de milicianos que trajesen a nuestra presencia los presuntos enemigos del Régimen y, en busca de pruebas, registraran sus domicilios; pero como ni en un ápice queríamos separarnos de la legalidad que la Revolución iba estatuyendo, dispuse que todas nuestras citaciones y órdenes de registro domiciliarios fuesen visadas y autorizadas por las Patrullas de Control primero, y más tarde por la Dirección de Seguridad.

Comenzaron a llegar a nuestros estrados los protectores y protectoras de los Hermanos Camilos, de los Salesianos y de las mil entidades semilaicas creadas por la Compañía de Jesús, así como los miembros de asociaciones monárquicas y tradicionalistas que no habían puesto pies en polvorosa. Si en los registros no se les encontraba cosa que probara actividades actuales, nos limitábamos a imponerles una multa, atentos al consejo de Cicerón: “Quítale a tu enemigo la bolsa y lo llevarás adonde quieras”. Si en sus casas se encontraba algo que hiciera presumir el auxilio actual a los rebeldes, los entregábamos a los Tribunales Populares.

Estuvimos también todos conformes en considerar como actividades contrarias a la Revolución y al régimen actual las de quienes ayudaron con dinero a Lerroux para la represión de Octubre y, cuando no había indicios de que fueran reos de otra cosa, les imponíamos una multa proporcionada a sus patrióticos donativos cuya cuantía había publicado con bombo y platillos *La Vanguardia*.

Para cumplir estos cometidos tropezamos con enormes dificultades y coacciones. Casi todos los perseguidos por nosotros comparecían poseedores del aval de un sindicato y cuando el reo lo era de alguna consideración caía sobre nosotros la Generalidad en pleno.

Estas dificultades, coacciones e intervenciones, me pusieron muchas veces en trance de dimitir mi cargo y sólo mi amor a la Revolución me disuadió de hacerlo.

Recordaré siempre el día en que por haber aparecido su nombre en varios ficheros, hice comparecer a un Doctor famoso, miembro relevante de la Esquerra además.

Entre otras cosas de relativa importancia, se le encontró en su domicilio una carta con este contenido:

Membrete: “Justicia y Libertad”.

“Confederación Nacional de Sindicatos Libres de España”.

“Sr. D. *Fulano de Tal*.—Ciudad.

Muy señor mío y amigo:

Le estimaría de su amabilidad me indicara a qué hora de mañana sábado podría pasar a saludarle.—Me interesaría tener un cambio de impresiones con usted antes del domingo, pues en dicho día preciso trasladarme a Madrid para gestionar diversos asuntos relacionados con esta Confederación.—Puede avisarme a esta su casa, calle de Balmes, número 110, 2.º, 2.ª.

No dudando verme complacido, aprovecho la ocasión para reiterarme suyo a. a. q. e. s. m.,

RAMÓN SALES¹³

Barcelona, 1 de Febrero de 1935.

La carta era una prueba palmaria de la inteligencia y amistad del personaje de la Esquerra con el líder de aquella legión de asesinos que tan estrechas cuentas debe al proletariado catalán.

La fecha de la carta coincidía con la del momento en el que los asesinos del Sindicato Libre intentaron resurgir bajo los auspicios del gobierno Lerroux-Gil Robles.

A Ramón Sales lo buscaban en aquella sazón con ahínco los adalides de la Revolución.

Ante estas consideraciones, determiné guardar al Doctor en un calabozo hasta la noche, en que terminada nuestra tarea determinásemos de acuerdo interrogarlo y elegir a quién o a quiénes habríamos de entregarlo, poniendo a salvo su vida, puesto que podría hacer interesantes revelaciones.

Pero desde el momento en el que llegó el Doctor al Palacio de Justicia, ya mi teléfono no tuvo punto de reposo.

Uno por uno fueron llamándome para pedirme favor y auxilio todos, absolutamente todos los Consejeros de aquel Gobierno para el que yo veinte días antes era un apestado del que era preciso esquivar el trato y huir el saludo, todos aquellos que iban a dimitir si las organizaciones sindicales determinaban entregarme la Presidencia de la Territorial. Me rogaban, me suplicaban, me regateaban los minutos que había de durar la detención, apelaban a mi caballerosidad, olvidando que ellos ninguna habían tenido para conmigo, y mientras unos pugnaban por vencer mi resistencia, organizaban otras comisiones de obreros que vinieran a pedirme gracia para el desgraciado personaje.

Tanto fue lo que entre unos y otros me batanearon, que al fin cedí y lo entregué, sin verle la cara, a una de aquellas comisiones de obreros, con una copia de la carta comprometedora. El original me lo guardé, ya diré luego con qué fin.

Salió el Doctor de los calabozos del Palacio de Justicia y no he vuelto a saber de él. Pasó a formar parte de la inmensa legión de aquellos a quienes he salvado la vida, muchas veces con riesgo de la mía, y que ahora al verme pasar con el gabán raído, sin casa ni hogar ni medio de vivir, dicen con menosprecio:

—Este hombre no ha sabido situarse...

La escena se repitió siempre que nuestras pesquisas dieron con algún personaje de análoga catadura. El hecho entonces me producía sorpresa y disgusto. Cuando he podido pasear por las calles de Barcelona mi cesantía, lo he comprendido todo. En los organismos superiores de la Administración pública, en las misiones más delicadas de la retaguardia, hasta en organismos obreros de gran responsabilidad, he encontrado personajes que sirvieron con sus cortas luces la Dictadura de Primo de Rivera y formaron luego entre la pillería civil, política y administrativa que acaudillaba Lerroux. Para colmo, hoy, 29 de Diciembre, día en que escribo esta cuartilla, he

13 Ramón Sales Amenós (1893-1936), carlista, fue uno de los fundadores de los Sindicatos Libres. Fue asesinado a principios de la guerra civil.

contemplado en un puesto de honor del Ilustre Colegio de Abogados el retrato del actual Gobernador faccioso de Guipúzcoa, Anguera de Sojo. Y el Ilustre Colegio de Abogados de Barcelona, en los comienzos de la Revolución fue puesto en manos de un Delegado de la Esquerra Republicana de Cataluña¹⁴.

Pero de todas estas amarguras nos compensaba espléndidamente la fe con que este gran pueblo acudía en masa a nuestros estrados para hacernos depositarios de sus legítimas ansiedades y encomendarnos sin condiciones ni garantías extrínsecas la solución de sus problemas.

14 Pocos días después de haber aceptado tan honroso cometido, este ciudadano, apellidado Vilalta, huyó a Bruselas, en donde un incidente cómico lo sacó de un escondite. En los primeros días de Diciembre, el periódico francés *La Dépêche* publicó con llamativos titulares: *Un personaje español refugiado en Bruselas inventa un nuevo sistema de Cajas de caudales*. Y en el texto daba cuenta de que en la modesta pensión en donde se alojaba, de los calcetines que al acostarse dejó debajo de la cama, le habían sustraído cien mil pesetas.

IX.

El terror hace acto de presencia. Psicología y valor del peligro. Mi primer delito: el viaje a Perpignan. Canta el cernícalo de Sevilla. Cuando se emborracha un pobre...

El auge de la Oficina Jurídica. Una proposición al Consejero de Economía. Nuestros donativos para la Guerra. El Comité Regional. Documentación. Rechazan mi dimisión. Nuevo viaje a Francia. Un Magistrado del turno contrarrevolucionario. Una página de Krausismo. Le perdono la vida y la humillación.

Desde el momento en el que me llevó el azar a romper la careta del amigo de Ramón Sales y gerifalte de la Esquerra, comenzaron a llover sobre mí anónimos terroríficos y confidencias espeluznantes. Se forjaba un plan para asesinarme. Una noche iban a registrar mi casa, quitarme la carta que me guardé como prueba de descargo de mi audacia y, para postre, darme el consabido paseo.

Como no debo ni quiero arrojar por la borda el maravilloso tesoro que me han procurado mis largos años de vida forense, a los anónimos y a las confidencias di el valor de indicios, siguiendo el consejo de los grandes jurisconsultos. Medité sobre los indicios, los depuré en mi crisol cuidadosamente y resolví:

Primero: Prescindir en absoluto del coche y de la escolta¹⁵ porque aun cuando como hombre no me seducen los peligros personales, como literato y como *causeur* los estimo más que las mujeres estiman las piedras preciosas. ¡Qué grandes éxitos he obtenido cuando de palabra o por escrito he contado mi encuentro con el *Pancheta* en el Arco del salón de Galán y García Hernández (entonces de San Juan), mi burla a los enmascarados que me aguardaban en la portada de la Iglesia del Carmen y el desarme —salpicado de sangre— del Feced, en la puerta de mi casa de Madrid!

Segundo: Poner en lugar seguro la carta de Ramón Sales para que, en caso de desgracia, me sobreviviera.

Lo primero me fue fácil. Para lo segundo, no sin vencer algunas dificultades, me hice con un pasaporte y acompañado de mi buen amigo y excelente compañero de todos, Batlle, fui un día en coche a Perpignan.

Después de recibir una burlona negativa de algunos Bancos, que no alquilaban cajas a extranjeros, pude lograr una cuyo contrato de alquiler dice así:

SOCIÉTÉ MARSELLAISE DE CRÉDIT

Agence de Perpignan

LOCATION DE COFFRES FORTS

Reçu de Monsieur Barriobero Edouard, 22, Calle Carmen, Barcelona, Espagne, la somme de cinquante francs pour location de Compartiment núm. 32 du Coffre-fort núm. 1 du 7 Octobre 1936 au 7 Octobre 1937.

Perpignan, 7 Octobre 1936.

(Siguen los sellos y las firmas ilegibles del *Guichetier* y el *Chef du Service*).

En ella guardé mi preciosa carta y de esta manera quedó consumado mi primer delito.

¹⁵ Nunca tuve coche para mi uso exclusivo, ni escolta determinada en una plantilla; pero nunca me faltó el coche de un amigo, ni media docena de éstos que pugnaran por acompañarme a todas partes.

Los bancos cerraban a las 12 para abrir a las 2 de la tarde. Cuando tomábamos el aperitivo descubrimos dos españoles —la pinta los denunciaba— que no nos perdieron de vista. En el Banco entraron a la vez que nosotros y simulamos, sin duda, una operación en el negociado contiguo. Como nada teníamos que temer para nada tomamos en consideración el burdo espionaje; pero el caso es que veinticuatro horas más tarde el consuegro de Alcalá Zamora¹⁶, a quien mediante Decreto había entregado el Gobierno de Casares Quiroga el Mando Militar de Andalucía, decía desde la Radio de Sevilla el número de la caja y añadía por su cuenta que Batlle y yo habíamos encerrado en ella un tesoro.

Un mes más tarde, encarándose, aun cuando a deshonesto distancia con el Ministro de Marina, y Aire —más aire que Marina—, decía también:

“Sí, Prieto, sí, nuestros submarinos, ¡nuestros submarinos! —porque así como tú compras radios, armamentos y otros aparatos a casas extranjeras, que yo conozco, cobrando buenas comisiones ¿qué razón hay para que nosotros no podamos comprar submarinos?... Ahora que sin cobrar comisiones como tú”...

Lo que dijo de mí el funcionario de Casares Quiroga, se tomó como artículo de fe. Lo que dijo de Prieto no pasó de ser un delirio alcohólico. Si yo fuera millonario y Prieto tan pobre como yo, no cabe duda de que se hubiesen invertido los términos.

Ya sé que acabo de decir una vulgaridad, porque el vulgo de mi tierra canta desde hace acaso varios siglos:

Cuando se emborracha un pobre
le llaman el borrachón:
Cuando se emborracha un rico,
¡qué célebre está el señor!

Pero conste que yo no me he emborrachado, ni aquí ni en Perpignan, ni siquiera me ha emborrachado por inducción el curda cuartelero de Sevilla.

Y el caso es que el más inmune en España contra estas rociadas debía ser yo, que he renunciado mil veces a ser rico y que he dado siempre cuanto he tenido. Y los dos aludidos, Prieto y Queipo, lo saben acaso mejor que muchos.

La bola de nieve hizo su camino y desde que habló el buey, como dice el adagio, me costó mucho trabajo convencer en Barcelona a muchos de los que hablaban conmigo de que yo era yo y no tenía a mi disposición un doble para sentarlo en la Presidencia del Tribunal Revolucionario, pues se dio por hecho que me había marchado al extranjero para no volver por lo menos hasta que terminasen la Guerra y la Revolución. Sólo falté de Barcelona la mitad de un domingo y la mitad de un lunes, verdadero sacrificio para mí, que amo a Francia como a mi segunda patria, que he estudiado el Bachillerato y dos cursos de Enología en Burdeos, que he traducido a Rabelais, a Ronsard y a Buenaventura des Periers, amén de muchos autores contemporáneos, que en mi casa de Madrid conservaba cartas laudatorias de Zola y Anatole Frasee, que he vivido en París largas temporadas, que instalé allí una Logia Internacional (*La Plus Ultra*) y que para con los franceses no he perdonado ocasión de seguir el consejo de Mme. Stael: “No dejéis crecer la hierba en el camino de la amistad”

Volví a mi estrado; a nadie oculté la realidad de mi viaje y seguí trabajando con el mayor entusiasmo, convencido de que con ayuda de mis magníficos colaboradores realizaba la mejor obra de la Revolución.

Por momentos crecía el número de los clientes de la Oficina Jurídica y crecía la fe que en ella depositaban todos.

Cada semana, después de haber cumplido nuestras obligaciones y pagado a nuestros milicianos, entregábamos un montón de miles de pesetas para las necesidades de la Guerra.

¹⁶ Naturalmente, Gonzalo Queipo de Llano (1875-1951). [Nota del editor digital.]

A mediados de Octubre habíamos repartido más de millón y medio de pesetas en concepto de indemnizaciones por accidentes, despidos, incumplimientos de contratos de trabajo, liquidación de préstamos usurarios, etc. Se hablaba de la penuria económica de la Generalidad, de la tenacidad con que el Gobierno Central le negaba su auxilio y de otras muchas cosas análogas, y atento a todas ellas, decidí escribir una carta al Consejero de Economía para proponerle que creara una Caja en su Departamento o me la señalara si ya estaba creada, en la que yo pudiera situar en cuenta corriente o cartilla de ahorro las indemnizaciones que estábamos pagando, dejando a salvo el diez por ciento que percibía la Oficina y una parte suficiente para que el indemnizado pagara sus deudas y se diera un banquete en celebración del éxito.

Mi información sobre la penuria económica de la Generalidad no debía ser muy exacta, porque el Consejero tardó unos cuarenta días en contestarme. Cuando lo hizo, me señaló una Caja pero en ella no pudimos hacer más que tres ingresos, uno de cuatro, otro de cinco y otro de nueve mil pesetas, porque en el mismo día de hacer el tercero, apareció por sorpresa en el Boletín Oficial de la Generalidad el Decreto de disolución de la Oficina.

A fines de Octubre, cuando actuábamos con mayor intensidad y más satisfechos estábamos de nuestra obra, comenzamos a recibir noticias de que el Comité Regional no estaba conforme con nuestra actuación y, por el contrario, opinaba que estaba ya cumplida nuestra tarea y debíamos retirarnos.

Mi sorpresa no es para descrita.

Al Comité Regional, que como todos los organismos de la C. N. T., se veía en obligación de adquirir material y subsistencias para la Guerra, y sabíamos que sus recursos económicos eran muy limitados procuramos entregarle desde que lo tuvimos, todo el dinero posible.

Conservo un recibo que dice así:

Confederación Regional del Trabajo de Cataluña.—Vía Layetana, 32 y 34.—Barcelona, 15 de Septiembre de 1936.—Teléfono núm. 14054.—Hemos recibido de la Comisión Jurídica del Palacio de Justicia, por mediación del camarada Batlle un cheque por valor de ciento cincuenta mil pesetas.—Por el Cté. Regional, Pérez Rubio (Rubricado).—Sello: *Comité Regional de Cataluña.*—*Secretaría.*—C. N. T.—A. I. T.

Y otro con este contenido:

Hemos recibido de la Oficina Jurídica del Palacio de Justicia la cantidad de *cincuenta mil pesetas*. Como donativo destinado a las víctimas del fascismo.—Por el Cté. Regional.—P. Herrera (rubricado).—Son 50.000 pesetas.—Sello: *Comité Regional de Cataluña.*—*Secretaría.* C. N. T.—A. I. T.—Barcelona, 27 Septiembre 1936.

Y otro con este

Recibo

de la *Oficina Jurídica* de la C. N. T. y la F. A. I. la cantidad de *cincuenta mil pesetas* para atender las necesidades de la lucha antifascista.

Por el Comité Regional de Cataluña,

M. Vázquez (Rubricado).
Secretario.

(Siguen los sellos).

Barcelona, 6 de Octubre de 1936.

/ Son ptas. 50.000 /.

Y un cuarto:

Recibo de la Comisión Jurídica C. N. T.—F. A. I. *cincuenta mil pesetas* con destino a atender necesidades de la lucha antifascista.—Por el Cté. Regl. M. Vázquez (rubricado)—Sello: Comité Regional de Cataluña.—Secretaría.—C. N. T.—A. I. T.—Barna, 27-10-36.—Son Ptas. / 50.000 /.

La entrega de las expresadas cantidades obedeció siempre a requerimientos y cartas como la que a continuación copio:

Confederación Regional del Trabajo de Cataluña.—Secretaría.—Vía Layetana, 32 y 34.—Barcelona, 17 de Octubre de 1936.—Teléfono núm. 14054.—Camaradas del Palacio de Justicia:—Teniendo en cuenta la envergadura del Proceso de Orán y la importancia que tiene para nuestra Organización la libertad de los compañeros en él encartados, os encarecemos prestéis a esta cuestión toda la ayuda que os sea posible a fin y efecto que puedan desempeñar su función los abogados que de forma desinteresada prestan su concurso a la defensa de nuestros camaradas.—Como conocemos vuestra predisposición a ocuparos de prestar esta ayuda que antes citamos, remarcamos en estas líneas la importancia que tiene lo hagáis tan extensamente como se pueda.—Aprovechamos la presente para saludos fraternales, quedando vuestros y del Comunismo Libertario.—Por el Comité Regional, el Secretario—M. Vázquez.—(Rubricado).—Sello: Comité Regional de Cataluña.—Secretaría.—C. N. T.—A. I. T.

Con estos documentos a la vista, no podía yo dar crédito al rumor de que el Comité Regional tratara de suprimirnos, pues, además, era raro el día que de dicho organismo no nos llegara por lo menos una veintena de cartas en las que nos encomendaba o nos recomendaba asuntos; pero pronto supe que a nuestros compañeros Batlle y Devesa, una destacadísima persona del Comité Regional les había hecho directamente la indicación. Como esta misma persona esquivó mi saludo al encontrarnos en la recepción del Consulado de Rusia y yo era, además, el blanco favorito de la Esquerra y los demás partidos políticos de Cataluña, convencido de que era un disparate la disolución de la Oficina, decidí dimitir para darle vida, y lo hice ante el Comité de Defensa que la había creado, en estos términos:

Comité Revolucionario de Justicia de Cataluña.—Oficina Jurídica.

Barcelona a 2 de Noviembre de 1936.

Queridos compañeros del Comité de Defensa:

Por haber tenido con ese Organismo vuestro mayor contacto y comunicación, que con ningún otro, durante mi estancia en Barcelona, creo que ante vosotros debo plantear una cuestión que afecta a la Oficina Jurídica o Comité de Justicia que presido.

Un poco tarde, porque mi dura jornada de doce horas apenas si me ha permitido conversar con nadie, me he enterado de que alguno de los Organismos afectos a la C. N. T. o a la F. A. I. quiere que se ponga término a nuestra tarea, porque no está conforme con nuestra actuación.

Yo deseo saber en primer término, si se quiere, con toda claridad, que desaparezca el Comité o que a mí se me sustituya en su Presidencia.

Si se trata de lo primero, basta para ello un Decreto de la Generalidad, que acataremos y cumpliremos como hemos hecho siempre.

Si se trata únicamente de sacrificarme a mí, estoy dispuesto, una vez más, a ser la famosa ternera de las alianzas circunstanciales entre moros y cristianos. No hay más que decirme a quién entrego la Oficina y cuándo.

Unicamente os pido que ante quienes piden mi eliminación hagáis constar lo siguiente:

El 16 de Agosto, cuando aún se vivía bien en Madrid y sin peligro alguno y tenía todas mis actividades puestas al servicio del Comité Federal de Guerra, que organizaba fuerzas para los frentes, se me llamó por el Comité Pro-Presos, a quien se había hecho entrega del Palacio de Justicia incautado, para que viniese a organizar en Cataluña la Justicia de la Revolución, a cuyo fin habíanme nombrado Presidente en la Audiencia Territorial.

Durante 35 años el llamamiento de un Comité pro-presos de la C. N. T., de la F. A. I. o de las organizaciones que precedieron a éstas, fue para mí un toque a botasillas y como aún no he pensado en jubilarme, puesto que me sobra actividad, ideal y entusiasmo, acepté, pidiendo únicamente un plazo de seis días para organizar el nuevo rumbo de mi vida y para desligarme de algunos compromisos, entre otros el desempeñar el cargo de Magistrado del Supremo que acababa de aceptar.

Vine, pues, en la tercera decena de Agosto y me encontré con que el Gobierno de la Generalidad consideraba político el cargo de Presidente de la Territorial y, en consecuencia, en modo alguno quería que fuera para mí, que soy Federal lo mismo cuando truena que cuando hace sol. No hubo problema, porque, como mi vida demuestra, jamás me han atraído los cargos oficiales.

Me incorporé al Comité Revolucionario de Justicia que presidía Samblancat y con él colaboré, aportando alguna modesta iniciativa, hasta el 28 de Agosto en que por haber pasado Samblancat a formar parte del Tribunal Popular, el Gobierno de la Generalidad me honró con una comunicación que dice:

“...Atesos els mérits que concorren en el lletrat Sr. Eduard Barriobero y Herrán = He result: Es designat Advocat Cap de l'Oficina Jurídica creada per Decret de 17 del mes corrent el lletrat Sr. Eduard Barriobero...”

Comencé a presidir la Oficina Jurídica el 29 de Agosto, lo que es decir que me encerré doce horas diarias en el Palacio de Justicia y con ayuda de mis inteligentísimos colaboradores, antiguos amigos y compañeros en su mayor parte, he resuelto millares de asuntos, creyendo interpretar al hacerlo las verdaderas normas revolucionarias, al menos según yo las intuía.

Si me he equivocado en todo o en parte, la culpa no es mía, puesto que dediqué en todo momento el mayor cuidado a interpretar y atender las indicaciones que los elementos proletarios de todos los sectores me hacían.

El propio organismo que dice no estar conforme con mi actuación o con la Oficina, pudo y hasta creo que debió, antes de censurarme, o censurarnos, hacernos las indicaciones pertinentes.

Y nada más, queridos compañeros.

Si para alguna otra cosa creéis que sirvo en relación con la Revolución o con la Guerra, aquí me tenéis a vuestras órdenes, como desde hace 35 años. Si no, me volveré a Madrid, como pueda, para ver de cubrir allí alguna de las bajas que la heroica Ciudad lamenta.

Vuestro y de la causa.

E. Barriotero y Herrán.

La dimisión me fue devuelta, con la promesa de que el nuevo Consejero de Justicia, Andrés Nin, daría en el asunto de la Oficina Jurídica una solución satisfactoria para todos.

Continuamos recibiendo insinuaciones y apremios del Comité Regional, para el que, además, tramitábamos el expediente de adjudicación de la finca por él ocupada en la Vía Layetana. Por medio de los representantes en la Oficina de la C. N. T. y la F. A. I., Batlle y Devesa, les hice saber que nosotros no podíamos abandonar ni disolver la Oficina, lo primero porque teníamos más de cinco mil asuntos en tramitación y a nuestras puertas quinientas personas cada día que nos presentaban otros nuevos, y lo segundo, porque habiendo sido creada por un Decreto de la Generalidad era preciso otro Decreto que la disolviera, si no queríamos todos sus componentes incurrir en responsabilidad por abandono de destino o pasar por desertores de la Revolución.

Como contrapartida nos llegaba la noticia de la actitud de otros elementos dispuestos a impedir que la Oficina se disolviera o a quemar el Palacio de Justicia si fracasaban en el empeño de sostenerla.

Como esto último podía ser y hubiera sido, si no se hubiesen interpuesto nuestros ruegos, nuestras súplicas y nuestros razonamientos, decidí poner a buen recaudo los recibos de entregas de dinero y otros documentos de interés y en un viaje relámpago —poco más de doce horas— lo situé en mi caja del Banco de Perpignan.

A los diez minutos de haber pasado la frontera franco-española, sabía todo Barcelona que me había marchado con el oro de Cataluña. Mi regreso en la tarde del mismo día pasó, en cambio, inadvertido para todos hasta el extremo de que tres días después un Magistrado del propio Palacio, en que unos y otros actuábamos, como al saludarle unos amigos suyos le dijeran que iban a verme, les replicó con la mayor seguridad:

—No os molestéis. Barriobero marchó a Francia cargado de oro y no es fácil que vuelva por aquí. De seguro que no se atrevería.

En aquel mismo instante presidía yo mi Tribunal a veinte metros de distancia del difamador.

He dicho que éste era un Magistrado y debo rectificar en honor al cariño que conservo, a pesar de sus defectos, a la vieja Magistratura. Era un Magistrado, sí, pero no de los clásicos ni aun de los del cuarto turno, sino de los del turno contrarrevolucionario ungidos por la Generalidad, como pude comprobar cuando le di caza.

Porque del hecho, como he estudiado a Hegel, a Kant y a Krausse para mi uso particular y para trabajar por mi cuenta, como el generalito americano que con igual objeto se compró un cañón, me hice un examen crítico cualitativo y cuantitativo, subjetivo y objetivo, conjuntivo y analítico y deduje: Si el acto de esta bestezuela pudiera convertirse en ley universal, el fracaso de la civilización sería evidente e ineludible.

Si fuera el exponente de su raza, la forzada deducción sería: los catalanes catalanistas catalanizados y barnizados por una prebenda o sinecura, valen menos que aquellos actores pederastas de la Saburra romana, que llevaban topacios en las sandalias y lunas para narcisear sobre su rostro, en el forro de las mangas de la toga pretexta.

Si la calumnia tiene por objeto conquistar una ventajilla política a costa de quien, si hubiera querido ser político, tendría en Cataluña el Partido mayor, y acaso el único, es juego de rufianes.

Y como las tres deducciones conducían al absurdo, saqué del armiño de mi clámide el escupitajo con un papel higiénico y examiné nuevamente el hecho en su aspecto objetivo, extrínseco, primario y peculiar.

Peculiar sobre todo, de *pecus*, ganado, porque había resbalado sobre mí la deyección de un mulo.

El hecho era, sin duda alguna, constitutivo de un delito contra la Revolución, porque se realizó con propósito de desacreditar su Tribunal predilecto.

Al alcance mío no estaba el perdonarlo ni disimularlo, porque yo era el responsable del Tribunal vejado.

Decidí, en consecuencia, mandarlo detener y entregarlo al Tribunal Popular.

Dos días tardaron mis avisados milicianos en dar con su paradero; cuando me lo presentaron, me dijo en tono compungido:

—Hasta este momento no me he enterado de que usted me llamaba; pero da la casualidad de que tengo que llevar a mi mujer en el coche en donde me aguarda a... (no recuerdo el sitio que me dijo). Si usted quiere voy a decir que la lleven y si me autoriza, la llevaré y volveré mañana mismo a ponerme a sus órdenes.

Tanta bajeza en un gigante desde el punto de vista físico y más gigante aún mirado al través de los cargos y honores que sobre él amontonó la Esquerra, me produjo tal desbordamiento interior de indignación, que quedaron destempladas las armas de mis iras.

Le dije que se fuera, tal vez con malos modos, porque sin abandonar su postura de falsa humillación, se sinceró:

—Le advierto que soy como usted un hombre de verdadera izquierda. No hace muchos días estaba en el frente del Guadarrama batiéndome con los fascistas...

—Pues ha tenido usted mucha suerte —le interrumpí—, porque allí llegan las balas glorificadas por el fuego y a esta trinchera en donde yo he caído no llegan sino envueltas en mocos. Váyase, excelentísimo señor, a llevar de paseo a su señora.

Tres días después, por medio de sus alguaciles me rogaba el Presidente de la Territorial que fuera a su despacho, en donde me aguardaba el aludido.

Fui. Hubo una especie de antejuicio en el que se confirmó y probó palmariamente la expansión villanamente femenina del personaje doblemente gigantesco.

Se me habló hasta en nombre del equilibrio de retaguardia y de la unión de antifascistas, de la necesidad de no someter el hecho a la deliberación pública en un Tribunal Popular; se me ofreció una carta de satisfacción firmada por el maldiciente y yo, que con un guiño pude haberlo condenado a muerte, lo perdoné sin aceptar disculpa, reivindicación ni satisfacción de ninguna clase. Ya veremos lo que los de la suya hacen al final conmigo.

X.

Curiosas observaciones. Los timos de la Guerra. El del Miliciano. El del Control. El de los registrados. Los carnets-pararrayos. El “sandwich” de carnet. Los crímenes del egoísmo. Treinta y cinco años de cuotas. Bromas de salón. El Sindicato del Amor.

Del duro castigo que he sufrido y estoy sufriendo y probablemente sufriré durante los años que me quedan por vivir, del amargo desengaño que me hacen paladear la C. N. T. y la F. A. I. al abandonarme indefenso a los cuervos de la maledicencia, me compensa el tesoro de observaciones psicológicas y sociológicas que coleccioné durante los ochenta días de mi actuación. Fui el primero en descubrir y en desconcertar muchas veces los nuevos timos de la guerra.

Un día denuncié ante los periodistas que venían a pedirme información, el timo del Miliciano, del bigardo cargado de arreos militares y abrazado al fusil, como si fuera capaz de matar algo más que el tiempo, que *trabajaba* por su cuenta con no escaso provecho o se ponía, por merced o gaje al servicio de desvalidos o de intrigantes. El ejemplar más curioso de esta fauna resultó ser abogado y sordo por más señas. En nuestra Sala entraba, siempre arma al brazo y no lanzando votos ni pesias porque desconoce los clásicos; pero sí gritando a guisa de terroríficos saludos:

—¡Porque yo mato a mi padre... !

Cuando, para domesticarlo, traté de inquirir su filiación averigüé que de su padre ni él, ni nadie tenía la menor noticia. No se había dignado dejar su nombre en el Registro Civil.

Di luego con el intríngulis del timo del Control. Muchos industriales y comerciantes madrugaron para burlar la revolución y cuando vieron que los Sindicatos controlaban explotaciones y establecimientos, reunieron a sus familiares, les procuraron carnets sindicales y los constituyeron en Control de su comercio o de su industria. Cuando alguien les reclamaba una obligación venía el falso Control, carnet en ristre, y procuraba interponerse con un gran derroche de gritos y amenazas.

Muchos de estos controles cayeron verticalmente en los calabozos del Palacio de Justicia y allí los tuve hasta que por medio de algún alguacil me comunicaban su decisión de tirar la careta.

Más vulgar aún que estos dos timos era el de los fascistas o fascistoides, camilas o falangistas a quienes se practicaba un registro en su domicilio. Cuando cumplidas las obligaciones que la Oficina les había impuesto venían a recoger lo que los milicianos habíanles ocupado, pedían casi siempre lo que jamás poseyeron, a veces con tal aplomo que me hubieran hecho dudar de la fidelidad de mis dependientes, si no conservara grabada en mi memoria la saludable advertencia que en cierta ocasión me hizo un Jefe de Reclamaciones de la Estación del Norte de Madrid, cuando traté de concertar con él amistosamente la indemnización por un extravío.

—Llevo aquí cuarenta años —me dijo— y puedo asegurar a usted por la memoria de mis padres, que en las líneas de esta Compañía jamás se ha perdido un baúl de una doméstica que no llevara dentro el mantón de Manila, la docena de cubiertos de plata y la mantilla de encaje.

Tan abundantes como las comisiones, al extranjero, inventadas por los dos Gobiernos, el Nacional y el Regional, para subvencionar el miedo de sus allegados, fueron en nuestra Oficina los carnets-pararrayos.

Las personas que mayores odios habían exteriorizado siempre contra las actividades sindicales de la U. G. T. y la C. N. T. comparecían ante nosotros para pedirnos gollerías exhibiendo a modo de talismán un carnet nuevecito. Los más viejos databan del mes de Agosto. Y estoy seguro de que la mayor parte de estos señorones que diligentemente archivaron en Julio el sombrero y la corbata, al oírse llamar quince días antes compañeros o camaradas, hubiéranse sentido injuriados.

Tan mal se adaptaban al uso del carnet sindical, que, cuando en vez de venir oficiosamente eran traídos por nuestros milicianos, previo registro domiciliario, se daba siempre el caso del *camet-sanwich* (sic), como yo hube de bautizarlo: en sus papeleras, en sus cómodas, en sus baúles o en sus cajas fuertes aparecía siempre el consabido carnet emparedado entre media docena de libros pornográficos y un devocionario de lujo. No hay para qué decir que lo primero que hacíamos con estos sujetos era quitarles el carnet y devolverlo a la sindical que lo había expedido.

Lo que más de relieve se nos mostró fue el egoísmo criminal de la beatería fascistoide. Cuando al examinar las pruebas encontradas en los registros dábamos con un documento comprometedor, con alguna bandera monárquica, con armas o municiones, el interesado o la interesada que presenciaban nuestro examen, clamaban aterrados:

—¡Eso no es mío! ¡Eso no es mío! ¡Es de mi padre, de mi hijo o de mi hermano que viven conmigo!

Generalmente oía con indiferencia la disculpa; pero en más de una ocasión me inspiró tanta repugnancia la felonía, que dije a mi interlocutor :

—Está bien. Que vayan a traer a su padre o a su hijo y se marchará usted.

Y casi siempre que simulé adoptar esta resolución, el interesado o la interesada se arrellanaban sonrientes en la silla que les había ofrecido para esperar los acontecimientos, que sin dificultad hubieran podido ser graves para el denunciado. Al fracasar en mi propósito de hacerles confesar su culpa, imponía al detenido la sanción pertinente o lo entregaba al Tribunal Popular.

A muchos se les comprobaba actividades contrarias al régimen o a la Revolución que no alcanzaban la categoría de delito y no se les encontraba documento justificativo de haber pertenecido a entidades relacionadas con los rebeldes. En esto se hacían fuertes alegando:

—¡Yo jamás he pertenecido a ningún Partido Político!

—¿Ni a ningún Sindicato? —preguntaba yo.

—A ninguno, absolutamente a ninguno.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta.

—Pues como todo hombre tiene el deber de opinar y de hacer algún sacrificio por sus opiniones, debe usted a los Partidos treinta y cinco años de cuotas y a los Sindicatos otros treinta y cinco. Voy a hacer números para imponerle la multa equivalente.

Generalmente el aludido debía a la Justicia revolucionaria algo más que las cuotas, a juzgar por la aureola de felicidad que envolvía su rostro cuando se convencía de que iba a liquidar el percance con un puñado de pesetas.

Nuestras relaciones con la Generalidad, sobre todo las mías, distaban mucho de ser cordiales; sus gerifaltes me vejaban todo cuanto podían y a una intriga de ellos se debió la apuntada discrepancia del Comité Regional.

Sin embargo, atendíamos en cuanto era posible sus copiosas recomendaciones y a su instancia redujimos a ridícula cuantía infinidad de multas.

Como al parecer la Guerra no les preocupaba mucho, empezaron a combinar el procedimiento de las punzadas con el de las bromas de salón.

Una noche, cuando ya nos disponíamos a plegar, me anunciaron que una comisión de señoritas, enviada por la Generalidad quería hablar conmigo.

Las hice pasar, les ofrecí asientos en torno de mi mesa y la más apersonada tomó la palabra para decirme:

—Nosotras somos una Comisión de las chicas de casa de la Fulanita, (No recuerdo el nombre). Venimos a hacer una reclamación porque la casa es de dos duros y el ama se lleva uno de

rositas. Le hemos propuesto que se conforme con tres pesetas, lo cual me creo que no es ponernos mal y nos ha dicho que naranjas de la China. Hemos ido a quejarnos a la Generalidad, y nos han dicho que vengamos a usted, que es el único que puede hacernos una tarifa.

Decidí seguir la broma.

—El amor —les dije— no puede ser artículo sujeto a tarifa; pero haremos otra cosa más práctica. Un secretario va a levantar acta de que queda constituido el Sindicato del Amor. La firmaremos y la sellaremos y con ella se incautan ustedes de la *industria*, poniendo a la dueña de patitas en la calle.

La solución les pareció de perlas y la celebraron estrepitosamente. Se hizo el acta, se envió copia a la Generalidad para que constara que quedaba atendida la recomendación, y media hora más tarde quedaba en la mancebía realizado todo el programa.

El ejemplo cundió rápidamente y hoy son numerosos los Sindicatos del Amor constituidos en Barcelona.

Lo más curioso es que a estos Sindicatos los controla en *serio* ¡el de Alimentación!

XI.

La crisis de la Generalidad. El Consejero burgués y el Consejero comunista. Los buitres de la vieja Curia. Cinco millones en pleito. Las recaudaciones para la Guerra. Las cuentas claras. Aparece un “tilingo”. Otra vez en pleito nuestras facultades. La vuelta a lo viejo. ¿En dónde hay un intérprete?

Cuando sobrevino la crisis de la Generalidad y la C. N. T. dio Ministros para el nuevo Gobierno, nos sentimos como libres de una gran opresión y más seguros que nunca; pero nos equivocamos, porque el Consejero burgués Quero Molares había comprendido mejor la Oficina Jurídica, su verdadero carácter de Tribunal Revolucionario y su necesidad que el Consejero comunista¹⁷ Nin.

La explicación está en que el primero se determinaba y se movía a impulsos de su propia conciencia y de su propia observación, y el segundo, que cayó en la Consejería menos adecuada a su preparación, necesitó de asesores que le asesoraron mal y le llevaron a realizar la paradoja de que un Partido, que se dice el más revolucionario, y acaso lo sea, suprimiera la única institución revolucionaria que ha funcionado en Cataluña y, no hay para qué decir que en España.

Sobre el flaco de la impreparación que modestamente Nin no trataba de ocultar, se lanzaron todos los buitres de la vieja curia, mostrando con poco disimulo, unos su codicia, otros su amor a credenciales y baratijas de la bisutería oficial, y otros su impaciencia por la vuelta a lo viejo y a lo justamente derruido.

Entre los primeros destacaron escribanos y rúbulas, algunos de nuevo cuño y otros, expulsados por inmorales y reintegrados por la Revolución a sus puestos, porque supieron hacer lo que aquellos militares de los tiempos heroicos de los pronunciamientos, que robaban la Caja de la Compañía o del batallón y en seguida se declaraban revolucionarios.

El acicate para éstos fueron dos suculentas perspectivas: Una la distribución de los tres millones y medio de pesetas que importaban unas fracciones en litigio del premio mayor de la Lotería de la Ciudad Universitaria.

Una comisión de participantes planteó su reclamación ante la Oficina; estudié el asunto y previa consulta con mis compañeros, puesto que era importante, lo fallé, porque así a todos nos parecía justo, a favor de los reclamantes, si bien advertí a éstos que habría de quedar como donativo para los gastos de la Guerra el 15 por ciento de lo que cada uno cobrase, y la totalidad de lo que correspondiera a los participantes que, llamados por la Prensa y la Radio, no se presentaren en determinado plazo.

Según cálculos de la Comisión por este segundo concepto se podría recabar hasta un millón de pesetas y por el primero trescientas setenta y cinco mil. De ello di cuenta a las Juntas de Defensa para que estudiaran la distribución de la suma y comencé a trabajar con los departamentos oficiales de Barcelona y Madrid el pago del premio, lo que no pude lograr hasta veinticuatro horas antes de la disolución de la Oficina.

Tal presa hicieron los buitres sobre este asunto, que cuando tuve con el Consejero Nin mi primera conferencia en el Palacio de la Generalidad, acompañado de Batlle, de lo único que hablamos concretamente, fue de la distribución del premio, y convinimos en que habríamos de hacerla en la Generalidad y no en el Palacio de Justicia. En honor a la verdad, he de hacer constar aquí que el Consejero ninguna indicación me hizo sobre el destino (de las sumas a deducir, prudencia que yo estimo como singular virtud, porque su Partido no debía estar muy sobrado de

¹⁷ Del POUM. [Nota del editor digital.]

dinero, y nada hubiera tenido de censurable ni de extraño que me propusiera ayudar a un órgano tan importante de la lucha antifascista.

Acaso el lector vislumbre algún abuso por mi parte al distribuir según mi criterio las cantidades recaudadas para la Guerra por nuestra Oficina; pero quien esto piense ha de saber que en Cataluña y singularmente en Barcelona, por entonces todos los organismos que recaudaban dinero para la Guerra hacían lo mismo, y este régimen, tal vez demasiado autónomo, siguió hasta el día 16 de Noviembre, fecha en que la *Hoja Oficial del Lunes* publicó un suelto en el que advertía que la Oficina de Donativos de la Consejería de Defensa, era la única autorizada para recogerlos. Puedo añadir, además, que en la Oficina Jurídica, aun cuando por la Prensa dábamos cuenta de los donativos a medida que los íbamos haciendo, jamás recibimos orden, comunicación ni requerimiento en tal sentido.

Además de la golosina de la Lotería, las águilas de la rapacidad forense, fijaron su vista en otro filón.

Como ya consigné, de los procesos destinados al fuego, separamos las piezas de responsabilidad y de prisión en las que había, cuando no el resguardo original, una referencia cierta en las fianzas consignadas.

No sin grandes esfuerzos recabamos de las covachuelas de la casa los resguardos originales expedidos por la Hacienda o el Banco, y comenzamos a diligenciarlos para hacerlos efectivos, con propósito cuando lo obtuviésemos de llamar del mismo modo, por la Prensa y la Radio a los, derecho habientes y recabar para la Guerra el consabido diez por ciento y lo correspondiente a los que en plazo prudencial no se presentaran.

El volumen total de estas fianzas pasaba del millón de pesetas y no era aventurado suponer que los derecho habientes a la mitad, por lo menos de ellas, no habrían de presentarse.

El diligenciado fue trabajosísimo y tan pronto como logramos que la Hacienda pagara el primer lote —unas setenta mil pesetas— nos encontramos disueltos.

Del pago de la Lotería y del reintegro de las fianzas quedaron encargados nuestros sucesores —no precisamente los Jueces designados por el Decreto que en su lugar registraré— y yo supongo que en su día y a quién sea, rendirán cuentas por lo menos con tanta precisión como nosotros las hemos rendido.

A la vez que los buitres a quienes vengo aludiendo, se movían en torno del Consejero de Justicia legiones de reformadores en provecho propio, amantes de la bisutería oficial y ciegos por vincularse en los cargos cazados al revuelo de la Revolución. Destaca entre ellos uno que merece mención especialísima.

Nin en la Consejería de Justicia ha sido víctima de un *tilingo*, al que debe su rotundo fracaso.

El lector y yo sabemos a qué clase de enfermos mentales llaman en América tilingos¹⁸. El año 34 conocí yo en Madrid uno que acababa de inventar la bomba aspirante e impelente. El de aquí, ha traducido el Código ruso, del que yo tenía, en mi biblioteca de Madrid, cinco traducciones anteriores a la suya.

Cuando a mí me nombraron Presidente de la Oficina Jurídica (Tribunal Revolucionario) quiso colgarse a mi oreja —tengo de ello buenos testigos—; pero ¡he cultivado tanto el arte de conocer a los hombres...!

Una de las características del verdadero tilingo es la de no perder el tiempo, ni tirar piedras a su tejado y este nuevo inventor de la bomba aspirante, ha sabido extraerle a Nin el nombramiento para un cargo de importancia en Barcelona. De momento está bien; pero la tilingada consiste en creer que después de la Guerra y la Revolución habrá Jueces y Magistrados con toga, birrete, escalafón y usía o excelencia.

18 Coloquialmente en Argentina, Paraguay y Uruguay. Dicho de una persona: Insustancial, que dice tonterías y suele comportarse con afectación. [Diccionario de la Real Academia Española.]

A este tilingo se le coció en el recipiente en donde los demás tenemos el magín, pobre o rico, la idea de que un Tribunal de tantos vuelos como el nuestro, podía terminar de un modo fulminante y dejar todas las cuestiones sometidas a su decisión en el borde inferior de un plano inclinado que tiene el otro borde en las escribanías con arancel, incidentes, papel sellado, plazos interminables, zurupetos, fariseos y escribas.

¡Pobre tilingo! La prueba mayor de la tilingada está en que los factores de la Oficina Jurídica (Tribunal Revolucionario) hemos tenido que estar más de cuarenta días posteriores a su disolución, acudiendo mañana y tarde al Palacio de Justicia para sacar los pies de las alforjas a los Jueces que tuvieron la desgracia de ser designados para investigar y perseguir *nuestras muchas culpas*.

Pero ¿he dicho la mayor prueba de la tilingada? No. Aún hay otra que es una seria invitación al rubor aun para los hombres de cara berroqueña: Al cabo de media docena de Decretos encaminados a desenredar la madeja, hubo que publicar uno, reproducido en este libro, por el que se reconoce validez, eficacia y fuerza de obligar a todos los fallos por nosotros dictados.

Véase cómo el inventor de la bomba ha tenido que reconocer que estaba ya inventada.

Pero el tilingo tiene por lema el mismo de la memorable ciudad aragonesa:

Tarazona no recula
aunque lo mande la bula.

Y para no recular, nos clava un rejoncillo en la parte literaria —¡ ay Literatura, qué caro pagas el descuido de no haber inventado otro nombre para tus viles falsificaciones!— del Decreto en el que entona el *mea culpa*.

Dice que “además de las facultades a que se refiere el Decreto de su creación, las Oficinas Jurídicas se habían otorgado éstas la de resolver cuestiones de toda índole, para lo que no estaban facultadas”.

Vamos a cuentas.

Cuando los Comités de Defensa se adueñaron del Palacio de Justicia —el mayor acierto de la Revolución— huyeron a la desbandada todos aquellos a quienes cobijaba entre sus muros, salvo tres o cuatro funcionarios de conciencia limpia que nada podían temer.

No había más Tribunal que el nuestro y por tanto no podíamos desdeñar la función de hacer justicia, que el pueblo nos pedía y el pueblo nos había encomendado.

No obstante, cuando se nos sometía un asunto que no tenía conexión alguna con la Revolución, nos ofrecíamos a fallarlo como amigables componedores; si las partes aceptaban dictábamos nuestro laudo y si alguna de ellas nos negaba su confianza, devolvíamos a la otra sus papeles y le aconsejábamos que aguardase a la restauración de los Juzgados.

¿Qué facultades nos hemos otorgado por propia determinación? ¿Es que la Justicia, como todo Poder, no emana del Pueblo? ¿Es que en la esfera del derecho contractual no es ya ley la coincidencia de voluntades?

Pero lo que hay, es que el tilingo no había leído el Decreto de creación de la Oficina, ni el de 19 de Septiembre, reproducido en uno de los capítulos anteriores, ni tenido noticia de que estábamos expresamente autorizados para imponer multas, que es, acaso, lo que *en tilingomaquia* quiere decir “resolver cuestiones de toda índole”, pues para reprimir demasías de usureros o actividades contrarias al Régimen que no alcanzaran la categoría de delito, no íbamos a emplear el aceite de ricino, ni el clásico paseo con las dos aceitunas.

Los de la vuelta a lo viejo tampoco se dormían. En el mismo día en que cesamos, ya hubo Juez o Escribano que al presentarle una reclamación en la forma llana y popular que nosotros habíamos establecido, contestaban con la boca hecha agua de satisfacción:

—Vuelva usted mañana que hoy han terminado ya las horas de despacho; pero le advierto que esta carta que usted me da, debe ser un escrito extendido en el papel correspondiente, firmado por

Abogado y Procurador y con una copia para que emplacemos al reclamado por veinte días para comparecer y treinta para contestar... Le advierto, además, que antes de formalizar su demanda, tendrá usted que ir a un Juzgado Popular, de los que antes se llamaban Municipales, y promover un acto conciliatorio.

La *víctima*, según me han contado, salió diciendo:

—Lo menos que podía hacer la Revolución es poner un intérprete junto a cada uno de estos señores para ver si así los comprendíamos...

XII.

**Salpicaduras de la política. El día 5 de Noviembre tuve una debilidad.
La verdad y la razón. Una conferencia en el Tívoli Pi y Margall y Prat de la Riba.
Los de las banderitas en el balcón. La conspiración política se suma
a la xenófoba y a la curialesca. Les da guardia de honor la quinta columna.**

El día quince de Noviembre, tuve una debilidad y se me torció un pie. Lo digo sin dolor de corazón ni propósito de la enmienda. Siempre fui refractario a estas recetas tan recomendadas por el cristianismo. Cuanto más minucioso análisis hago de mi pasado menos motivos de arrepentimiento encuentro. Soy uno de los militantes más antiguos de la C. N. T., mi carnet de Madrid data del año doce y tiene el número cinco; pero jamás he gustado de exhibirme en asambleas ni de hacer valer mis derechos confederales y creo que he hecho bien, porque, de lo contrario, por mi camino hubiesen llegado otros intelectuales y acaso sin proponérselo habríamos constituido dentro de la poderosa organización una especie de caciquismo. Día llegará, me dije, en que los cenetistas en masa conquisten la categoría de intelectuales y ya no sea posible nuestro caciquismo. El tiempo me ha dado la razón.

Me di de baja en la francmasonería por no querer firmar para Portela Valladares, como Gran Maestre que a la sazón era, el título de Grado 33 que graciosamente le habían concedido.

El tiempo me ha dado la razón.

Me inserté en el Partido Republicano Democrático Federal cuando aún no cumplidos los catorce años acababa de matricularme en la Facultad de Derecho. No he querido mudar de postura y en consecuencia he vivido en ridículo hasta hoy que la opinión unánime reconoce que para España no hay otra República posible sino la Federal y que al haberla condicionado así el 14 de Abril nos hubiéramos evitado esta guerra y otros muchos dolores.

El tiempo me ha dado la razón.

Impugné la candidatura de Alcalá Zamora para la Presidencia de la República, pedí la disolución del Ejército, no voté el Estatuto de Cataluña, después de haber votado todos y cada uno de sus artículos, porque al final no pude conseguir que figurasen en él las autonomías municipales y con esto y con mis ataques a la Iglesia hice el ridículo en las Constituyentes; pero...

El tiempo me ha dado la razón.

Acaso no me explique bien. Tal vez he dicho siempre la verdad: pero me ha faltado la razón, si se atiende al sentido filosófico del cuentecillo baturro.

Discutían dos canónigos de Zaragoza en el soto de Almozara, frente al Pilar, en la orilla izquierda del Ebro, sobre si la verdad y la razón eran la misma cosa o cosas distintas. Como no llegaban a ponerse de acuerdo propuso uno de ellos que la resolución del problema fuese sometida a la inteligencia natural de un hombre no amanerado ni deformado por los estudios. Momentos después pasaba junto a ellos el tío *Gurrión*, un pastor del Arrabal que careaba hacia la paridera su ganado.

Invitáronle a que clara y rectamente les dijese si, con arreglo a su leal saber y entender, la verdad y la razón eran una sola cosa o dos distintas. Y el pastor, después de excusarse reiteradamente, sacó de su alforja un enorme cuerno de buey en el que guardaba la sal, el pimentón y el aceite, y encarándose con el que más había insistido en el requerimiento, le dijo:

—Misté, mosén: si yo le meto a usted este cuerno por salva sea la parte, será una verdad... ¡pero lo que es una razón...!

¡Cuántos de los que a mí me han combatido y me combaten lo hacen porque sienten sus carnes desgarradas por la incrustación de mis verdades !

Pero íbamos en que el 15 de Noviembre se me torció un pie —saqué de mi alforja el cuerno del *Gurrión*.— Volvamos a ello.

Pocos días antes se había sellado la unión de todos los grupos, entidades y partidos federales, hecho político de gran importancia para Cataluña, pues la Esquerra quedaba en esqueleto y los demás partidos no son sino ficciones. Al hacer la unión se acordó encomendarme el cometido de definir en una conferencia pública la actitud del Partido Republicano Democrático Federal con respecto a la Guerra y a la Revolución.

Me resistí porque había venido a Cataluña con el propósito de no hacer política y lo mantuve aún después de haberla hecho la Esquerra contra mí tan ostensiblemente; pero me recordaron que estaba sujeto a una disciplina y no podía negarme y me hicieron notar que de algún modo debía corresponder al triunfo que se me ofrecía con la unión de los federales, puesto que en gran parte la dispersión se debió a mis afinidades con la C. N. T., mal comprendidas por los que se llamaban federales, y de Pi no conocían sino el programa mínimo de transacción con los demás partidos republicanos, que firmó el 22 de Junio del 94.

En Barcelona, llenar un teatro tan grande como el Tívoli en un domingo de sol, de público que acuda a escuchar una conferencia política es punto menos que imposible; pero el imposible se realizó. Véase el testimonio de la *Hoja Oficial del Lunes*, y lo elijo por tratarse de una publicación que no se ha distinguido por su trato cariñoso para mí:

Ayer mañana en el Teatro Tívoli dio su anunciada conferencia el líder del Partido Republicano Federal, don Eduardo Barriobero. Asistió tan numerosa concurrencia, que el local aparecía completamente lleno. El señor Barriobero desarrolló el tema: “Posición del Partido Federal ante los momentos actuales”.

En parecidos términos se expresó al día siguiente *La Vanguardia*.

Actitud del Partido Federal Conferencia de Barriobero

Eduardo Barriobero, el destacado y batallador militante del Partido Democrático Republicano Federal y jefe de la Oficina Jurídica del Palacio de Justicia, pronunció el pasado domingo por la mañana en el Teatro Tívoli, la anunciada conferencia para fijar la posición del Partido Republicano Democrático Federal en los momentos actuales:

Antes de empezar el acto, el espacioso local se hallaba repleto de un público entusiasta. Varias banderas federales de los distintos centros presidían la sala.

En la baja política de intriga y comité, nada hay que moleste tanto como los éxitos del adversario, y el mayor del *líder* de un Partido no consiste en decir cosas atinadas, sino en el de reunir público que las escuche.

Entre otras afirmaciones más o menos *molestas* para mis adversarios políticos, llamé santa a la Revolución que se está operando, demostré su legitimidad y declaré que su expansión y su violencia se deben a los cinco años durante los que los gobernantes de la República han ejercido dura presión sobre las nobles ansias populares.

Atribuí su extensión y su fácil triunfo a la madurez y a la oportunidad. “Gambetta¹⁹ —dije — pedía para quebrar las cadenas del esclavo, los cetros de los reyes; aquí nos han bastado los cirios de los altares.”

19 El republicano francés León Gambetta (1838-1882). [Nota del editor digital.]

Señalé la distinción entre el federalismo nacionalista de Prat de la Riva y el federalismo municipalista de Pi y Margall, haciendo notar la beneficiosa diferencia que para Cataluña habría representado acogerse a un Estatuto inspirado en Pi y Margall, en vez de haberlo hecho en un Estatuto inspirado en Prat de la Riva.

Declaré que el Partido Federal jamás ha codiciado *enchufes* ni sinecuras; por el contrario, se ha conformado con ser algo así como el cocinero que se alimenta con los perfumes de sus creaciones.

Queremos —añadí— que al cabo de la Revolución presente, la política no sea ya en España la profesión de quienes no tienen profesión.

Que los Tribunales no vuelvan a ser como los perros de cortijo, que sólo ladran a quien va mal vestido.

Que la plutocracia y la burocracia no sean barreras contra el Derecho y baluarte defensivo contra el propio deber.

Que el pan se reparta como el sol y el aire, que el hombre, en una palabra, no sea ya el lobo del hombre, sino el hermano del hombre.

Hice notar la injusticia de que el Partido Federal que tiene ocho mil hombres en los frentes de guerra, sea sistemáticamente excluido de todos los organismos y representaciones oficiales, dándose con respecto a muchos partidos el caso que con tan maravilloso tino observaba Tolstoi: “Durante la guerra, los que ponen la banderita en el balcón suelen ser los que no dan sangre ni dinero.”

Afirmé que el Partido Federal no era en realidad un Partido político, sino un sistema político; que al haberse adherido a la Primera Internacional, tan pronto como se fundó y haber pedido siempre el Poder para las jerarquías organizadas de trabajadores, sólo la C. N. T. podía legítimamente representarnos y que a mi ejemplo, todos los federales debieran apresurarse a solicitar carnets de esta gloriosa sindical.

Y terminé aconsejando: “Por ahora obediencia ciega al Poder público representado por los Gobiernos; después, cuando llegue la hora de paz, ejerceremos el derecho a la crítica con la gran autoridad de nuestra historia.”

Estas palabras, corroboradas por los aplausos de un Partido casi centenario, mantenedor siempre de los principios que ahora parecen nuevos, que no ha ensuciado sus vestiduras con la grasa de las concupiscencias ni con la sangre de precursores ni de rebeldes, debieron caer como dardos en la conciencia de quienes tantas veces se han burlado de ellos, dada la autoridad que a mí me acompañó en aquellos momentos.

La fecha de mi conferencia señaló a las sabandijas el momento de moverse para aniquilarme a mí, mal enterados de que en el Partido Federal jamás hubo jefe ni caudillo y que si mi cabeza cae el Partido por ello no experimentará la menor pérdida, ni se desviará una línea de su gloriosa trayectoria.

A la conspiración xenófoba y a la conspiración curialesca se unió desde aquel momento la conspiración política.

Y no tardó a dar guardia de honor a las tres la consabida quinta columna.

Véase cómo. El Comité Regional de la C. N. T., aun después de las inexplicables insinuaciones para que nos disolviéramos, nos pidió reiteradamente que legalizáramos la posesión que había tomado de las casas números 30 y 32 de la Vía entonces Layetana y hoy Durruti.

Estudí el caso y encontré la fórmula, cosa que no me fue difícil dada la amplitud de las facultades de nuestro Tribunal Revolucionario.

Las casas aludidas figuraban inscritas en el Registro de la Propiedad a nombre de Francisco de Asís Cambó Batlle, Rafael Llusá Duran, Jesús Cambó Torres y la Sociedad titulada “Inmobiliaria Catalana”.

Contra una y otros teníamos reclamaciones en nuestra Oficina, pues los factores y componentes de la Inmobiliaria, los Llusás y los Cambós habían huido sin dejar liquidadas sus cuentas, salvo las corrientes de los Bancos, que, éstas sí, las liquidaron. Francisco de Asís Cambó dejó entre todas las suyas, un saldo a su favor de catorce céntimos.

Todos eran responsables, además, de actividades contrarias al Régimen y a la Revolución y acreedores, por tanto, a nuestras multas.

Las impusimos, previo expediente al que incorporamos las reclamaciones particulares en tramitación, y después de haber cumplido escrupulosamente todas las formalidades legales, después de haber citado en todas las formas a los deudores y perseguido en vano su metálico, valores y bienes muebles por el orden establecido en la Ley de Enjuiciamiento Civil, mandamos tasar las fincas y sacarlas a subasta. La C. N. T. podía comprarlas aportando lo preciso para pagar las reclamaciones y el importe de las multas con destino a la Guerra. Para el pago por este concepto le sería computada una parte de lo mucho que ha dado.

Ultimado el expediente con sus diligencias complementarias, enviamos al Boletín Oficial el anuncio de la subasta, en estos términos:

En virtud del expediente seguido en esta Oficina Jurídica de Cataluña contra Francisco de Asís Cambó y Batlle, Rafael Llusá Durán, Jesús Cambó Torres y la Sociedad titulada “Inmobiliaria Catalana”, sobre pago de indemnizaciones, salarios y multas, el día 25 del actual a las once de la mañana, en el Palacio de Justicia se venderán en pública subasta, las casas núms. 30 y 32 de la Vía Layetana.

El precio tipo será el de dos millones de pesetas.

No se admitirá postura que no cubra el cincuenta por ciento de la tasación.

Las pujas serán a la llana, de cien en cien pesetas.

Se advierte a los licitadores que sobre las fincas pesa a favor del Banco Hipotecario de España un gravamen de seiscientas cincuenta mil pesetas.

Para tomar parte en la subasta se deberá consignar previamente en esta Oficina la cantidad de doscientas mil pesetas, diez por ciento del importe de la valoración, que será devuelta sin descuento alguno a quien no resulte ser el adjudicatario.

Las fincas serán adjudicadas al mejor postor, mediante escritura que otorgará el Notario de Barcelona Rafael López de Haro, que ha sido requerido al efecto, para que asista a la subasta.

Los títulos de propiedad estarán suplidos por certificaciones del registro.

Barcelona...

Entre nuestras cuartillas y el Boletín, se interpuso un fantasma.

Sin duda la quinta columna.

XIII.

Los mastodontes del Resultando. Conferencia con el Consejero de Justicia. La Revolución ha terminado. El reloj de la Generalidad marca nuestra hora postrera. Un comentario del Decreto. No puedo tomar el sol. ¿Una misión en el extranjero? Una insidia y su contestación. Una observación de Jovellanos.

El día 12 de Noviembre, cuando llegué al Palacio de Justicia, alguno de esos personajes bien enterados, que suelen anticipar, casi siempre con certera previsión, los acuerdos de los Gobiernos, me dijo que estaba ya acordada la disolución de la Oficina Jurídica.

En la cara de Pascua que aquel día ostentaban los mastodontes del Resultando, que venían haciéndonos una guerra hipócrita de trinchera y paqueo, pude comprobar que la noticia era exacta.

Y no he de ocultar que me produjo un hondísimo disgusto, no sólo porque todo hombre que pone su alma en la realización de su obra se encariña con ella, sino porque teníamos pendientes de tramitación y fallo unos seis mil asuntos y al cesar íbamos a decepcionar la confianza de otras tantas personas que nos la entregaron.

A instancia de mis colaboradores fui a visitar al Consejero de Justicia.

Nuestra conversación fue cordial y afable; no en vano éramos antiguos amigos. Fui el primero en declarar que nuestro Tribunal Revolucionario no podía tener carácter permanente y jamás aspiró a ello; pero debía subsistir hasta que se organizara una administración de Justicia hija de la Revolución y compenetrada con el pueblo que, a mi juicio, ya en adelante no podría desligarse de las responsabilidades del Poder.

Asintió a todas mis apreciaciones menos a una, puesto que me dijo, muy convencido, que la Revolución había ya terminado.

No me sorprendió su punto de vista; viejo en la política he podido comprobar que todos los Ministros se atribuyeron siempre la condición de la inmanencia; pero en aquellas palabras leí la sentencia de muerte de nuestra Oficina y desde aquel punto de nuestro diálogo traté de condicionar nuestra eliminación, con el menor estrago posible para nuestra obra.

Convinimos en que haría un decreto creador del organismo que habría de sucedernos y en que nos daría un plazo para la resolución de los asuntos pendientes.

Salí satisfecho y comuniqué mi satisfacción a mis compañeros.

Trabajamos desde entonces con mayor ahínco para dejar terminada nuestra obra, y, al día siguiente, contestando una nota que los consabidos mastodontes habían colado en los periódicos di otra en estos términos:

La Oficina Jurídica seguirá funcionando hasta que se complete la estructuración de la nueva Justicia.

Al recibir ayer el jefe de la Oficina Jurídica, camarada Barriobero, a los periodistas, les manifestó, como aclaración a una noticia publicada en la Prensa, lo que sigue:

“La Oficina Jurídica es un organismo de la Generalidad, creado por decreto de la misma, de fecha 7 de agosto, y el propio Gobierno de la Generalidad en otro decreto del 28 de igual mes, me nombró presidente y jefe de este organismo el cual, fatalmente, cesará de funcionar el día en que la Generalidad complete la nueva estructuración de la Justicia, ya que entonces los Tribunales pasarán a ser ordinarios y absorberán por lo

tanto, las facultades de este Tribunal revolucionario, puesto que ninguna institución revolucionaria debe ser eterna.

Así, pues, hasta que llegue este momento, que puede ser lo mismo dentro de una semana que de un mes, seguirá actuando la Oficina Jurídica como lo ha venido haciendo hasta ahora.”

Continuamos trabajando todos con el propósito de no dejar reclamación alguna pendiente de fallo, hasta que el día 20 de Noviembre nos sorprendió la Prensa de la mañana con la publicación del Decreto de disolución de la Oficina. La Prensa de la noche había publicado la noticia del acuerdo, pero en términos imprecisos. He aquí el Decreto publicado como nota oficiosa del Consejo de la Generalidad en *El Diluvio* del día 20:

Por acuerdo unánime fiel Consejo quedan disueltas las Oficinas Jurídicas.

Por decreto de fecha 17 de agosto de 1936 y orden de 8 de septiembre del mismo año fueron creadas en Barcelona, Tarragona y Gerona unas Oficinas Jurídicas encargadas de resolver gratuitamente las consultas que se les formulase verbalmente o por escrito por las organizaciones obreras relativas a la interpretación y aplicación del nuevo Derecho y también quedaron facultadas para proceder a la revisión de todos los procesos penales de carácter social seguidos en el territorio de Cataluña, a fin de reparar así las injusticias cometidas. Asimismo se les autorizaba para nombrar el personal auxiliar necesario entre los que prestasen servicio en la Administración de Justicia.

Llevada a término con celo innegable la segunda de las misiones que les fueron encomendadas y vigorizada por otra parte, la actuación sindical como consecuencia de la natural ordenación del movimiento revolucionario, han de estimarse cesadas las causas que aconsejaron la creación de aquellos organismos.

Por consecuencia, a propuesta del Consejero de Justicia, y por acuerdo unánime del Consejo, decreto:

Artículo primero. Quedan disueltas las Oficinas Jurídicas creadas por decreto de 17 de agosto de 1936 y orden de 8 de septiembre del mismo año, así como todos los organismos o delegaciones que, dependiendo directamente o indirectamente de las mismas, actúen en territorio de la Generalidad de Cataluña.

Art. 2.º El personal auxiliar al servicio de las Oficinas Jurídicas, nombrado entre los que prestan servicio como funcionarios de la Administración de Justicia, se reintegrará inmediatamente a sus lugares de origen.

Art. 3. Este decreto empezará a tener vigencia a partir de la fecha de su publicación en el *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*.

Barcelona, 18 de noviembre de 1936.

El Consejero de Justicia, Andrés Nin.

Al llegar a la Oficina pedimos el Boletín y como en sus columnas no aparecía el Decreto, seguimos trabajando, con la esperanza de que se nos dejaría cumplir nuestro cometido.

Pero poco duró nuestra ilusión. Cuando al día siguiente llegamos al Palacio de Justicia nos aguardaba más gente que nunca; pero en actitud de protesta contra el Decreto.

Los Milicianos que con nosotros colaboran se me mostraron dispuestos a no abandonar el Palacio de Justicia. Yo declaré a unos y otros que la consigna era la de obedecer y vivir en buena armonía con todos. Les recordé, además, que en mi reciente conferencia del Tívoli había dado la consigna de obedecer ciegamente a los dos Gobiernos: el Central y el Regional. Por último les

advertí que el Decreto no se había publicado y que confiaba en que se nos habría de dar un margen prudencial de tiempo para resolverlo todo de perfecto acuerdo con los Poderes estatuidos.

Al entrar en la Sala, a guisa de amonestación encontré sobre mi mesa el Boletín que publicaba el Decreto; lo leí, lo leímos todos, di por terminados los trabajos en la Oficina y mandé que abriesen al público las puertas de par en par.

El reloj de la Generalidad había marcado nuestra hora postrera.

De nuestra última actuación dio cuenta la Prensa de aquel día en estos términos:

HA QUEDADO DISUELTA LA OFICINA JURÍDICA.

El Presidente, Eduardo Barriobero, se despidió de sus colaboradores y del público; éste le hizo objeto de una cariñosa ovación.

Con motivo de haberse publicando en el *Diari Oficial de la Generalitat* el decreto disolviendo las Oficinas Jurídicas, han cesado las actuaciones de la Oficina de esta Audiencia.

El que fue jefe de dicha Oficina, señor Barriobero, reunió a todos los componentes de la misma y al público que había para entrar a formular sus denuncias y puestos todos ellos en pie escucharon unas palabras del jefe, que dijo que tanto él como todos los componentes de la Oficina, dispuestos al cumplimiento de lo que ordena la superioridad, terminaban su misión y que esperaban el nombramiento de los que deben sustituirles para entregarles los asuntos pendientes.

Dio las gracias al pueblo por el favor que les había dispensado y agradeció a los componentes de la misma la lealtad con que han procedido.

Dijo que se habían entregado para las milicias 850.000 pesetas, producto de las multas y el tanto por ciento de lo recaudado, y que se habían fallado más de seis mil asuntos y tan sólo seis habían sido apelados.

Dio asimismo cuenta de los sueldos dados a los noventa milicianos que prestaban allí servicio y que por su edad no podían estar en el frente, y anunció que por mandato de la C. N. T. y de la F. A. I. había venido a hacerse cargo de la Oficina y que mañana marcharía a uno de los frentes de Madrid.

El público ovacionó al presidente de la Oficina Jurídica.

Más tarde vimos que entraban en el despacho del presidente de la Audiencia los jueces de los Juzgados de primera instancia números 7, 8, 11 y 14, los que, según nuestras noticias, serán los designados por la Generalidad para hacerse cargo de los asuntos pendientes de la Oficina Jurídica.

Por no agriar la situación no quise comentar el Decreto, aunque bien lo merecía, no sólo por la forma desatentada y descortés en que se disolvía la Oficina, no obstante lo que el Consejero de Justicia había convenido conmigo, sino porque en su preámbulo abiertamente faltaba a la verdad.

De las misiones que se nos encomendó sólo habíamos cumplido la de revisar los procesos de carácter social; pero habíamos en absoluto abandonado la de nombrar personal auxiliar necesario, que en gran parte nos fue arrebatado por la Generalidad y a pesar de ello tuvimos una plantilla de veinte funcionarios y noventa auxiliares y la de escuchar gratuitamente consultas, a cuya tarea, además de los ochenta días de actuación en la Oficina Jurídica, llevo dedicados cuarenta años de mi vida.

En cuanto a estimarse cesadas las causas que aconsejaron la creación de nuestro Tribunal, ya veremos más tarde el número de asuntos pendientes de resolución que pasaron a los Juzgados.

Me amordazaba además la consideración de que cuatro representantes de la C. N. T. hubieran refrendado en el Consejo de la Generalidad unánimemente la determinación antirrevolucionaria del Consejero Andrés Nin.

Quise abandonar el Palacio de Justicia para tomar con avidez el sol de otoño, después de ochenta días de haber trabajado la jornada de doce horas con luz artificial; pero me dieron recado de que el Presidente de la Territorial quería hablarme y pasé a visitarlo en su despacho.

Me expresó hiperbólicamente su gratitud por la forma correcta y suave con que había cumplido el Decreto y disuelto la Oficina y aún añadió algo que me llenó de asombro; el Gobierno de la Generalidad quería premiar mis servicios encomendándome una misión en el extranjero y me señaló la hora y la fecha en que me aguardaba el Presidente del Gobierno Sr. Terradellas²⁰ para tratar del asunto.

Confieso que la oferta me deslumbró, tal vez a causa de mi costumbre añeja y añosa de trabajar como el Sastre del Campillo, que según la tradición me llevaba la ventaja de que le consideraban como amigo y camarada de aquellos para quienes cosía de balde y ponía el hilo.

Cuando salí del despacho del Presidente, vacilaba en mi propósito de acudir a sepultarme con un fusil en la mano en una de las trincheras que defienden Madrid y al fin resolví permanecer en Barcelona los tres días que faltaban para el de mi entrevista con el Sr. Tarradellas.

No dejó de halagarme el hecho de que la Generalidad cambiara de actitud para conmigo. Llegué hasta creer que su Presidente y algunos otros de sus más destacados personajes, en un somero examen de conciencia habrían recordado mi leal amistad y los días amargos en que juntos luchábamos contra la Monarquía y la Dictadura pretéritas.

Pero me equivoqué. De lo que se trataba era de alejarme de Cataluña para evitar la posibilidad de que la Oficina Jurídica con sus Jueces, sus auxiliares, sus milicianos y sus clientes, tratara de renacer en torno mío, desconociendo acaso voluntariamente que la línea recta y austera de mi vida me impedía prestarme a semejante conspiración.

Al día siguiente se vio el juego perfectamente claro. Al sentirse mis adversarios más fuertes que yo; ya no pensaron en expatriarme. Les era más grato tenerme cerca para pasar sobre mí el pétreo rodillo de la calumnia y acaso de ponerme en trance de que alguna turba fanática me fusilara.

En efecto, el 21 de Noviembre por la noche se repartió a los periódicos que habían de aparecer el 22 esta nota oficiosa:

Los donativos de la Oficina Jurídica para las Milicias.

Habiendo aparecido en la Prensa la noticia que al disolverse la Oficina Jurídica había hecho entrega de 850.000 pesetas a beneficio de las milicias antifascistas, la sección de donativos del departamento de Defensa de la Generalidad de Cataluña hace público que no ha recibido cantidad alguna de la mentada Oficina Jurídica, a pesar de que el departamento de Defensa es el único lugar autorizado oficialmente para recibir esta clase de donativos.

Al conocerla en aquella misma noche algunos de mis compañeros más noctámbulos que yo, se apresuraron a circular por las Redacciones esta otra nota, que no en todas fue acogida, como lo había sido el suelto calumnioso:

Comité Superior de Justicia de Cataluña.

UNA NOTA ACLARATORIA.

²⁰ El autor escribe así en toda la obra el apellido de Josep Tarradellas (1899-1988). Lo corregimos a partir de este punto. [Nota del editor digital.]

Hemos recibido en nuestra Redacción la visita de los compañeros que constituyen el Comité Superior de Justicia de Cataluña, para rogarnos nos hiciéramos eco, desde nuestras columnas, de sus deseos, que no son otros que poner en claro un asunto algo delicado y que podría ser mal enjuiciado por la opinión.

El mencionado Comité afirma que la Oficina Jurídica ha entregado a diversos organismos la cantidad de 850.000 pesetas para poder cooperar a los fines de la lucha contra el fascismo y que puede demostrarse mediante la presentación de los documentos que lo comprueban.

En nuestra próxima edición podremos ampliar —según nos han asegurado nuestros amigos del Comité— esta declaración y saldrán de manifiesto los datos necesarios encaminados, si cabe, a reivindicar el buen nombre de un organismo que tan brillantemente ha actuado estos últimos meses. A cada cual lo suyo.

Al día siguiente pude enterarme del zarpazo, que por cierto no me indignó poco ni mucho, porque al papiretazo de cerbatana, podía yo contestar con un disparo de cañón y así lo hice, con la suerte de que todos los diarios ajenos a la intriguilla política acogiesen este comunicado mío:

Oficina Jurídica del Comité Revolucionario de Justicia de Cataluña.

¿ME PUEDO DEFENDER?

Acaso como penúltimo eslabón de la cadena de injurias que contra nosotros se ha lanzado, apareció ayer una nota oficiosa de la Consejería de Defensa de la Generalidad, en la que se dice no ser cierto que hayamos entregado ochocientas cincuenta mil pesetas para los gastos de la guerra, puesto que no las hemos entregado a dicha Consejería, única entidad autorizada para recibir todas las aportaciones.

Lo más urgente, por aquello de que sólo injuria quien puede, es averiguar la procedencia de la nota y para nuestra satisfacción y la de todos, sabemos ya de ciencia cierta que no procede del compañero Santillán ni del benemérito coronel Sandino. Procede de la xenofobia señorial, que es el lobanillo que nos salió a todos y principalmente a mí, desde que comenzó a actuar este organismo, autor de la única obra revolucionaria que se ha hecho en la retaguardia.

La rectificación he de hacerla en términos bien precisos:

No es de ochocientas cincuenta mil pesetas la cantidad entregada; rebasa de millón y medio, si se computan las sumas entregadas por las Oficinas Jurídicas de Gerona, Badalona, Granollers, etc.

No hace aún un mes que se publicó el decreto que declaraba la Consejería de Defensa único organismo encargado de recoger donativos para la guerra y como data de tres meses nuestra actuación, es obvio que durante dos meses pudimos dar a nuestra recaudación el destino que tuviéramos por conveniente en relación con la guerra.

Pero no lo hicimos. Instalados en el Palacio de Justicia por las Juntas de Defensa, a ellas rendimos puntual y documentalmente nuestras cuentas y ellas se hicieron cargo de nuestras aportaciones. Y como da la casualidad de que las Juntas de Defensa han entregado todas sus recaudaciones a la Consejería, ni el problema ni la cuenta pueden afectarnos de modo alguno. Por último, puesto que estas salidas de tono y estas transformaciones de los ministerios de Defensa en tertulias de ataque a los que no tienen más pistola ni más documento que un nombre no se pueden tomar en serio, voy a contar para su edificación al señorito de los manguitos verdes que lanzó la insidia, una

anécdota que a la vez convenza de que yo no estoy dispuesto a suicidarme como Salengro²¹:

En una taberna-restaurant de la calle de Alcalá, de Madrid, frente a la estatua de Espartero, tenían en la puerta a un lorito, y al que salía después de haber tomado un entrecot o un medio chico, le preguntaba con voz chillona:

—¿Has pagao?

Y eso ha hecho conmigo el señorito de los manguitos verdes que dio al público la nota de marras.

Yo creo que he pagado, y como diría Sancho, con setenas de vida, de salud y de prestigio, que estos tres meses me han consumido vorazmente; pero si hay alguien que opine lo contrario, puede acudir al Palacio de Justicia y pedir los justificantes al compañero Antonio Devesa, que ha sido el encargado de la caja, y los tiene primorosamente coleccionados.

Eduardo Barriobero y Berrán.

¿Habrá quien crea que mis palabras calmaron la tempestad de infamias?

Pues si alguien hay, que se confiese por lo menos tan ingenuo como yo, porque desde que apareció el sueltecito de la contaduría de la Consejería de Defensa, todos, hasta los que me han visto durante cuarenta años dar todo lo que he tenido y desdeñar toda ocasión de hacerme rico, ¡hasta mis amigos más íntimos! creyeron a pie juntillas que me había yo quedado con las ochocientas cincuenta mil pesetas y con muchas más.

¡Con qué acierto señalaba Jovellanos el peligro que suponen los necios avalados por los cargos públicos!

Comprendí desde luego que la guerra para mí estaba aquí, en Barcelona y no en Madrid y que aquí era en donde debía cavar mi trinchera.

21 Roger Salengro (1890-1936). Socialista, fue nombrado ministro del Interior por León Blum. Debilitado y deprimido tras ser acusado falsamente de desertión durante la Gran Guerra, se suicidó en noviembre de 1936. [Nota del editor digital.]

XIV.

Proyecto de un periódico en Francia. Cincuenta días esperando a los que piden mi cabeza. Resulta que hemos obrado bien. Desaparecieron las causas y quedaron 2.360 pleitos. De Embajador de la Generalidad a Fiscal de la República. Un fiscal, un hombre pálido y un complot separatista.

Fui a visitar al Sr. Tarradellas. Ingenuamente le señalé la conveniencia de hacer una gran propaganda de nuestra causa en el Mediodía de Francia, pues sus ciudades estaban llenas de fascistas, que nos habían ganado por la mano, y hasta llegaron a convencer a los Bancos de que el único dinero español legítimo era el estampillado por la gavilla de Burgos, hecho comprobado personalmente por mí.

Quedamos, al parecer, de acuerdo en la necesidad de hacer un periódico semanal en español y en francés en Perpignán, Narbona, Nîmes, Beziers o Marsella, y en que yo lo dirigiría recibiendo al efecto instrucciones y notas del Gobierno Regional. Únicamente dudé un poco de la buena fe de mi interlocutor, cuando me dijo que, para concretar, le visitara ocho días más tarde.

Después, cuando advertí la campaña de difamación contra nosotros emprendida, agradecí el plazo que habría de permitirme acudir durante ocho días consecutivos al Palacio de Justicia, para ofrecer mi cabeza a los que, según al público se decía, iban a ir a pedirla en sufragio y rescate de las muchas culpas de la Oficina.

Circunstancias que después explicaré me han determinado a acudir no ocho, sino cincuenta días seguidos al lugar de mis pecados, en el que sólo he oído felicitaciones por mi actuación y al que nadie acudió en queja contra la obra del Tribunal de mi presidencia

El que había causado víctimas de todas clases, el que se había llevado a Francia todo el oro de Cataluña, el que había explotado en su provecho el terrorismo judicial, por el contrario de lo que hacen los ladrones, según la observación cervantina, que jamás vuelven al lugar en donde hacen el salto, permaneció en su sitio, accesible para todos, hasta que adquirió la más firme convicción de que ni aun los propios maldicientes creían lo que decían.

Durante estos cincuenta días han acaecido muchas cosas. Los cuatro jueces profesionales designados por el Consejero para que se hiciesen cargo de la Oficina, que habían entrado en nuestra Sala mirándonos como reos y como presuntos presidiarios, el día 1 de Diciembre elevaron al camarada Nin el siguiente:

INFORME

elevado al Consejero de Justicia por los Jueces a quienes éste encargó de liquidar la Oficina Jurídica,

Honorable señor

El delegado de esta Presidencia y los Jueces designados para proceder a la liquidación de los asuntos de la disuelta Oficina Jurídica, después de haber procedido al inventario de lo existente en la mencionada Oficina y al reparto entre los mismos de los expedientes de aquella en número de 590 para cada uno de los cuatro Juzgados, han examinado dichos expedientes, encontrándose como consecuencia de tal examen con graves dificultades para el cumplimiento de la misión que les ha sido encomendada, que difícilmente podrán ser superadas si se han de seguir las normas de la actual tramitación procesal vigente, y que, por el contrario, serán de fácil superación si se dictan las disposiciones pertinentes aclaratorias del Decreto de disolución de la Oficina Jurídica,

normas que permitan sin perjuicio de la Justicia, llegar satisfactoriamente para todos los interesados a la definitiva liquidación de la disuelta Oficina Jurídica, que es la misión que nos ha sido encomendada.

Cuatro son los puntos esenciales sobre los que los Jueces que suscriben estiman necesario consultar a la Superioridad:

- A) Validez y eficacia de los fallos dictados por la Oficina Jurídica.
- B) Ejecución de dichos fallos.
- C) Tramitación de los asuntos pendientes de fallo, y
- D) Competencia.

A) Validez y eficacia de los fallos dictados por la Oficina Jurídica.

Por el Decreto de 17 de Agosto precedente de la Consejería de Justicia, fue creada la Oficina Jurídica, la cual, según el referido Decreto, tenía por objeto resolver las consultas que se le formularan y proceder a la revisión de todos los procesos penales y de carácter social seguidos en el territorio de Cataluña.

La intensidad del movimiento revolucionario, la necesidad de dar inmediata reparación a muchas injusticias cometidas, reparación solicitada en la Oficina Jurídica, motivó, sin duda, que ésta, en su anhelo de servir la causa del proletariado rebasara tal vez los límites de las facultades que se le concedían en el Decreto de su creación y dictara resoluciones y fallos a los que atribuía carácter obligatorio.

Por Decreto de 18 de Noviembre próximo pasado, fue disuelta la Oficina sin establecer nada en contra de la validez de las resoluciones dictadas por aquélla, situación que motiva una duda por lo que se refiere a la eficacia de tales resoluciones, hasta el punto de que ya el Comisariado de la Vivienda ha interesado que se le haga saber qué fuerza pueden tener las aludidas resoluciones, por lo que, teniendo en cuenta, por una parte, que el Decreto de disolución de la Oficina Jurídica reconoce el celo innegable empleado por la misma y por otra el estado de hecho creado por tales fallos o resoluciones, muchos de los cuales han sido ya totalmente cumplidos y otras están en vías de ejecución, no es difícil estimar que la revisión o el incumplimiento de los mismos produciría con toda seguridad graves complicaciones que, posiblemente, se evitarían reconociendo y declarando la obligatoriedad de dichos fallos o resoluciones.

B) Ejecución de los fallos.

Unos ya están cumplimentados y en los pendientes de cumplimiento, así como en los que puedan dictar los Jueces encargados de la liquidación de la Oficina Jurídica, para el mejor cumplimiento de los mismos, cabría dar amplias atribuciones a los Jueces encargados de tal cumplimiento para proceder a su ejecución dentro de las prescripciones del procedimiento de apremio, con libertad para simplificar sus trámites y en los casos en que se opusiere resistencia a su cumplimiento, disponer que intervenga en las diligencias de cumplimiento la organización sindical a que pertenezca el control obrero de la intervención, dirección, gerencia, etc., de la casa, empresa, o particular condenado.

C) Tramitación de los asuntos pendientes de fallo.

La Consejería de Justicia de la Generalidad de Cataluña, atenta a la vida actual y a la necesidad de que la Administración de Justicia marche al unísono del movimiento revolucionario, dictó el Decreto de 18 de Septiembre, por el que se facultó a los Jueces y Tribunales de Cataluña para actuar ampliamente en la interpretación y aplicación de las leyes; tanto substantivas como procesales; pero la índole de las reclamaciones

formuladas a la Oficina Jurídica, la forma de las mismas y el ritmo acelerado que aquella llevaba, hacen difícil que la tramitación de las mismas encaje dentro del marco de las normas del Decreto de 18 de Septiembre, por amplias que aquellas sean y por bien que respondan a las exigencias normales del tiempo en que vivimos, y por eso, para la rápida tramitación de los asuntos pendientes, procedentes de la Oficina Jurídica, sería conveniente que los Jueces tuviesen las facultades necesarias para proferir fallos según su conciencia, después de haber reunido los elementos de juicio que estimasen convenientes para formar criterio con respecto al asunto a discutir.

Asimismo habría de aclararse y resolverse lo referente a las apelaciones pendientes de resolución contra los fallos de la Oficina Jurídica, que resolvía el pleno de la misma, y los que se puedan interponer contra los Jueces encargados de la liquidación de aquella, precisando el Tribunal u organismo que deba resolverlas y el término para la interposición y resolución.

D) Competencia.

Ante la Oficina Jurídica se presentaban asuntos hoy pendientes de resolución, que corresponde ahora a los Jueces encargados de la liquidación de dicha Oficina, muchos de los cuales en la legalidad vigente no son de la competencia de los Juzgados de 1.^a Instancia encargados de dicha liquidación; unos por razón de la cuantía, ya que no llegaban a la de mil pesetas y corresponderían, por tanto, a los Juzgados Populares, y otros por razón de la materia, que habrían de corresponder a los Jurados Mixtos o Tribunal Industrial, siendo necesario para dictar fallo en tales asuntos remitirlos para su resolución al Tribunal o al organismo competente.

* * *

Estos son los principales puntos dudosos referentes a los que los Jueces que suscriben y el Delegado de esta Presidencia elevan a la Superioridad consulta, sugiriendo al mismo tiempo la manera en que creen que se podrían resolver, cuyas sugerencias someten al mejor criterio de esta Presidencia, dispuestos a acatar sus resoluciones.

Barcelona, 1 de Diciembre de 1936.

Honorable Sr. Presidente de esta Audiencia.

Y como era de esperar, el Consejero de Justicia lo acogió en esta

ORDEN

Por Decreto de 17 de Agosto de 1936 y Origen de 8 de Septiembre del mismo año, fueron creadas en Barcelona, Tarragona y Gerona unas Oficinas Jurídicas encargadas de resolver gratuitamente las consultas que se les formularan verbalmente o por escrito por las organizaciones obreras relativas a la aplicación e interpretación del nuevo Decreto y también quedaron facultadas para proceder a la revisión de todos los procesos penales y de carácter social seguidos en el Territorio de Cataluña, con el fin de reparar las injusticias cometidas. Asimismo se les autorizaba para nombrar el personal auxiliar necesario de entre el que prestaba servicio a la Administración de Justicia.

Disueltas por Decreto de 18 de Noviembre de 1936 las Oficinas jurídicas, al hacerse cargo el organismo competente de sus asuntos, se ha encontrado con el hecho de que aquellas, además de las facultades a que se refiere el Decreto de su creación, se habían otorgado la de resolver cuestiones de toda índole, para lo que no estaban facultadas.

Cabría, pues, declarar nulas todas las actuaciones llevadas a cabo por las Oficinas Jurídicas que resolviesen asuntos para lo que no estuviesen facultadas; pero en momentos revolucionarios como los que vivimos, es preciso enfocar las cuestiones de hecho en forma tal que lesionen el mínimo de intereses legítimos, sin perjuicio de la revolución ni de la legalidad revolucionaria.

En consecuencia,

He resuelto:

Primero: Quedan facultados los jueces de Primera Instancia de los Juzgados números 7, 8, 11 y 14 de Barcelona para resolver las actuaciones pendientes de la Oficina Jurídica y dar fuerza legal a las resoluciones no ejecutadas que hubiesen dictado, siempre que se adapten a las exigencias revolucionarias de los momentos presentes, de acuerdo con el espíritu que informa el Decreto de 18 de Septiembre de 1936 y concretamente expresa su artículo 1.º, procediendo a su ejecución de acuerdo con el artículo 2.º del mencionado Decreto.

Segundo: En cuanto a los asuntos pendientes de resolución o ejecución, procedentes de las delegaciones de la Oficina Jurídica de Barcelona, Badalona, Granollers, Mataré o cualquiera otra que pudiese existir, serán resueltas y ejecutadas por los Jueces de Primera Instancia correspondientes en la forma expresada en el art. 1.º

Tercero. En cuanto a los asuntos pendientes de resolución o ejecución de las Oficinas Jurídicas de Gerona y Tarragona y, en su caso, las Delegaciones, serán resueltas y ejecutadas en la misma forma expresada en el art. 1.º por los respectivos Jueces de Primera Instancia.

Cuarto: Contra las resoluciones que dicten los Juzgados de Primera Instancia como consecuencia de lo expresado en los artículos anteriores, se podrá interponer recurso de revisión ante la Sala Primera de esta Audiencia, en el término de los tres días siguientes a la notificación de la resolución y se habrá de resolver en el término de quince días a partir de la misma fecha. Contra las resoluciones que ordenen la ejecución de una decisión, no se dará recurso alguno.

Quinto: En cuanto a los resguardos de depósitos de fianzas ocupados por las disueltas Oficinas Jurídicas, y en su caso por las Delegaciones, se transmitirán a los Juzgados de origen y éstos, previa comprobación de que no existen cargos contra los afianzados, devolverán la correspondiente fianza al fiador y darán cuenta inmediatamente al Presidente de la Audiencia Territorial de haberlo hecho así.

Sexto: El Presidente de la Audiencia Territorial queda autorizado para dictar las órdenes complementarias de esta disposición.

Barcelona, 12 de Diciembre de 1936.

El Consejero de Justicia, *Andrés Nin*.

(*Boletín Oficial* núm. 350, del 15 de Diciembre de 1936).

Como se ve, en el aspecto jurídico quedaban canceladas nuestras cuentas. Habíamos obrado bien y con acierto puesto que nuestros fallos eran válidos y ejecutivos.

Pero quedaban aún flotando sobre nosotros los cargos de orden moral y de orden económico. Me sentía obligado yo a esperar más tiempo para que hasta los más perezosos pudieran venir a inculparnos en serio o a practicar el examen de cuentas al que les invité en mi comunicado.

Tres días después de mi entrevista con el honorable Sr. Tarradellas, cuando menos lo esperaba, me llamó al teléfono desde Valencia mi antiguo y excelente amigo Sánchez Roca, Subsecretario de Justicia en el Gobierno nacional.

—Puesto que usted ha terminado ahí su misión, hemos acordado —me dijo— que sea Fiscal de la República. Venga a Valencia lo antes posible.

—¡Pero cómo quiere usted que sea yo Fiscal, si he sido el polo opuesto durante toda mi vida!

—Las circunstancias mandan y nadie tiene ahora derecho a negarse a servir la República. Le espero aquí mañana mismo. Si no viene, García Oliver está dispuesto a traerle conducido.

—Deme siquiera un plazo de ocho días, para dejar ultimado todo lo concerniente a la Oficina Jurídica.

—Está bien; pero vea si puede abreviar el plazo.

Cualquier otra cosa me hubiera gustado más que ser Fiscal de la República; pero no estamos en tiempos propicios para elegir, como me hizo observar Sánchez Roca.

Volví a ver a Tarradellas y como ya sabía confidencialmente que la Generalidad había desistido de encomendarme la misión en el extranjero —tal vez en vista de que no había suscitado dificultades ni conflictos la disolución de la Oficina—, antes de que me hablara, le atajé:

—Vengo a devolver a usted su promesa y a declinar su generoso ofrecimiento; el Gobierno nacional me ha nombrado Fiscal de la República y yo prefiero servir a España sin pasar sus fronteras en estas circunstancias.

Yo esperaba ver en su cara una sonrisa de satisfacción motivada por la gratitud al sentirse libre del compromiso que conmigo había contraído; pero sin poder explicarme de momento la causa, le vi palidecer horriblemente, como si le hubiese disparado mis palabras con una ametralladora.

Abrevié la entrevista y salí de su despacho sin poder explicarme aquel fenómeno.

Yo que de ordinario tengo el sueño difícil, aquella noche la pasé en vela, y, cuando amanecía, no sé si la conciencia o el subconsciente me apuntó:

—¿Tendrán relación la palidez de Terradellas, mi cargo de Fiscal de la República y el complot separatista que, según dicen, acaba de descubrirse y encubrirse en estos días?...

XV.

**El complot separatista fue una cosa seria. Mi nombramiento. Mi toma de posesión.
El cese de mi antecesor. Un permiso de ocho días. Mi nombramiento se tiene por
no hecho. Lo que cuesta la gloria de haber presidido un Tribunal Revolucionario.**

Lo del complot separatista —y dejó la responsabilidad de la versión a las personas de alta autoridad y acrisolada solvencia que me la dieron— fue una cosa seria.

Sabido es que Dencás antes o muy poco después de iniciado el movimiento fascista, probablemente antes, se situó en Italia, y se puso al habla con el Gobierno de Mussolini. Trataron de la posibilidad de parodiar la política nacionalista de Masarik y Benes, cuando la Guerra Europea, que llamando hábilmente a las cancillerías obtuvieron consentimientos y auxilios para retirar sus fuerzas del frente germánico y en el momento adecuado escindir de Austria y proclamar la gloriosa República Checoslovaca, pero el émulo se convirtió en parodista grotesco y no pudo pasar de hacer la promesa, que fue bien acogida de retirar las fuerzas catalanas de los frentes de la Guerra Civil y proclamar la República Catalana a cambio de que ésta fuera respetada por los rebeldes y sus valedores.

Los planes de Dencás encantaron al sector estúpido en la política catalana, que se solidarizó con ellos y comenzó a ponerlos en práctica.

Todo habría de realizarse a base de asesinatos, principalmente de hombres destacados de la C. N. T, y la parte sangrienta de la conflagración fue encomendada a un asesino que ejercía el cargo de Jefe Superior de Policía —Revertés— y era tan nativamente asesino, que ensayó su programa con el asesinato de su suegra, por fortuna frustrado.

El complot fue descubierto a tiempo, pero aún lo tuvieron los separatistas, sus piadosos valedores en el Gobierno Regional o en sus aledaños para secuestrar la documentación y liquidar la villana tentativa con la muerte de Revertés y la expulsión de Juan Casanovas, Presidente del Parlamento Catalán y ex-Presidente del Consejo de la Generalidad, a quien antes de salir obligaron a dejar manuscrita y firmada una explícita confesión de su culpa.

Dentro de la semana en que acaeció todo esto fui yo nombrado Fiscal de la República y hasta el lector más ingenuo puede calcular la terrorífica estupefacción que el hecho había de producir en los que me conocían como republicano federal y enemigo, por tanto, de todos los separatismos, y me desconocían como hombre generoso y un poco escéptico, propicio indudablemente a olvidar del todo o a no ligar, por lo menos con un cargo de autoridad aquel desplante de Casanovas, con el que anunció que su Gobierno en pleno plantearía la crisis si se le obligaba a darme posesión de la Presidencia de la Territorial.

Como Fiscal de la República podía iniciar mi actuación con la apertura de un gran proceso nacional en el que, además, podía derramar unas gotitas de bilis perfectamente lógicas y justificadas.

Transcurrió la semana, durante la que acudí todos los días, mañana y tarde, al Palacio de Justicia para oír y acoger cuantas quejas se formularan contra la Oficina Jurídica, sin que llegara a mí otra cosa que una lluvia de felicitaciones, como en los días anteriores.

Abrevié en un día el plazo convenido con el Subsecretario de Justicia, Sánchez Roca, y con el fin de tomar posesión de mi cargo, marché a Valencia, acompañado de varias comisiones de amigos y correligionarios.

Llegamos un sábado por la noche y para mi posesión encontramos la dificultad de que el día siguiente era festivo; pero la buena voluntad del Ministro García Oliver y del Subsecretario lo

allanaron todo. Así, a las dos de la tarde del domingo, salía yo de Valencia con mis amigos en posesión de tres documentos que copiados a la letra dicen:

Ministerio de Justicia.

El Excmo. Sr. Presidente de la República, se ha servido expedir con esta fecha el Decreto siguiente:

De acuerdo con el Consejo de Ministros, a propuesta del de Justicia y de conformidad con lo dispuesto en el art. 10 del Estatuto del Ministerio Fiscal, vengo en nombrar Fiscal General de la República a Don Eduardo Barriobero y Herrán.

Lo que traslado a usted para su conocimiento y demás efectos.

Valencia, 28 de Noviembre de 1936.

El Subsecretario, M. Sánchez Roca. (Rubricado).

Sr. Don Eduardo Barriobero Herrán.

(Hay un sello con escudo que dice: “República Española—Ministerio de Justicia”).

ACTA:

(Se repite el sello transcrito).

En la ciudad de Valencia a veintinueve de Noviembre de mil novecientos treinta y seis, en el edificio del Ministerio de Justicia y a presencia de D. Mariano Sánchez Roca, Subsecretario del Departamento, por ausencia del Sr. Ministro, se procedió al acto de la toma de posesión del cargo de Fiscal General de la República por Don Eduardo Barriobero Herrán, nombrado para el mismo en virtud de vacantes por dimisión del que lo desempeñaba, D. José Vallés Fortuño.²²

El señor Barriobero aceptó y prometió cumplir fielmente con las obligaciones que el cargo le impone, levantándose la presente acta por triplicado.

E. Barriobero.—José Vallés.—M. Sánchez Roca.—Luis Cordero Bel.—José Batlle. (Y otras firmas ilegibles, todas con rúbrica).

Para mayor garantía se me facilitó este tercer documento:

Ministerio de Justicia.

(El mismo sello).

22 Con este roedor de Considerandos me pasaron cosas que hubiesen conmovido a un ortodoxo de la “jettature”. Cuando en Madrid, en el despacho del Ministro de Justicia, Blasco Garzón, se disponía éste a firmar mi nombramiento de Magistrado del Supremo, puesto que para ello reunía todas las condiciones prescritas por la ley Orgánica, el señor Vallés Fortuño allí presente se opuso con tal tenacidad, que acaso no venció al Ministro; pero sí agotó mi paciencia hasta lograr que saliera del despacho ministerial renunciando a todo.

En Valencia, desempeñaba el cargo de Fiscal General de la República y debía darme posesión; avisado para ello oportunamente se resistió de tal modo que Sánchez Roca casi tuvo que traerlo detenido al Ministerio.

Me dio posesión sin ocultar su disgusto y sin poderse resistir a preguntarme por qué tenía tanta prisa en tomarla, y ante el hecho consumado, me dijo con despecho evidente:

—Abajo tiene usted los dos coches, el de la Fiscalía y el de escolta; puede usted disponer de ellos desde este momento.

—Sin que usted me lo diga —le repliqué—; pero por de pronto en toda esta semana no los necesito y después, cuando venga a incorporarme al cargo, creo que tampoco los necesitaré.

Comentamos todos la impertinencia del roedor de Considerandos; pero luego pensé: este hombre que entorpeció el designio del Ministro anterior, y trató de sabotear el del actual, ¿estaría en el secreto de lo que se trataba de hacer conmigo y trató de evitar al Gobierno la plancha y a mí el disgusto?

Si así es, se lo agradezco muy cordialmente, puesto que al dominio del Fiscal corresponde el mundo de las intenciones.

El Excmo. Sr. Presidente de la República se ha servido expedir con esta fecha el Decreto siguiente:

De acuerdo con el Consejo de Ministros, a propuesta del de Justicia, y de conformidad con lo dispuesto en el Estatuto del Ministerio Fiscal, vengo en nombrar a D. José Vallés Fortuño Fiscal General con el haber anual de 26.000 pesetas, para el cargo de Inspector Fiscal, vacante por jubilación de D. Luis Piernavieja.

Lo que traslado a usted para su conocimiento y demás efectos.

Valencia, 28 de Noviembre de 1936.

El Secretario, M. Sánchez Roca.(Rubricado).

Sr. Fiscal General de la República.

Antes de salir de Valencia recabé del Ministro y del Subsecretario un permiso de ocho días, que ambos se obstinaban en negarme; pero los convencí, alegando principalmente mi necesidad de ir a Francia para recoger documentos de los que no quería separarme mucho y dar algunas conferencias de propaganda antifascista, a lo que de antemano estaba comprometido.

Salí, en efecto, para Francia, acompañado de varios amigos el día 1 de Diciembre y deseoso ante todo de cumplir las obligaciones de mi cargo, precipité mis quehaceres y el día 4 regresamos todos a Barcelona.

Al llegar a mi casa supe que Sánchez Roca me había llamado a conferencia telefónica; lo interpreté como un nuevo requerimiento a incorporarme al cargo y decidí marchar a Valencia en el primer tren que saliera en el día siguiente.

Muy de mañana, cuando me disponía a salir de casa para despedirme de los amigos y dejar en los centros oficiales, que personalmente no me hubieran agraviado, una de las flamantes tarjetas de Fiscal General de la República que me había mandado hacer, me llamó nuevamente Sánchez Roca y en el tono doliente de su saludo, vislumbré que algo extraordinario pasaba.

Me adelanté a decirle:

—No se preocupe por mí. Me figuro que me han destituido y que puedo ahorrarme el viaje.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Absolutamente nadie. Es que conozco el paño.

—Destituirle no. Como el nombramiento no ha salido en la *Gaceta*, lo dan por no hecho.

—¿Y la causa? ¡Qué digo causa, si ni el propio Doctor Sutil podría inventarla! ¿Y el pretexto?

—Al pobre García Oliver, que es un buen amigo de usted, lo han abrumado con los escándalos de la Oficina Jurídica. Yo iré pronto por ahí y hablaremos de todo. Es más, tengo confianza en que esto se arreglará...

—No lo intente, se lo ruego en nombre de nuestra buena amistad.

Inmediatamente salí para poner la noticia en conocimiento de mis amigos, especialmente de los que habían presenciado mi toma de posesión.

En el acto resolvieron marchar a Valencia para entrevistarse con el Ministro, pero les hice ver que como la anulación de mi nombramiento estaba determinada por “los escándalos de la Oficina Jurídica” debieran llevar documentación reivindicatoria, ya que tan abundante la teníamos.

Y aplazaron para el día siguiente la salida.

En el camino pudieron convencerse de que llevaban perdido el pleito, si leyeron la Prensa de la mañana, pues ya en ella se decía piadosamente que yo no había aceptado el cargo, y mientras unos periódicos lo adjudicaban a Sanblancat, en virtud de sus altas dotes, su larga historia, etc., para otros era el candidato Ortega Gasset, quien con mayor ahinco, tenacidad y éxito que nadie, había defendido a los perseguidos de la C. N. T. y la F. A. I.

Véase cómo me pude enterar rápidamente de que los 80 días de mi actuación en el Tribunal Revolucionario consumieron mi probidad, mi honradez y mi sentido moral, y de que en los aledaños del cargo de Fiscal de la República perdí la inteligencia, la historia y la vana ilusión de haber defendido durante 35 años los perseguidos de la C. N. T. y la F. A. I.

Volví los ojos sobre mí mismo y como me encontré con ánimo y energía para hacerme otra reputación de hombre probo y honesto, otra fama de inteligente y otra ilusión de que los luchadores del pueblo habrían de seguir necesitando defensores, respiré fuerte, pisé fuerte y le dije a mi espíritu, durante unas cuantas horas contristado:

—¿Pero es que creías que te iba a salir de balde la gloria de haber presidido en España el único Tribunal Revolucionario?

XVI.

Gestiones de una Comisión. Documentación aplastante. ¿Hemos malversado diez y ocho céntimos? Promesas, palmaditas y flores de almendro. Psicosociología del odio. Recuerdo de Praga. Una de ladrones... mentecatos. Fórmula secular de Gobierno.

La nueva Comisión que fue a Valencia para poner en claro lo de los escándalos en la Oficina Jurídica estaba compuesta de representantes del Comité Regional C. N. T.-F. A. I. y de miembros del Partido Federal; de éstos, porque como habían seguido con el natural interés mi actuación desde que llegué a Barcelona, no se avenían a tolerar la injusticia de que me hacía objeto el Gobierno; y de aquéllos porque García Oliver, antes de elevar mi nombramiento al Consejo de Ministros de 28 de Noviembre, que lo aprobó por unanimidad, lo consultó con el Comité Regional que no sólo hubo de aprobarlo en igual forma, sino que además le felicitó por su acierto.

Con los documentos copiados en el capítulo noveno, llevó la Comisión los siguientes:

Un recibo que dice:

Generalitat de Catalunya.

Comité Central de les Milicies antifeixistes.

Este Comité ha recibido de la Comisión Jurídica del Palacio de Justicia 25.000 pesetas (veinticinco mil pesetas) con destino a las Milicias.

El Comité Central, Ricardo Sanz (Rubricado).

Barcelona, 3 de Septiembre 1936.

(Hay un sello: "Milicias antifascistas de Cataluña.—Comité Central.—Organización.—Barcelona.)

Otro con los mismos membretes y sello y este contenido:

Recibimos de la Oficina Jurídica de ésta, la cantidad de veinticinco mil pesetas para efectuar pagos de material de propaganda.

Pesetas / 25.000'00 /.—Barcelona, 17 de Octubre de 1936.—*Consejería de Defensa de Cataluña*²³, Sección de Milicias.—Barcelona.—Por Delegación.—Ricardo Sana.

Del Comité de Defensa Confederal de Barcelona, Vía Durruti, 32 y 34, cuatro *recibos*, que en conjunto representan la suma de *trescientas cincuenta mil pesetas*.

Otro expedido por el Comité de Defensa de la Barriada del Centro, por pesetas *cincuenta mil*.

Veinte recibos más de distintas entidades colaboradoras en la lucha antifascista, que en conjunto representan pesetas doscientas un mil doscientas setenta y cinco pesetas.

En total de donativos para la Guerra justificados y documentados, novecientas una mil doscientas setenta y cinco pesetas.

Un acta sellada y firmada por el Comité de Defensa de las Barriadas del Centro C. N. T.-F. A. I., que como queda dicho fue el que se incautó del Palacio para entregarlo al Comité Revolucionario de Justicia, que dice así:

23 Véase la nota de la Consejería de Defensa transcrita en el capítulo XIII.

En Barcelona, a 22 de Noviembre de 1936, presente en esta Oficina una Comisión del Comité de Defensa del Centro, examina las cuentas rendidas por el Comité Revolucionario de Justicia y encontrándolas conformes, se hace cargo de lo siguiente:

Una relación de fianzas cobradas de Hacienda que asciende a pesetas	73.139
Un depósito para pagar accidentes de la Compañía Omnia	7.143
Otro en el mismo concepto para tranvías	1.800
Metálico existente en caja	18.000
Total (ptas.)	<u>100.082</u>

Queda en poder del Comité de Justicia para atenciones imprevistas a liquidar y justificar con facturas o recibos, dos mil ochocientas pesetas.

Se entrega asimismo a la Comisión cuatro cajas conteniendo varias alhajas de poseedor ignorado para que las entregue a los reclamantes previa justificación.

De los papeles y documentos de la Oficina Jurídica, se hará cargo el Presidente de la Audiencia.

La Oficina Jurídica advierte a la Comisión que en la Hacienda está diligenciando el cobro de fianzas por valor de un millón de pesetas aproximadamente, de las que deben cobrar el quince por ciento, puesto que la Oficina Jurídica ha satisfecho los derechos reales.

Y asimismo, que diligenciado por la Oficina el cobro del premio mayor correspondiente a cinco décimos de la Lotería de la Ciudad Universitaria, deben cobrar de este premio con destino a la guerra el diez por ciento y el importe de las participaciones de los que no se presenten.

Siguen las firmas y los sellos.

Una libreta, que fue a la vez nuestro Diario, Mayor y Caja, abierta por mí, a quien no llamaron en calidad de Contable, en 1.º de Septiembre, y cerrada en 22 de Noviembre, en la que constan minuciosamente detallados nuestros ingresos y nuestros gastos.

Al final de los meses de Septiembre y Octubre y a continuación de los asientos de 22 de Noviembre, consta la censura y aprobación de las cuentas, hechas por el Comité de Defensa del Centro, con la asesoría de un Contable que yo pedí al Sindicato Mercantil, el que desempeñó su cometido con tal escrupulosidad que en los asientos de Noviembre nos encontró en la data un error de *diez y ocho céntimos* y lo rectificó.

¡Qué malas migas hubieran hecho con Mirabeau los revolucionarios de 1936!

Un documento aval, que yo no conocí hasta el regreso de la Comisión, en el que textualmente se dice:

C. N. T.-A. I. T.-F. A. I.—Comité de Defensa Confederal de Barcelona.—Vía Layetana, 32-34, entlo.—Barcelona, 7 de Diciembre de 1936.—Por la presente aseguramos que la campaña realizada contra el compañero Barriobero carece de fundamento en las acusaciones lanzadas contra él. Al quedar el Palacio de Justicia bajo el Control de la Barriada, ésta controló todo el movimiento económico del mismo, habiendo intervenido este Comité en las revisiones, sin que se encontrase nada reprobable en las mismas. Lo que hacemos constar para los efectos pertinentes.

El documento lleva tres sellos que dicen:

C. N. T.-F. A. I.—Comité de Defensa de la Barriada del Centro.—Barcelona.

C. N. T.-A. I. T.—Federación Local de Sindicatos Unicos.—Comité.—Barcelona.

C. N. T.-A. I. T.-F. A. I.—Comité de Defensa Confederal de Barcelona.

Varias cartas de numerosas entidades confederales que se solidarizaban con mi actuación y que no reproduzco a causa de los elogios que en ellas se me prodigan.

Un estado de cuentas, tomado de la libreta de la Oficina por los contables requeridos al efecto:

Oficina Jurídica de Cataluña

GASTOS.

Septiembre

Personal, investigación y socorros	32.780
Material, reparación de coches y bencina	8.765
Donativos para la Guerra	250.000

Octubre

Personal, investigación y socorros	49.514
Material, reparación de coches y bencina	11.055
Donativos para la Guerra	400.000
Pagado a Hacienda por Derechos Reales	695

Noviembre

Personal, investigación y socorros	40.410
Material, coches y bencina	76.789
Donativos para la Guerra	251.275
Derechos Reales	6.872
Total de gastos	<u>1.078.155</u>
Suma anterior	1.078.155
Entregado al cesar	<u>100.082</u>
Total	<u>1.228.237</u>

(Huelga decir que de todas estas inversiones conservó y presentó la Oficina recibos y facturas.)

Ingresos

Diez por ciento de cuatro millones seiscientas cuarenta mil doscientas cincuenta pesetas, cobradas para pagar indemnizaciones de accidentes, despidos, horas extraordinarias y liquidaciones de préstamos usurarios	464.025
Donativos recibidos para la Guerra	114.212
Multas cobradas	650.000
Total	<u>1.228.237</u>

Siguen los sellos y las firmas.

A duras penas pude conseguir que la Comisión no llevase a Valencia una comunicación así redactada:

AJUNTAMENT DE SABADELL

Comité Comarcal d'Ajut als refugiats.

Este Comité, en reunión celebrada el día 12 del corriente, acordó hacer constar en acta la satisfacción producida por el donativo de mil pesetas que hizo usted tan

generosamente en favor de los niños refugiados en nuestra ciudad, procedentes de los frentes de lucha contra el fascismo.

Lo que me place comunicarle a usted a los efectos consiguientes.

Sabadell, 16 de Noviembre de 1936.

El Alcalde Presidente: Ilegible.

(Hay un sello que dice: “Comité Comarcal d’Ajut als refugiats, Sabadell”).

Ciudadano Eduardo Barriobero Herrán. Barcelona.

Y con esta comunicación, los justificantes de haber dado destino benéfico similar a las tres pagas que de la Generalidad cobré, así como los de no haber cobrado más que ochenta y cuatro pesetas semanales, como los demás milicianos.

La Comisión regresó de Valencia sin haber logrado otra cosa sino una de esas vagas promesas que acompañadas de palmaditas en la espalda, saben prodigar los políticos de todos colores. Deshecha con pruebas irrefutables la calumnia, me reintegrarían a la Fiscalía. Si el Gobierno en el intervalo había adquirido compromiso con otra persona, me nombrarían Presidente de una Sala del Supremo. Y si yo, conocedor de idiomas y con suficiente preparación jurídica, prefería una Embajada, la tendría en el acto...

Mis amigos, menos conocedores que yo de estos juegos políticos, que sugirieron a Castelar una de sus copiosas metáforas: “Los políticos son como los almendros; en la Primavera se cubren ostentosos con las flores de la promesa; pero a la hora de fructificar...” quedaron convencidos y acaso lo estén aún, de que mi esfuerzo, mental, físico y moral en el Tribunal Revolucionario de Cataluña iba a ser reconocido y justamente premiado. Yo, ni un momento llegué a creerlo y, por el contrario, siempre temí que acaeciera lo que efectivamente acaeció con la Fiscalía: que quienes asintieron a mi nombramiento lo hicieron sólo para darse el gusto de destituirme y que mis treinta y cinco años de servicios a la C. N. T. no me hicieron merecedor de que los cuatro Ministros de la C. N. T. pidieran siquiera un plazo de horas para advenir las imputaciones que se hacían contra mí.

¿Motivo de todo esto? No lo hay. Los odios que tienen motivo, cesan cuando media una explicación, o los cancela el tiempo; los odios inmotivados son eternos.

Al día siguiente de regresar de Valencia la Comisión, publicó la *Gaceta* el Decreto por el que se nombraba a D. Eduardo Ortega y Gasset, Fiscal General de la República.

Al saberlo en firme, me sentí como libre de una pesada carga. Por mi memoria pasaron como un relámpago aquellas amargas palabras con que Jovellanos, lamentaba entrar al servicio del Estado.

Después mi imaginación se enredó en este monólogo:

Quedamos en que al cabo de ocho días de haber sido Fiscal de la República ya no soy Fiscal de la República.

El haberlo sido me proporciona la misma satisfacción que el haber estudiado la carrera de Medicina: ni como Fiscal, ni como Médico he hecho daño a nadie.

¿Por qué tendrá la gente tanto empeño en que yo sea funcionario público cuando en realidad no he nacido para ello?

¿Por qué debilidad de mi voluntad firme y bien templada aceptaría yo los cargos de Presidente de la Territorial de Barcelona, primero, y de Fiscal de la República después? ¿Es que se ha quebrantado en mí aquella firmeza que me determinó a no ser Ministro de la Monarquía con D. Antonio Maura?

No; no se ha quebrantado; es que creo, aún después de lo que me ha ocurrido, que mientras dure la guerra, cada uno tiene que hacer lo que le manden y ser lo que quisieran que sea los que tienen la obligación y la responsabilidad de la victoria.

Pero este afán que muestran los políticos profesionales e indocumentados en despojarme de los cargos y las funciones que la opinión me encomienda, con o sin acierto, me recuerda una anécdota que viví hace ya muchos años en Praga.

Viajaba por Europa con unos buenos amigos, que siguen siéndolo porque no llegaron a Ministro Pommery ni a Ministro Codorniu. Tomábamos café en la terraza de uno de los de Génova y nos abordó un buhonero para ofrecernos unos alfileres de corbata, brillantes perfectamente tallados y montados al aire. Estoy seguro de que al propio Lacloche le hubieran dado el camelo. Compré cuatro por una lira, los repartí entre mis amigos y me prendí el mío.

Días después llegamos a Praga; una noche, luego de haber cenado en *Hotel de Ville* caímos en el cabaret Bi-Ba-Bo. En aquella fecha en Europa para el personal femenino de esos lugares, todo el que no era francés, inglés o alemán, era sin duda alguna un americano cargado de dólares papel o de áureos bolívares. Nos dejamos querer y no quisimos deshacer el equívoco de nuestra procedencia. Como la conversación se hizo interesante quisimos prolongarla y a la hora de cerrar el cabaret preguntamos en dónde podíamos tomar, en privado, una botella de buen vino con nuestras interlocutoras y el camarero nos introdujo en un túnel completamente oscuro que desembocaba en el lugar solicitado.

Cuando nos levantamos, oí que cuatro sujetos de no muy buena pinta, pagaban su consumo en una mesa vecina de la nuestra y nos tomaban la delantera para entrar en el túnel. Habríamos andado unos cincuenta pasos, y aún no se vislumbraba la salida, cuando noté que una mano avanzaba entre las sombras hasta mi corbata y suavemente me despojaba de mi alfiler. Al llegar a la luz comprobé que no lo tenía y lancé una carcajada homérica... aunque el alfiler me había costado más que entre las dos credenciales de funcionario que he tenido en toda mi vida.

Al recordar durante la Guerra y la Revolución con estos dos motivos de singular analogía la anécdota de Praga, volví a vivir deleitosamente un recuerdo de mi vida de hace quince años, cuando aún me divertían los cabarets y las *papillonettes* y las aventuras con ladrones mentecatos.

Los que sabemos vivir y saborear los recuerdos, disfrutamos el deleite de una juventud eterna.

Reintegrado en la posesión de mi buen humor habitual, demostré a mis amigos que no era una cosa sin precedente la que había hecho conmigo el Gobierno nacional.

Hace poco más de siglo y medio, llegó a México un Virrey español y para hacer sentir su autoridad no se le ocurrió otra cosa sino prohibir la celebración de una corrida de toros anunciada en la capital para el día siguiente al de su llegada.

Como era de suponer, al tratarse de una corrida de toros, no le hicieron caso y la fiesta se celebró con todos los habituales esplendores.

Y el Virrey, lejos de someterse al imperativo del hecho consumado, hizo prevalecer su autoridad mediante un Decreto —que dio la vuelta a los dos mundos— por el que dispuso que la corrida de toros se tuviese por no celebrada.

XVII.

Confinado en Barcelona y confinado en la inacción. A defender a los que no han sabido defenderme. Los confidentes de Prieto. ¿Lo engañan como a un chino? Un pobre usurero, un timo de quince mil duros y un asesinato. ¿Quién lo mató? ¿Quién dejó que lo mataran?

Había yo dado por liquidado todo lo referente a la Oficina Jurídica. Me disponía a cumplir mi propósito de regresar a Madrid a fines de Diciembre, después de haber aguardado durante cuarenta días en el propio Palacio de Justicia los cargos y las reclamaciones que los ofendidos por mi actuación o sus valedores quisieran presentar contra mí, pero me llegó la noticia de que mi casa había sido desvalijada y el almacén donde guardaba las ediciones de mis libros, destruido por una bomba incendiaria.

Quedaba, pues, confinado en Barcelona y confinado en la inacción, pues ni la Revolución había querido, después de mi cesantía, utilizar mis servicios, ni logré colaborar en la Prensa obrera, ni era probable que mi antigua clientela necesitara ya los servicios de mi profesión.

En esto último me equivoqué, pues la contrarrevolución, que con la disolución de nuestro Tribunal había ganado la primera batalla, fue poco a poco restaurando todo lo viejo en el orden forense, y en la primera semana de Enero tuve ya a mi cargo dos procesos políticos de sindicalistas que me proporcionaron la gloria de defender de nuevo a los que no habían querido o no habían sabido defenderme.

Pero aún tuve que beber más tragos de veneno en el cáliz de la calumnia.

Mis amigos, por no disgustarme, no quisieron de momento transmitirme todo cuanto en Valencia les habían dicho, ni comunicarme la reconstrucción de lo acaecido, que habían logrado hacer.

Fui averiguándolo poco a poco. Una delegación de la Generalidad fue a visitar a Indalecio Prieto cuarenta y ocho horas después de haber tomado yo posesión del cargo.

Preparó su ánimo diciéndole confidencialmente que yo era el autor de unos sueltos que contra él había publicado *Solidaridad Obrera*. No quiero sincerarme de eso, porque quienes me conocen saben que jamás he escrito una línea sin poner mi firma al pie.

Como documentación le entregaron únicamente el suelto de la Consejería de Defensa; pero no mi contestación edificando sobre esta base la seguridad de que yo no había dado un céntimo para la Guerra, y que, además, me había quedado con quince o veinte millones de pesetas, entregados en la Oficina, por las Compañías aseguradoras para el pago de siniestros.

Como preveían que de estos cargos podría yo sincerarme y justificarme plenamente, añadieron otros de mayor complicación, que no pudieran ser desvirtuados mediante una conferencia telefónica:

En la Oficina habíamos desmontado alhajas.

Mediante una combinación de las definidas en el Código Penal había yo sacado al Presidente del Gobierno de la Generalidad, honorable Tarradellas, setenta y cinco mil pesetas, que se vio precisado a reintegrar de su bolsillo.

Y por último ¡habíamos asesinado a un hombre!

Como estas cosas no son para dejadas en la penumbra, vamos por partes.

Hemos desmontado alhajas.

Entre las seis mil sentencias dictadas por la Oficina Jurídica en los ochenta días de su actuación, hay una que dice:

Vista la denuncia presentada por Josefa Salvany Pelejero, de 65 años de edad y domiciliada en la Ronda de la Torrasa, contra Juan Albareda Segura con domicilio y casa de compra-venta en la calle Unión 22, 1.º; y examinados todos los antecedentes aportados, así como los obrantes en la causa seguida en 1935 por el Juzgado núm. 16 contra el mismo Albareda; resulta probado que la denunciante por necesidades económicas, tuvo que pignorar una póliza núm. 2831 de unos bienes depositados en el guardamuebles S. A. Transportes y Mudanzas, valorados en 27.692 ptas., por cuya póliza le entregó el denunciado 700 ptas. a un interés del 5 por ciento mensual o sea el 60 por ciento anual, y después de haberle cobrado 1.680 ptas. de intereses, a los 4 años, pretextando un retraso en el pago de los mismos, se apropió y vendió todos los bienes depositados sin avisar a Josefa Salvany y defraudándola por lo tanto en veinte y siete mil seiscientos noventa y dos pesetas, consumándose esta estafa a primeros de Diciembre de 1933; resultando probado asimismo que tres meses antes la denunciante comisionó a Albareda la venta de unos cuadros escultóricos de Susillo valorados en 6.000 ptas., cuadros que el denunciado vendió negándose a rendir cuentas, con cuya estafa la cantidad defraudada por el denunciado Albareda a Josefa Salvany asciende a treinta y tres mil seiscientos noventa y dos pesetas; por todo lo cual,

Fallamos que condenamos a Juan Albareda Segura, con casa de compra-venta en la calle Unión, 22, 1.º de esta ciudad, a satisfacer a Josefa Salvany Pelejero la cantidad de treinta y tres mil seiscientos noventa y dos pesetas inmediatamente, quedando cancelado el préstamo de 700 pesetas por haberse satisfecho con exceso los intereses.

Multa del 10 por ciento y la diferencia hasta cinco mil pesetas como contribución de guerra, todo lo cual suma la cantidad de 38.692 ptas. que pagará el día 28 de los corrientes, procediéndose a la incautación de sus cuentas corrientes y demás bienes en garantía de dicha obligación.

En Barcelona, a 26 de Septiembre de 1936.

Antonio Bonafós.
(Firmado y rubricado.)

Recibido y conforme,
Josefina Salvany. (Rubricado).

Para ejecutar esta sentencia, como ni en poder de Albareda, ni en sus cuentas corrientes encontramos suficiente dinero, ni logramos que en veinticuatro horas de calabozo diera con la famosa máquina de hacer billetes, le embargamos, además, las alhajas procedentes de préstamos prendarios que, vencidos los plazos, tenía en su casa de compra-venta.

Para valorarlas llamamos un perito que pasó unas por la piedra de toque, calibró los diamantes o brillantes de otras, y otras, por último, tuvo necesidad de desmontarlas.

A nuestro corto entendimiento no había otro medio para llegar a indemnizar justamente a doña Josefina Salvany, ni de evitar que ésta y la Oficina recibiera más o menos de lo fijado en la sentencia.

Este mismo caso se dio con respecto a otros usureros, a quienes también tuvimos que cobrar la liquidación de sus préstamos en mercancía.

El timo al honorable Tarradellas:

Yo, aun cuando no es mucho lo que lo he tratado, pondría la mano en el fuego para asegurar que no ha partido de él la versión infame de un hecho realizado tan caballerosamente por él como por mí.

Cuando fui a devolverle su promesa de una Delegación en el extranjero, le rogué que nos ayudase a liquidar rápidamente los asuntos de la Oficina, puesto que en su Consejería era en donde se concedía o se denegaba la autorización para cobrar cantidades de los Bancos.

Cuando se hizo la última revisión de cuentas por el Control, quedaron pendientes de pago obligaciones por valor de setenta y cinco mil pesetas, y en caja, para realizarlo, ciento dos mil ochocientas pesetas. Cien mil en un cheque y dos mil ochocientas en efectivo. Le rogué una orden para que nos pagaran aquél, y no dudó un momento el Presidente del Gobierno.

—¿Trae usted el cheque? —me preguntó.

—No. Lo tiene Devesa, que es quien ha llevado la Caja.

—¿De cuánto es el cheque?

—De cien mil pesetas; pero nos sobran veinticinco mil, que dejaremos en poder de usted para las necesidades de la Guerra.

—Conformes: Que venga mañana Devesa con el cheque y se llevará el dinero.

Entregó Devesa el cheque y en la fecha que le fue indicada volvió a cobrar la parte correspondiente a la Oficina. Del documento que firmó, tuvieron en la Tesorería de la Generalidad la gentileza de facilitarnos, cuando nos fue precisa para deshacer la calumnia, la siguiente copia:

“He rebut de Tresoreria de la Generalitat de Catalunya, com a membre del Control de l’Oficina Jurídica, la quantitat de Setanta cinc mil pessetes com a part de l’import del taló del Banc d’Espanya de cent mil pessetes que li ha estat lliurat.

L’esmentada quantitat és destinada a pagaments de dipòsits. La resta de Vint i cinc mil pessetes és ingressada a la Generalitat en concepte de donatíu.

Barcelona 27 de Novembre del 1936.

Signat Antonio Devesa (es copia).

Hay un sello que dice: “Generalitat de Catalunya-set. Des. 36”. (Lo demás ilegible).

Según la versión recogida por Indalecio Prieto, yo por mi cuenta ofrecí al Sr. Tarradellas veinticinco mil pesetas para él a cambio de liquidarme el cheque; aceptó, aunque con el propósito de declinar mi regalo; pero al tratar de cobrar el cheque, se encontró con que estaba librado a cargo de un Banco tan pobrecito, que habría de quebrar seguramente si se le ponía en el trance de hacerlo efectivo.

Como se ve, el calumniador no dejaba en muy buen lugar al Sr. Tarradellas; pero por lo visto no importaba que le alcanzasen las salpicaduras si yo me hundía en el fango.

Aunque el documento de la Generalidad decía expresamente que quien había de pagar el cheque era el Banco de España, procuré adquirir de éste mayores detalles y he aquí el oficio con el que contestó al Comité de Control del Palacio de Justicia:

Banco de España.

Barcelona.

En contestación a su Oficio fecha de ayer, me complazco en participarle que el talón núm. 582.728, serie E., de Pesetas 100.000— librado contra la cuenta corriente Arturo García Tosas, expedido el día 16 de Noviembre ppdo., fue pagado el día 27 del propio mes.

Dicho talón, es al portador, y aparece en el mismo, estampado un sello que dice: “Tesorería de la Generalidad de Cataluña”, figurando al dorso de dicho documento la firma del Sr. Tesorero de la Generalidad de Cataluña y la del librador del repetido talón, pudiendo deducirse por lo expuesto, que fue hecho efectivo por el mencionado organismo.—Barcelona, 17 de Diciembre de 1936.—El Director (ilegible) .

Comité Revolucionario de Justicia.—Comité de Control.—Ciudad.

Como se ve el cheque fue cobrado por la Generalidad, cuatro fechas antes de que llegase a Valencia la calumnia y dos fechas antes de la de mi toma de posesión del cargo de Fiscal de la República.

El original del Oficio del Banco de España, le fue enviado a García Oliver para que se lo mostrase a Prieto, al sólo efecto de hacerle saber que le habían engañado.

Hemos asesinado un hombre.

El día que tomaron posesión de sus cargos los Ministros de la C. N. T. en el Gobierno Central, se nos denunció que un sujeto en uno de los cafés más concurridos de Barcelona, dijo a voces:

—¡Ya está España arreglada! Los atracadores Ministros y Barriobero que ha ido siempre a la parte con ellos, presidiendo la Justicia de Cataluña.

Se abrió un expediente y el hecho quedó comprobado. No sin trabajo llegamos a saber también que el patriota era un antiguo funcionario del Cuerpo de Prisiones muy favorecido por la Dictadura, que llegó a tener a condenados políticos, siete meses amarrados en blanca, algunas veces en cueros vivos, por el delito de no haber querido oír misa.

Siento no haberme quedado con el nombre de tan recomendable sujeto, para haber ayudado desde aquí un poco a su inmortalidad.

Se ordenó su busca, mediante oficio visado por la Comisaría de Vigilancia, para entregarlo al Tribunal Popular. Se logró averiguar su paradero y se le trajo a Barcelona el 23 o el 24 de Noviembre.

Como se recordará yo cesé en mis funciones el 20, y no pudo, por tanto, estar a mi disposición ni un minuto. Ni a mi disposición ni a la de mis compañeros, pues si bien es cierto que a Batlle y a Devesa les encomendó el Comité Regional el Control del Palacio de Justicia, éste no entró en funciones hasta el día 4 de Diciembre.

Si es verdad que aquel hombre, aquella fiera, ha sido ejecutado por la Revolución, la culpa será, si la hay, de las Autoridades que lo recibieran.

Pero la versión de su muerte, puede ser tan exacta como las demás que han llegado a Valencia con respecto a la Oficina Jurídica.

Por de pronto, conste que aquí nadie había dicho una palabra de tal asunto.

XVIII.

La opinión de! Gobierno y la opinión pública. Las visitas de Sebastián Faurc. Un poco de estadística. Un breve resumen. La Quinta Columna. No nos dejan defendernos. Aunque tarde, abren los ojos nuestros amigos. Los apolíticos nos sacrifican a la política. Empeño y tesón. Nuestro premio. Lo que queda de nuestra obra.

Quiero volver sobre la Oficina Jurídica antes de terminar este libro destinado a estudiarla.

La política local puso tal empeño en asfixiarla en una atmósfera de descrédito, que logró cegar, no sólo al P. O. U. M. que regentaba la Cartera de Justicia, sino que también a determinados organismos de la C. N. T. y señaladamente a sus cuatro Consejeros en el Gobierno de la Generalidad, que, sin habernos oído, por unanimidad firmaron nuestra sentencia de muerte.

Pero de que la opinión pública no fue arrastrada por esta corriente, puede servir de prueba la información publicada por *El Diario* en 4 de Octubre y que a continuación reproducimos:

UNOS HOMBRES Y UNA OBRA

Las nuevas normas y procedimientos judiciales del Comité Revolucionario de Justicia de Cataluña.

Debe tener un enorme interés para la opinión —así lo hemos creído nosotros al menos— conocer el profundo surco que en el campo judicial ha trazado el nuevo orden revolucionario.

Nadie ignora el estado de corrupción a que había llegado la Justicia en España. El que más y el que menos abominaba de los procedimientos hasta hace poco en uso. Tenía caracteres de axioma aquello de que nadie creía en la justicia de la Justicia. A tanto había llegado su descrédito.

El nuevo orden revolucionario ha metido con coraje su zarpa en ese estamento para acabar con las injusticias y desafueros que al amparo de una ley, mal interpretada la mayoría de las veces, se venían cometiendo a ciencia y paciencia del pueblo.

Esto ya no podrá ser en lo sucesivo. Lo arcaico, lo rutinario ha pasado a mejor vida. Ese formidable lastre de la Justicia ya no tendrá razón de subsistir después de la ciclópea actuación de unos hombres de talento y gran voluntad, a cuyo frente está la prestigiosa figura del maestro Eduardo Barriobero Herrán, gloria de nuestro foro.

Ellos se han impuesto, sin reparar en sacrificios, la ardua y trascendental tarea de acabar con un pasado bochornoso sin que quede vestigio alguno de ello, e implantar normas nuevas y procedimientos más sencillos que pongan el Poder judicial a tono con las realidades de este momento revolucionario y sirvan de base para el nuevo alborear de este orden de cosas que se registra en España.

A Cataluña le cabrá también el honor de impulsar este ritmo acelerado en el procedimiento judicial que se hará extensivo a todo el territorio peninsular.

Mas no nos adentremos en otras consideraciones y dejemos paso a la voz autorizada del presidente de la Oficina Jurídica, el eminente jurisconsulto Eduardo Barriobero.

He aquí lo que nos ha dicho:

—¿...?

—Como hemos de vivir, a partir de la paz, con arreglo a normas nuevas, es preciso abrir un camino expedito a las de la Justicia de la postguerra y estamos haciendo una verdadera liquidación por derribo.

—¿...?

—Se ha quemado mucho papel inútil... Doscientas, trescientas, acaso mil toneladas. Toda la historia falsa y trágica de los hombres fuertes, de los verdaderos revolucionarios, que plumas cancellerescas habían escrito en papel de oficio. Se canceló todo el pasado. Borrón y cuenta nueva.

—¿...?

—No es la coacción judicial la que hace buenos a los hombres ni infiltra en los corazones la moral. Lo prueban los hechos de actualidad. Durante los días en que no actuaron los jueces ni las Salas apenas hubo delitos. Se ha dado el caso curiosísimo de que los milicianos adscritos a esta oficina, hayan quemado por su propia determinación, a las puertas del Palacio de Justicia, toda la literatura pornográfica encontrada en los depósitos y archivos de la casa.

—¿...?

—La competencia de nuestro Tribunal abarca en primer término la aplicación del derecho social en toda su extensión, llegando a revisar las sentencias firmes que nos parecen injustas o ineficaces. Tramitamos divorcios, filiaciones, reclamaciones sobre alquileres y contratos de inquilinato y cosas similares. Reclamaciones de daños y perjuicios, incumplimientos de contrato y en general todo lo que los ciudadanos de Cataluña, cuya deferencia para con nosotros no hay palabras bastante expresivas para describirla, tienen la amabilidad de someter a nuestro arbitraje.

En la represión de la usura y en la persecución de actividades contrarias al régimen hemos tenido éxitos inconcebibles-

—¿...?

—Nuestro procedimiento es sencillísimo. Recibimos la reclamación o la denuncia; comprobamos inmediatamente y para unas horas después hacemos comparecer a los interesados con sus pruebas y resolvemos en el acto hablando y escribiendo lo menos posible.

Contra la resolución que dicta uno de nosotros hay apelación ante el pleno, formado por todos, que se reúne al efecto todas las noches al terminar el trabajo cotidiano.

—¿...?

—Las cifras son ya astronómicas. Los asuntos resueltos pasan de cuatro mil; el dinero pagado a los reclamantes rebasa ya los tres millones de pesetas y lo entregado para la guerra, cuando esta información se publique bordeará las 400.000 pesetas.

—¿...?

—Nuestra actuación echa por tierra la teoría de la jornada y del descanso. Una docena de abogados y auxiliares técnicos y medio centenar de milicianos trabajamos casi sin interrupción más de doce horas diarias, sin sentir la menor fatiga y estoy seguro de que todos nos retiramos a descansar, no sólo con la satisfacción del deber cumplido, sino con el deseo de volver a comenzar la jornada.

* * *

Después de lo dicho por Barriobero y de las fotos captadas por el repórter gráfico, huelga que digamos nosotros nada más en relación con la trascendencia de la formidable obra llevaba a cabo por esos hombres abnegados.

Obra que no sólo ha merecido la unánime aprobación del pueblo, sino su elogio entusiasta, al cual unimos el nuestro.

No me hubiera sido difícil recabar, además, el testimonio escrito del gran luchador y patriarca de las Letras revolucionarias Sebastián Faure, quien, entusiasmado con nuestra obra, durante su estancia en Barcelona vino diariamente a contemplarla *d'après nature*, ni el de las numerosas comisiones que atraídas por la novedad que en la administración de justicia introducíamos, vinieron desde varias comarcas españolas a contemplarla y admirarla; pero yo estoy seguro de que uno y otras hablarán, si mi libro tiene el acierto de llamar a sus conciencias y avivar sus recuerdos.

Sería punto menos que imposible recomponer la cifra exacta de los asuntos en que intervino la Oficina.

A principios de Noviembre, cuando celebré la conferencia con el Consejero Nin, habíamos despachado unos cuatro mil y teníamos en tramitación otros tantos. Desde aquel día hasta el de la disolución ultimamos dos mil, y según los Jueces que los contaron al hacerse cargo de nuestros expedientes, quedaban pendientes dos mil trescientos sesenta.

A estas cifras hay que añadir la fabulosa de las cuestiones resueltas sobre inquilinatos y sus derivaciones; unos mil divorcios que tramitamos antes de que se constituyera la Sala Especial y unos seis mil matrimonios que habremos hecho durante el periodo de nuestra actuación.

Pero queda todavía por computar lo más complejo. Porque a nosotros los enviaban desde varios Departamentos de la Generalidad y desde varias Sindicales, venían diariamente a pedirnos instrucciones para proceder al control o a la incautación de industrias y comercios y, cuando tenían completos los expedientes, a que las legalizáramos. El número de estos asuntos es el infinito de controles que se han establecido y de incautaciones que se han realizado en Cataluña.

¿Por qué se hizo abortar nuestra obra cuando estaba en el más álgido período de fructificación?

Ya lo he dicho en los capítulos anteriores; pero no estará de más hacer aquí un resumen de las causas:

Para evitar el que repartiéramos el premio mayor de la Lotería de la Ciudad Universitaria.

Para evitar el que siguiéramos cobrando y devolviendo las fianzas inherentes a los procesos quemados.

Para evitar el que adjudicáramos la posesión legal de la casa de Cambó al Comité Regional C. N. T.-F. A. I.

Para evitar que siguiéramos imponiendo multas a fascistas y facistoides bien relacionados con los Partidos políticos, que dicen ser de izquierda, y en algunos casos con las Sindicales.

Para evitar que el pueblo viera realizadas todas sus ansias de justicia en plazos de horas y sin Magistrados profesionales.

Para evitar el que la gloria adquirida por mí en el desempeño de mi elevadísima misión revolucionaria pudiera ser plataforma del Partido Federal, único Partido político del porvenir en Cataluña²⁴.

Para iniciar con el ataque a lo más eficaz e importante de la Revolución el avance de la contrarrevolución.

La prueba de que digo estrictamente la verdad, está en que sólo desapareció el 21 de Noviembre la Oficina Jurídica de Barcelona.

Por Decreto de 8 de Septiembre, publicado en el Diario Oficial del 9, fueron creadas Oficinas Jurídicas en Tarragona y Gerona y días después otras en Granollers, Tortosa, Manresa, Badalona, las

24 Recuérdese el éxito de la Conferencia del Tívoli.

que han seguido y siguen funcionando con el beneplácito de sus demarcaciones, aun cuando no sin alguna fulminación lanzada desde las alturas.

Por ejemplo: el Presidente de la Territorial dio a *El Noticiero* de 4 de Enero la siguiente nota:

La existencia de supuestas oficinas jurídicas.

La presidencia de la Audiencia ha tenido noticia de que ciertos elementos actúan en nombre de supuestas Oficinas Jurídicas, permitiéndose citar ciudadanos, tramitar asuntos y condenar al pago de cantidades que cobran en efectivo metálico.

Es necesario recordar que las oficinas jurídicas fueron disueltas por Decreto del Consejo de la Generalidad de fecha 18 de noviembre de 1936, de acuerdo con las organizaciones sindicales que prestaban su apoyo a las mismas y por tanto en la actualidad, si alguna de ellas actúa, es una organización incontrolada que no tiene ningún carácter legal y que se encuentra al margen del actual movimiento revolucionario.

Por eso si algún ciudadano recibe cualquier clase de citación de alguna de esas oficinas debe ponerlo inmediatamente en conocimiento de la Comisaría de Orden Público o del Juzgado de guardia para obrar en consecuencia.

Además, es necesario insistir que todas las multas que se impongan deben ser satisfechas en papel de pagos de la Generalidad de Cataluña y nunca en efectivo metálico, como así lo tiene acordado el Consejo de la Generalidad.

La función de administrar justicia se halla únicamente en manos de los Tribunales nacidos de la revolución y ordenada por el Consejo de la Generalidad y es preciso que el pueblo tenga confianza absoluta en ellos, ya que son la representación directa del mismo.

Son horas de crear el nuevo orden revolucionario y en el aspecto judicial de ir creando el nuevo derecho y la nueva justicia, trabajo que ha de llevar a cabo el Consejero de Justicia camarada Vidiella, junto con el Consejo de la Generalidad, quedando como función nuestra llevar a la práctica todas estas disposiciones, cosa que realizaremos con el máximo entusiasmo.

A la hora de entregar en la imprenta las cuartillas de este libro siguen funcionando las referidas Oficinas.

Es muy probable que en Barcelona hubiésemos triunfado de las conspiraciones curialescas y de las codicias impúdicas; de lo que no pudimos triunfar fue de la infame actuación de la Quinta Columna que introdujo sus tentáculos en nuestra prensa y en nuestras organizaciones, llegando a lograr que se nos impidiera toda defensa, aun cuando los contrarrevolucionarios no se conformaban con destruir nuestro Tribunal y nuestra obra, sino que ponían su mayor empeño en que quedásemos conceptuados públicamente como unos sinvergüenzas, asesinos y ladrones, para herir a traición a la C. N. T. que nos había entregado su confianza.

Yo denuncié la maniobra y quise hacerlo públicamente en *Solidaridad Obrera*; pero resultó inútil cuanto intenté para que no se me dejara perecer sin defensa.

Poco más tarde, al veterano Diario, tan estimado de todos nosotros, se le cayó la venda de los ojos y publicaba, con motivos similares a los que a mí me determinaron a solicitar su apoyo, sueltos y artículos como los que para muestra copio:

26 de Diciembre.

LA QUINTA COLUMNA ANTICONFEDERAL.

Hace algunas semanas dijimos en un entrefilete:

Contra la C. N. T. y la F. A. I. se ha desencadenado en Cataluña una ofensiva contumaz e innoble. Los que no saben empuñar el fusil, saben, en cambio, empuñar las armas de la insidia, de la calumnia y de la conspiración. ¡Trabajadores, alerta!

Pues bien; esa campaña no ha cesado, sino que ha adquirido mayores vuelos.

No se nos pasan inadvertidas la intención ni los móviles que inspiran a los que consideran a la C. N. T. y la F. A. I. como un enemigo, aun cuando suelen dedicarles de vez en vez algún piropo.

En los últimos días, esos amigos vienen dando pie a una política antifraternidad, enseñando el plumero excesivamente.

Lo que es de lamentar, no por nada, sino por lo que supone de peligro para la buena marcha de las relaciones cordiales entre cuantos se apellidan antifascistas.

En todo período revolucionario suelen producirse hechos censurables, nacidos, no de ninguna mala voluntad, sino de las propias circunstancias en que la vida se desenvuelve.

En cualquier punto del planeta, en cualquier sitio de España, los responsables de esos hechos censurables —y muchas veces inevitables— son diferentes personas u organismos sobre los que recae la dirección de la cosa pública.

En Cataluña no es así. En Cataluña los culpables de todo lo imperfecto, somos nosotros: la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica. Si oís a algún “líder” de vía estrecha, que es de los que abundan, si sabéis leer la Prensa que se dice revolucionaria porque da tono y esperanzas de no morir, os convenceréis de ello. Cuanto malo se realiza en Cataluña es por culpa nuestra...

Todos los partidos que hasta hace cinco meses se dedicaron a denostar la C. N. T., y anteriormente, cuando fueron Poder, se deleitaban clausurando sus Sindicatos, suspendiendo indefinidamente sus publicaciones, martirizando y aun asesinando a sus militantes, piensan así y no se recatan de manifestarlo de diversos modos.

Y no ya los partidos, sino que hasta en la propia Generalidad de Cataluña se sustenta tal opinión. Ayer, se presentó en aquel centro oficial un nutrido grupo de mujeres protestando por la carencia de pan. Y los señores de la Generalidad las enviaron a quejarse al Comité Regional de la C. N. T., culpable, al parecer, de todas las desdichas...

¡Vamos que no! ¡Que no estamos dispuestos a soportar estos procederes!

Quisieran muchos revolucionarios de oficina colmar de descrédito a nuestra organización, receptáculo de todas las ansias populares, filón de simpatía entre todos los trabajadores, y apelan a cuantos medios encuentran a su alcance sin pararse a medir la gravedad en que incurren. Quisieran hundir a la C. N. T. en un lodazal de desprestigio, y no saben cómo lograrlo.

¡Sepan todos que vivimos alerta, y que si por discreción y amor a la causa venimos soportando tales provocaciones, la paciencia también tiene su límite!

¡Camaradas: Más unidos que nunca contra esa quinta columna subterránea que opera, no contra el fascismo, sino exclusivamente contra la C. N. T.!

27 de Diciembre:

¡NO CONTRA EL FASCISMO; CONTRA LA C. N. T.!

El momento es grave.

Sería inútil negarlo.

La sorda campaña que venía fraguándose en la sombra contra la C. N. T. por los elementos cuya incapacidad como gobernantes y cuyo poco apego al proletariado dio innúmeras facilidades a la gestación del levantamiento fascista y a los que hemos amparado hasta ahora con nuestro silencio por el afán de una unidad antifascista, que no desean, ha sido aprovechada en la primera oportunidad en Madrid, lo mismo que en Barcelona, para exteriorizar el deseo de desplazarnos, desplazando con ello el verdadero y puro espíritu de la Revolución.

En Barcelona, la cuestión del pan es aprovechada por nuestros enemigos para maniobrar con la opinión, queriéndonos presentar ante ella como los culpables de la carestía de este primer elemento nutritivo.

Nuestra protesta ante este hecho insólito llega hasta donde pueda llegar, y ¡ay! de quien se aventuró a semejante maniobra, barajando la mentira con la infamia, para darle aspecto de veracidad a semejante ignominia.

En Madrid, se han servido del lamentable suceso del que ha sido víctima el camarada Yagüe²⁵, para desatar en contra de nuestra organización la misma ira, sirviéndose para ello de aquella Prensa irresponsable que todavía subsiste como una anomalía inexplicable, la que se ha precipitado a calificar los hechos ocurridos con una ligereza cuyo alcance sabemos medir bien.

Y cuando esperábamos, como era lógico, que los ánimos se apaciguaran y, aclarados los hechos de lo ocurrido en el suceso de Yagüe, las organizaciones políticas y sociales nos dieran una satisfacción cumplida, vemos con dolor y con indignación que se persiste en aprovechar este suceso como una agresión clara y contundente contra la C. N. T. Mas eso no estamos dispuestos a tolerarlo. La agresión a Yagüe está perfectamente comprobado que la debe a su falta de tacto personal. Se negó a la exhibición de una documentación que era para todos igualmente obligatoria. Nadie le conocía personalmente como un miembro de la Junta de Defensa. Ante la negativa a exhibir su documentación primero, ante la huida después, nuestros camaradas, cumpliendo un deber revolucionario, dispararon contra el coche que ocupaba.

Muy lamentable, desde luego; pero muy lógico también.

Nuestro fraternal colega de Madrid C. N. T. quiso ayer dar la explicación de todo esto y la censura, en manos de los marxistas, se lo impidió. Quiso publicar el manifiesto del Comité Regional del Centro y lo impidió también, llegando para ello, como en los mejores tiempos de la monarquía, a sorprender e incautarse de las ediciones de nuestro diario confederal, y de imponerle más tarde, la suspensión indefinida.

No querían que la opinión de Madrid se diera cuenta de la verdad de lo ocurrido con Yagüe. Querían aprovechar la primera versión para sus fines políticos. Barcelona y Madrid se unían en una fecha coincidente para abrir batalla contra el anarcosindicalismo español, batalla que ya se venía gestando en la sombra desde hace algún tiempo.

El momento es grave —repetimos— y toda la responsabilidad de sus derivaciones la dejamos a cuenta de quienes tan insensatamente vienen provocando a nuestra organización en esta hora decisiva.

Desde luego, no estamos dispuestos a seguir siendo víctimas de esta clase de maniobras por los que están más atentos que al triunfo de la Revolución, a sus miras particulares y políticas. Nos hemos encuadrado en la unidad antifascista, nosotros que hemos combatido a los tiranos de todos los colores, con la mejor buena fe, con el mejor deseo, sacrificando principios muy queridos para nosotros. Si esa buena fe no se sabe

25 El comunista Pablo Yagüe (1909-1943), delegado de Abastecimientos de la Junta de Defensa de Madrid, fue tiroteado en un control de carreteras de la CNT el 23 de diciembre de 1936. [Nota del editor digital.]

distinguir por los eternamente faltos de lealtad, por los políticos que han ocasionado la actual catástrofe, por todos aquellos que están obligados a reconocerlo así, no nos da miedo alguno el porvenir, porque el pasado nos enseñó demasiado para que la lucha nos arredre.

Lo mismo en Barcelona que en Madrid, es necesario que cesen esas maniobras inmediatamente. Que nuestros camaradas merezcan el respeto a que tienen derecho por su participación revolucionaria y por su historia. Que inmediatamente también vuelva a publicarse *C. N. T.* en Madrid, sin traba alguna. Todo esto lo exige la paz entre los elementos antifascistas, la victoria de la causa común y sobre todo el restablecimiento de la justicia que merecemos de aquellos que la han atropellado contra nosotros, olvidando deberes que son inolvidables en estos momentos...

31 de Diciembre:

*CONSIGNAS DE LAS OFICINAS DE PROPAGANDA,
CONTRA LAS MANIOBRAS Y LAS CALUMNIAS.*

Repetidas veces hemos señalado que se hace demasiada “política” en la retaguardia. Hay quienes son incapaces de ganarse la voluntad popular por medios lícitos, y recurren a la vieja táctica de la maniobra y la zancadilla que fue la única empleada hasta el 19 de julio por los partidos políticos y que dio resultados tan funestos para el proletariado español.

Durante algún tiempo creímos ingenuamente que la conmoción revolucionaria sufrida por nuestro país había cambiado la mentalidad y los procedimientos de ciertas gentes. Confesamos que nos hemos equivocado. En estos últimos días ha asistido Barcelona a la resurrección del “bulo”, la calumnia y la mentira como armas de lucha política. Hemos comprobado, con dolor, cómo se han echado a rodar las especies más calumniosas y falsas.

La táctica del rumor, esa táctica combativa incluso por medio de carteles murales, ha sido empleada con fines mezquinos de partido. Sectores antifascistas, en un impulso suicida, olvidando que las discordias y las luchas intestinas entre proletarios no benefician más que al enemigo común, han recurrido a la calumnia con tal de restar influencia política a organizaciones que ellos saben rectas y honradas en sus procedimientos y en sus fines.

Y esto, compañeros, por decencia y pundonor revolucionario, no debe continuar. Si lo de la “unidad revolucionaria” no es un tópico para cazar incautos, cabe que coloquemos por encima de los intereses de capillita, los altos intereses revolucionarios.

Es preciso que el espectáculo bochornoso que se ha dado durante estos últimos días en nuestra ciudad no vuelva a repetirse.

Seamos dignos del momento histórico que vivimos. Combatamos sin tregua los procedimientos indignos que ponen en tela de juicio la honradez y la conciencia revolucionaria de quienes los emplean.

Luchemos noblemente y lealmente unidos por el triunfo de la causa antifascista y la revolución proletaria.

Sólo así daremos cima a la obra emprendida.

Sólo así demostraremos amar por encima de todo la causa justa y humana del proletariado y que nos hemos desprendido de todos los vicios que la burguesía nos había inculcado durante su predominio.

Oficinas de Propaganda
C. N. T.-F. A. I.

16 de Enero:

*NOSOTROS, CONTRA LA INSIDIA Y LA CALUMNIA.
POR EL MANTENIMIENTO DEL BLOQUE ANTIFASCISTA.*

Nunca hemos transigido con la insidia y la calumnia. Tenemos una ejecutoria limpia, que acredita nuestra personalidad revolucionaria. En toda ocasión, hemos combatido a los enemigos del proletariado con energía. Cuando hemos visto en las organizaciones sedicentes de clase, claudicaciones y dejaciones de principios, que pudiesen significar un perjuicio para la causa, hemos arremetido, con fuerza y coraje, contra ellas y sus desatinos. Pero, eso sí, nuestras arremetidas han sido siempre nobles, leales y dignas.

En esto estriba, quizás, el secreto de nuestra ascendencia sobre las multitudes. Ascendencia no accidental, como la de los partidos políticos, sino permanente, arraigada en lo más profundo del alma de nuestro pueblo.

A raíz de producirse la militarada, hicimos varios llamamientos a la lealtad y a la nobleza. Señalamos la necesidad de prescindir de mezquindades, si es que de verdad se quería triunfar de lleno en la lucha contra la bestia fascista.

Posteriormente hemos tenido que insistir en lo mismo; pero predicamos siempre en desierto. Contra militantes de la organización confederal que ocupaban cargos de máxima responsabilidad en los organismos oficiales, se desató, por parte de gente que se llamaba amiga nuestra, una campaña alevosa de injurias y calumnias, con una intensidad digna de mejor causa. Después, siguiendo el ejemplo, otros han continuado esa labor contrarrevolucionaria y suicida.

Se han resucitado los viejos procedimientos que nosotros creíamos desaparecidos para siempre. Las manifestaciones de mujeres, con motivo de la carestía del pan, han sido fomentadas y utilizadas como arma de lucha política. Sectores de opinión, añorando antiguas glorias, se lanzaron a una obra de desprestigio solapado contra organizaciones revolucionarias de reconocida solvencia moral.

Todo esto ha tenido su desenlace lógico. Se han roto los muros de contención, y las aguas turbias lo inundan todo. Se fijan pasquines que no llevan al pie la firma de una organización responsable, escondiendo en el anónimo campañas de orden político, que tienen como fin podar las conquistas revolucionarias del proletariado.

Otras veces se imprimen circulares y se envían a todos los organismos responsables, acusando vilmente, a camaradas que desempeñan funciones de importancia para la causa del proletariado. Al igual que con los pasquines, en este caso se esconden los autores en el anónimo.

Influenciadas por este ambiente malsano, las Juventudes Libertarias, gente joven y un poco irreflexiva, han hecho públicas unas consignas, que ponen en peligro la unidad antifascista y revolucionaria» Han olvidado que siempre los anarquistas hemos preconizado la cordialidad en las relaciones entre las organizaciones obreras, y con una ligereza condenable en toda línea, califican, con los adjetivos más duros, a cierto destacado militante de una organización que forma, con nosotros, en esta lucha heroica y decisiva.

Creemos que es hora de acabar con todo esto. Es hora de que nos demos cuenta de que si se quiere triunfar en la guerra, si de verdad se quiere hacer la revolución proletaria, han de prescindir, unos y otros, de esos procedimientos indignos. Infinidad de veces hemos dicho que la unidad revolucionaria es garantía de la victoria. Trabajemos constantemente en cada hora y en cada minuto, en pro de la unión estrecha y solidaria de todos los antifascistas. Así se trabaja por la victoria y por la Revolución.

Los que por apetencias de mando, mezquindades de partido o conducta irreflexiva, dificulten esta labor, no pueden ser tratados más que como enemigos de la clase obrera.

Que se acabe la campaña insidiosa contra los Comités y demás órganos nacidos al calor de las jornadas revolucionarias de julio.

Que termine de una vez el desprestigio anónimo de los militantes destacados de las organizaciones obreras.

Que nadie obre ligeramente.

Estas deben ser las consignas a cumplir por todos los antifascistas.

Nosotros mantendremos siempre, como brújula de nuestra actuación, la nobleza, la lealtad y la dignidad, que son, a nuestro entender, los atributos de todo revolucionario sincero y de todo hombre honrado.

Constantemente recomendaremos a los demás que nos imiten, y constantemente también, exigiremos a los nuestros que ajusten su conducta a esta línea, trazada por las organizaciones confederal y específica, inspirada en el ejemplo de nuestros predecesores.

Es probable que esta acción tan completa y organizada hoy ya contra toda la actuación de la C. N. T. y la F. A. I. hubiese abortado al no triunfar en la primera batalla que riñó, que fue la encaminada a demoler el Tribunal Revolucionario de Justicia.

El blanco estuvo bien elegido porque realizábamos la obra más revolucionaria, más popular y más eficiente. Su novedad no había llegado a ser bien comprendida, y en cuanto los Consejeros anarco-sindicalistas de la Generalidad, confiaron con éxito nuestros enemigos en que no habrían de defendernos con pasión, porque la institución no había sido creada por ellos.

No se puede negar que la quinta columna eligió bien su blanco y en consecuencia no le fue difícil conseguir que, cuando los apolíticos se viesan en precisión de sacrificar algo a la política, resultara sacrificado nuestro Tribunal.

Tal vez se juzgue por algunos que definiendo con demasiado tesón la Oficina Jurídica o que añoro demasiado su desaparición. Como hay gente para todo —hasta para tocar el acordeón, decía Luis Taboada—, confío en que no habrá de faltar quien recuerde que el mismo tesón puse en todo aquello que durante mi vida emprendí. Aún viven muchos testigos presenciales de mi actuación en los procesos del Chato de Cuqueta, de Sancho Alegre, de Altos Hornos, sobre todo en éste, en el que tuve que soportar los malos tratos de la Guardia Civil, las injurias de toda una Sala de Justicia, un proceso en el que fui condenado a dos años once meses y once días de prisión correccional y un conato de atentado.

Y si es en otro orden de cosas, tasen los entendidos la dosis de tesón y empeño que son indispensables para traducir, anotar y comentar las obras completas de Rabelais, por ejemplo.

Ninguno lográbamos en la Oficina ventajas, ni teníamos ocupación ligera. Todos trabajábamos, como ya he dicho, doce horas sin descanso dominical; yo cobraba ochenta y cuatro pesetas semanales y no era mucho más lo que cobraban nuestros compañeros Abogados, que, por otra parte, tenían obligaciones y necesidades superiores a las mías.

Lo que sucede es que a diario veíamos premiado nuestro afán de realizadores. De una parte la acogida y los aplausos de la opinión, y de otra el amor propio y la conciencia de ir viendo traducidas en leyes todas nuestras innovaciones:

Nosotros dimos la pauta y la fórmula para la nueva modalidad del matrimonio.

La dimos igualmente para los divorcios.

Para el establecimiento y legalización de incautaciones y controles.

Para activar la función de la Justicia y dotarla de sentido revolucionario.,.

Todas las normas acordadas por la Oficina Jurídica, después de ensayadas en su aplicación seguían su trayectoria y cristalizaban en Decretos. De los referentes a la Administración de Justicia en Cataluña, desde la iniciación del período revolucionario, no hay siquiera uno que no nos deba su paternidad.

Yo siempre he creído que el mayor placer humano es el de crear, lo que se pueda, lo que se sepa. Calcúlese el dolor de quien sin su culpa ni su deseo es sometido a la esterilización cuando se encuentra en el momento culminante de su potencia.

Quiero registrar, por último, que si contra nosotros se hubieran esgrimido armas lícitas, o por lo menos honradas, ni de mis labios ni de mi pluma hubiera salido la menor protesta, porque a todos reconozco el derecho de opinar y no excluyo la posibilidad de que sea efectivamente un disparate lo que yo juzgue y estime como el mayor acierto; pero lo trágico es que ni el acierto, ni la capacidad se nos han discutido; todo el empeño se ha puesto en deshonrarnos, en colocarnos al nivel de los que en estos tiempos de escasez acumulan sueldos y de los idiotas que creen que en lo sucesivo se podrá vivir de rentas...

XIX.

Cómo debió desembocar la Oficina Jurídica. Un plan de organización judicial. Principios fundamentales. Organización. Competencia. Procedimiento. Tribunales de Paz. Tribunales de demarcación. Consejo Superior de Justicia. Defensa. Secretariado y Asesoría. Jueces de Instrucción. Responsabilidad. Aspecto económico. Preceptos generales. Caída vertical en los moldes viejos.

No es que quisiéramos vincularnos de por vida en el Tribunal Revolucionario; hasta el menos culto de nuestros milicianos, comprendía que nuestra actuación, lejos de ser eterna, debía terminar abriendo el paso a una nueva modalidad de la Justicia, impregnada en sus órganos, en sus normas y en sus ritos de las más puras esencias revolucionarias.

He aquí un ligero extracto del proyecto que confeccionábamos para ofrecerlo al Consejero de la Generalidad, cuando nos vino la muerte:

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Justicia gratuita.

Justicia administrada por el pueblo con los indispensables asesoramientos.

Instancia única.

Recurso único de revisión por injusticia notoria.

Responsabilidad judicial.

Indemnización a las víctimas de errores judiciales.

ORGANIZACIÓN

Tribunales de Paz en todos los Municipios.

Defensores del interés público (en sustitución de los Fiscales) en todos los Municipios.

Los Tribunales estarán formados por tres miembros designados por Sindicatos o Asociaciones de Productores. Si unos y otras fuesen más de tres, cada entidad designará uno y se elegirán los tres por insaculación o sorteo.

El Defensor del interés público será designado por elección popular.

El mandato de unos y otros durará un año.

COMPETENCIA

La tendrán para fallar:

A) Los asuntos civiles, sociales y mercantiles cuyo interés no exceda de cinco mil pesetas.

Si el interés excede de esta cuantía y las partes aceptan voluntariamente como árbitro el Tribunal de Paz, podrá éste fallar el litigio cualquiera que fuere su cuantía.

B) Matrimonios, divorcios, filiaciones, nacionalizaciones, avecindamientos y protección de menores.

C) Delitos y faltas que tengan señalada en el Código pena inferior a la de seis años de prisión, confinamiento o destierro.

D) Delitos y faltas cometidos por los funcionarios administrativos o municipales del Territorio, cualquiera que fuese su importancia, entidad o definición.

PROCEDIMIENTO

La demanda se presentará siempre acompañada de sus pruebas.

Cuando el demandante no la presente por escrito, hará su manifestación y la oferta de sus pruebas en acta que levantará el Secretario ante dos testigos elegidos por el demandante.

Acto seguido se pondrá la demanda en conocimiento del demandado y se le dará copia, si la pidiere.

Acto seguido se llamará a los dos a comparecencia, en la que el demandado presentará su prueba y se fallará el asunto por mayoría de votos.

Al demandado que no comparezca se le declarará rebelde, si las citaciones están hechas de modo eficiente.

El Tribunal no tendrá en cuenta la rebeldía para dictar su fallo.

Contra éste cabrá, como único recurso, el de revisión por injusticia notoria ante el Consejo Superior de Justicia

TRIBUNALES PROVINCIALES

En cada provincia, demarcación, veguería o comarca, habrá uno formado por cuatro Salas que juzgarán respectivamente los asuntos civiles, mercantiles, sociales y criminales.

Serán competentes para entender de los asuntos de cuantía superior a la de cinco mil pesetas, y en los criminales sancionados con penas superiores a la de seis años de prisión, confinamiento o destierro.

En éstos y en los Tribunales de Paz, los asuntos criminales, sólo se tramitarán en virtud de querella formulada por el Defensor del interés público.

Cada Sala estará formada lo mismo en lo criminal que en lo civil, mercantil o social, por ocho Jurados, designados por los Sindicatos o Asociaciones de Productores, y un asesor técnico, que ni presidirá ni tendrá voto.

El mandato de los Jurados durará un año.

Contra los fallos de estos Tribunales sólo se dará el recurso de revisión por injusticia notoria, quedando abolidos los de infracción de ley y quebrantamiento de forma.

El procedimiento para tramitar y substanciar las demandas, será el mismo establecido para los Tribunales de Paz.

Cada Tribunal nombrará su Presidente en la forma que considere más oportuna.

CONSEJO SUPERIOR DE JUSTICIA

Estará constituido por diez y siete vocales designados por Sindicatos y Asociaciones de Productores y un Asesor técnico, que ni presidirá ni tendrá voto.

Se renovará por mitad cada cuatro años.

Elevado a él un recurso de injusticia notoria por cualquiera de los Tribunales inferiores, lo examinará y fallará en el acto sobre si procede o no su admisión.

Contra este fallo no se dará recurso alguno.

Si procede admitirlo, el Consejo en plazo perentorio solicitará la prueba que estime necesaria y acordará si procede o no oír a las partes en vista pública.

DEFENSA

Todos los ciudadanos podrán defender por sí mismos su pretensión ante cualquiera de las tres jerarquías de Tribunales.

Cuando quieran valerse de tercera persona, ésta deberá tener la condición de Letrado sindicado.

ASESORÍA Y SECRETARIADO

Tendrán carácter técnico y habrán de recaer:

En Abogados con título que hayan ejercido su profesión por lo menos durante dos años, sin nota desfavorable, siempre, además, que su Sindicato acredite que han cumplido todos los deberes sindicales.

En la parte aprovechable de la Magistratura pretérita.

En auxiliares de la Administración de Justicia, que lo hayan sido por lo menos durante cuatro años en Juzgados o Tribunales, siempre que estén avalados por sus respectivos Sindicatos.

Los Tribunales de Paz, para proceder con mayor acierto, podrán pedir informes escritos al Sindicato de Abogados más cercano y éste estará obligado a emitirlo gratuitamente en el plazo de cuatro días.

De igual modo podrán solicitar idéntica cooperación de los Sindicatos Mercantiles, de Ingenieros, de Médicos, de Farmacéuticos, etc.

JUECES DE INSTRUCCIÓN

Habrá uno para cada diez Municipios, o más, según el territorio y población de éstos, que instruya los procesos, limitándose a identificar al delincuente y comprobar el hecho delictivo con las asesorías técnicas necesarias (calígrafos, policías, químicos, médicos, albañiles, comerciantes, etc., que valoren el daño y constaten el procedimiento de ejecución del delito). Practicado esto, remitirá los procesos al Tribunal correspondiente.

El Juez de Instrucción será Letrado y cuando el perseguido así lo exija, no podrá obligarle a declarar sin la presencia de un defensor.

Las imprudencias y las muertes o heridas casuales se considerarán de carácter civil, serán indemnizables en esta vía y el proceso se limitará a un acta en la que se haga constar los hechos y la identificación de quienes en ellos hayan intervenido.

RESPONSABILIDAD

Todos los funcionarios judiciales serán responsables de su actuación y de sus decisiones.

Les será exigible esta responsabilidad por negligencia o por culpa.

Para declarar la culpa será precisa la existencia de tres requisitos:

- A) Intención o noción del daño que injustamente se cause.
- B) Daño para un particular o para el interés público.
- C) Infracción de normas legales o morales.

La responsabilidad de los Tribunales de Paz, sus Defensores del interés público, sus secretarios y sus dependientes, será exigible ante el Consejo Superior de Justicia.

La de éste y la de los Tribunales provinciales, de demarcación, comarca o veguería se exigirá ante un Tribunal Especial que se reunirá al efecto cada seis meses, compuesto de nueve miembros, de los que tres serán Letrados, designados por los Comités Regionales de Sindicatos o Asociaciones de Productores.

Las sanciones imponibles serán de multa, cárcel, confinamiento o destierro y en todo caso inhabilitación.

El daño, además, será reparado a expensas del causante.

ASPECTO ECONÓMICO

A nadie se condenará al pago de costas judiciales.

Del dinero que se perciba en virtud de la mediación de los organismos de Justicia, se descontará un tanto por ciento, variable del dos al diez, con destino a los gastos de la misma.

Estos descuentos, así como las multas ingresarán en una Caja Autónoma que regulará su distribución.

Las tres jerarquías de Tribunales podrán imponer multas que no excedan de cinco por ciento de la cuantía del litigio a los litigantes temerarios.

PRECEPTOS GENERALES

Ante cada Tribunal actuará un Defensor del Interés Público.

Quedan abolidos todos los privilegios e inmunidades, expedientes previos y antejuicios en cuanto a las personas.

La tramitación de ningún juicio ni proceso podrá durar más de treinta días, salvo los de responsabilidad, comprendida la tramitación del recurso.

Todos los miembros de la Administración de Justicia son recusables por las partes mediante causa elemental y sumariamente probada.

* * *

¡Qué lejos estamos aún de todo esto!

Tres o cuatro días después de disuelta la Oficina Jurídica, el Comité Regional de C. N. T. y F. A. I, se dio cuenta de que la Administración de Justicia caía verticalmente en los moldes viejos y estableció un control que hubo de encomendar, con singular acierto, a nuestros compañeros Batlle y Devesa. Pero ¿qué iban a hacer sin medios económicos ni asistencias técnicas para la investigación?

Mucho hicieron; pero no les fue posible evitar el que los Jueces comenzaran a pedir Abogados, Procuradores y papel sellado y a señalar plazos desesperantes para la contestación de las demandas, a instruir procesos hasta por la tenencia del arma que el inculcado había recibido del Gobierno, y hasta un día surgió como por escotillón una Sala de lo criminal, constituida tal y como lo estaba el 18 de Julio.

Dentro de muy poco, las sutilezas policiales o de fiscalía sentarán en el banquillo a milicianos que no podrán alegar como atenuante el haberse jugado la vida por la libertad de todos incluso de sus Jueces, y a la población civil, a la que tampoco se abonará en cuenta, puesto que el Código insensible, viejo y acorchado no lo establece, el haber sufrido bombardeos, éxodos y hambre.

Dentro de muy poco, quien en su trabajo haya perdido una mano y quien tenga que reclamar un duro de un tramposo, se tendrán que gastar —si no hacen dejación de su derecho— un capital de paciencia y otro de dinero en jugar a la tahuresca lotería de la Justicia.

EPÍLOGO

Acabo de escribir la crónica de un Tribunal Revolucionario, que ni tradujo sus normas del ruso ni las buscó en los manoseados anales de la Revolución Francesa.

Ni una sola vez nos asaltó la pretensión de ser originales para prender de nuestra solapa esta flamante orquídea de la vanidad. Resultó nuestra obra original porque no la realizamos al dictado de nadie y porque la adaptamos a las ansiedades de un momento y de un pueblo, que en la Historia no tienen precedentes.

En esta crónica, no podía menos de insertar todo lo referente a mi reivindicación, ni eliminar de ella los justificantes de mi conducta, puesto que de continuo me vi en el caso de obrar bajo mi responsabilidad exclusiva.

Esta parte personal del libro, la dedico a mis amigos, con el fin de que puedan justificarse de haberlo sido y se sientan habilitados para seguirlo siendo, si así lo tienen a bien. Siempre fue la amistad mi Religión única y en todas mis luchas traté siempre de dejar a salvo los afectos amiciales.

Quienes tomaron la iniciativa de traerme a Barcelona y encomendarme la elevadísima misión que durante ochenta días desempeñé, tienen derecho a poseer una documentación que los coloque a cubierto de toda censura. Mi libro pone a salvo ante la gran opinión la conciencia de ellos y la mía. Lo demás importa poco.

Me veo sin tierra en donde pisar y sin función a la que aportar la copiosa actividad y el tesoro de la experiencia que me acompañan. En estos instantes dolorosos y complicados, España necesita de todos... menos de mí. Las grandes sindicales C. N. T. y F. A. I., a las que ofrendé toda mi vida, me han sacrificado a mis adversarios políticos, dejándome, además, en medio de ellos como el muerto sin tumba de Shakespeare. Para subrayar el triunfo y hacer más notorio mi ostracismo, han encomendado cargos de importancia a casi todos los que en el Tribunal Revolucionario colaboraron conmigo: Batlle es hoy Inspector General de los Tribunales de Cataluña; Devesa, Inspector General de Prisiones; Fernández Ros, Juez de Granollers; Gordo, Juez de Manresa; Bonafox, Secretario del mismo Juzgado; Viñuales y Bravo, Fiscales de los Tribunales Populares...

Verdad es, y en honor de todos ellos lo declaro, que todos quisieron solidarizarse conmigo y acompañarme en mi ostracismo, así como el que me costó muchísimo trabajo convencerlos de que la consigna de los tiempos presentes era obedecer, vivir en armonía con todos los antifascistas y cumplir todas las misiones encomendadas por los Gobiernos o por las Sindicales, por modestas o por elevadas que fuesen.

Y fui sincero en mi consejo. Y en hacerlo triunfar sobre sus voluntades puse todo el empeño que acostumbro a poner en mis empresas. Nuestras Sindicales acudieron con demasiada ingenuidad a prestar la colaboración de sus hombres a los Gobiernos de Madrid y Cataluña. Un poco frívolamente aceptaron las carteras con sus responsabilidades adjuntas, sin observar que les faltaban puntos de apoyo para afianzar su actuación y sin notar que la máquina encargada de transformar en realidades sus pensamientos, era la misma que sirvió a Primo de Rivera, a la República del primer bienio, a la del segundo y a la de los ciento cincuenta días precursores de la guerra actual.

En esta situación es evidente que los ministros sindicales necesitan de funcionarios compañeros que les secunden con lealtad y les interpreten con entusiasmo.

No hay que olvidar, además, que al compás de la guerra vive y marcha la Revolución y que si la oportunidad se pierde habrá de ser muy difícil llevar ésta a buen puerto. La política burguesa tiene su red admirablemente puesta dentro y fuera de España y su astucia secular le ha enseñado lo fácil que es desacreditar una Revolución en marcha cuando se dispone como portavoces de la

calumnia de un millón de funcionarios en el interior y en el exterior, de todos los peones, alfiles y torres que juegan en los tableros de la Diplomacia.

¿No se ha mostrado clara, desde Julio acá, la actuación fascista de la mayor parte de los funcionarios republicanos, situados allende y aquende mares y fronteras?

¿No está ya claro y probado que en la historia todo se repite con abrumadora pertinacia?

Luego ¿qué pueden esperar las Sindicales para su Revolución de los que carecen de formación y entusiasmo revolucionarios?

¿Cómo se les oculta que estos hombres han de mostrarse siempre más ligados con lo que muere que con lo que nace, con lo pasado que con lo futuro?

No han quedado aún muy lejos aquellos días de Noviembre del 33 en los que algunas organizaciones principalmente de Aragón y Rioja, iniciaron una Revolución proletaria. Véase en la Prensa de aquellos días cómo trataron a la C. N. T. y a la F. A. I. los que hoy son sus aliados y colaboradores.

Y no es de suponer que los moviera el ánimo de injuriar; más admisible es que expresaran sinceramente el concepto que tenían de los hombres y las cosas.

El tema es amplio; la falta de empleo para mis actividades, la soledad en que me dejan los que tanto me prometieron para cuando llegara el momento que ha llegado, me han llevado a entretenerme en él acaso en demasía. Voy a cortar aquí, para cerrar el libro con la conclusión que vengo manteniendo:

En el sector forense la Contrarrevolución ha triunfado ya de la Revolución. Mis votos porque la derrota no alcance a otros sectores, que, aun muy importantes, nunca han de serlo tanto como éste.

E. Barriobero y Herrán,

Barcelona, Enero de 1937.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*

- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*

- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*

- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*

- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario “Ahora”*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odrizola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Christoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D’Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*

- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España* (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)
- 269 Homero, *La Odisea*

- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*
 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
 221 *El Corán*
 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*

- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*

- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*

- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)

- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*

- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)